

Habitar "La Isla": paisaje, lugar e identidad en la Zona Núcleo Forestal del Delta del Rio Paraná

Autor:

Ortíz, Damián Gabriel

Tutor:

Pizarro, Cynthia

2020

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título de Magister de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Políticas Ambientales y Territoriales.

Posgrado



Universidad de Buenos Aires

Facultad de Filosofía y Letras

Tesis de Maestría en Políticas Ambientales y Territoriales

Habitar “la isla”: paisaje, lugar e identidad en la Zona Núcleo Forestal del Delta del Río Paraná.

Lic. Ortiz, Damian Gabriel (FAUBA -CONICET)

Directora: Dra. Cynthia Pizarro

Noviembre 2020

*es la forma de mirar las cosas cuando llegan
lo que hace que se queden de otra manera en vos
y es la forma de nombrar las cosas cuando queman
lo que hace que se queden de otra manera en vos*

(Las cosas que se quedan con vos – Luli Molina, Cantautora argentina)

Agradecimientos

A todxs lxs isleñxs, por abrirnos sus puertas para compartir sus vidas y su cariño por el paisaje que habitan. Siempre con amabilidad, afecto, y un mate para compartir sus historias caminando sus quintas, contemplando sus jardines con sus flores y frutales, o sentados durante horas a la sombra de un sauce.

Al equipo de la oficina cuatro, lxs mejores compañerxs de trabajo que se puede tener, pero sobre todo grandes personas y amigxs. Esta tesis tiene un poco de cada unx. Porque hacer ciencia con ustedes es siempre un proceso colectivo. Pero sobre todo porque este trabajo no hubiera sido posible sin su apoyo y sostén, más que un equipo de trabajo este grupo fue siempre una red de inmenso cariño.

Un abrazo especial a Patricio. Porque nuestros caminos nos cruzaron más de una vez y trabajar juntos es siempre disfrute y placer. El trabajo docente y académico compartido nos ha desbordado siempre, encontrándonos enredados en “charlas de café” improvisadas en donde sea que estemos. Incluso con bici en mano cruzando un puente bajo la lluvia en una noche de tormenta. Fiel muestra de que de a dos siempre se piensa mejor. Gracias por la escucha atenta, la reflexión y el acompañamiento, en todos los ámbitos.

A Cynthia Pizarro, directora, amiga... melliza. Por tu garra, tu cariño, y tu guía intelectual. Gracias por mostrarme otra manera de hacer ciencia, siempre desde el afecto y el compromiso, y siempre con una construcción de equipo. Pero, sobre todo, gracias por darme las herramientas para pensar y dar sentido a la realidad que nos toca habitar.

A mi familia, por acompañarme siempre en los caminos que elegí transitar alentándome en cada paso.

A Erica, mi compañera de vida. Por el acompañamiento, por bancarme en todas, por la escucha, la paciencia, el aliento y el sostén. Mi cable a tierra en este largo proceso donde lo académico siempre nos desborda cual marea, inundando nuestros ámbitos domésticos. Si de habitar se trata, juntos construimos lugar, paisaje, arraigo y afecto.

Contenido

Capítulo 1. Introducción	1
El problema de investigación	3
Capítulo 2. Estrategia teórico-metodológica	10
Estado de la cuestión	10
Marco teórico conceptual	16
Estrategia teórico-metodológica	21
Capítulo 3. Los paisajes cotidianos de la Zona Núcleo Forestal	30
Caracterización del área de estudio	30
Los paisajes cotidianos (<i>tasksapes</i>) de la Zona Núcleo Forestal	36
El Delta Frutícola	37
El Delta de la Forestación Temprana	48
El Delta de la Forestación Moderna	58
Conclusiones del capítulo	75
Capítulo 4. Los lugares de la memoria en el paisaje isleño	77
La memoria isleña en la materialidad del paisaje	78
El monte y el pajonal	78
Lograr la quinta, la plantación y el jardín. Trabajo y sacrificio isleño.	83
La memoria en los caminos	91
El arraigo en el trabajo y el esfuerzo	94
El día del Isleño como sitio de memoria	96
Conclusiones del capítulo	104
Capítulo 5. Saber vivir con las inundaciones	106
Las mareas en la isla	106
Memorias de las mareas – La marea del ´59	109
Memorias de las mareas – La marea del ´83	118
Arraigo en las mareas	129
Conclusiones del capítulo	131
Capítulo 6. Conclusiones	134
Referencias	143

Capítulo 1. Introducción

Llegar a “la isla”¹ es cruzar algún tipo de distancia, de barrera, o límite. Salir de la cotidianeidad propia para entrar al lugar de otro.

Nos dirigimos a “la isla” en auto por ruta 9, saliendo bien temprano para poder realizar el trabajo de campo y no llegar demasiado tarde a nuestras casas. Tras un largo recorrido llegamos a la entrada de Otamendi, cruzamos el barrio por el camino principal, y cuando dejamos atrás la Reserva Natural Otamendi, (ahora llamada Parque Nacional Ciervo de los Pantanos), nos adentramos en el primer camino de tierra. Al final del camino el río Paraná y del otro lado “la isla”. El viaje es conocido, pero lo repetido de la experiencia no impide apreciar la inmensidad del río. A la isla se llega en un rato de auto, pero la sensación de distancia es otra, la distancia que pone el Paraná entre el continente y “la isla” se siente siempre inmensa. Con otras formas de llegar a la isla sucede lo mismo. Si la opción es llegar en lancha utilizando “los caminos propios de la isla”, canales, ríos y arroyos, la distancia se traduce en tiempo. Ambos caminos resultan en la misma sensación, se cruza una barrera para salir de aquí, y entrar allá. Un cambio de paisaje, un cambio de lugar (Registro propio de trabajo de campo).

Tras algunos años de trabajo de campo en la Zona Núcleo Forestal del Delta del Paraná, esa sensación de extrañamiento en el paisaje “isleño” y la manera de vivir de sus habitantes fue permeando en mis temas de investigación. En primer lugar, me formule esa inquietud en términos de identidad, pero los intentos de acotar el tema de investigación en esta dirección resultaron en un fracaso tras otro. El campo y lo que me movilizaba de él desbordaba siempre las categorías teóricas. Con esta tesis casi a mitad de camino finalmente me di cuenta de algo que hoy me parece obvio, no se puede pensar “la vida

¹ Utilizo comillas para citar expresiones de nuestros interlocutores durante nuestro trabajo de campo.

isleña”² sin pensar “la isla”. Hablar de esto entonces es necesariamente poner en juego una relación entre las personas y el lugar de vida, o el paisaje habitado. No es definir una identidad cerrada, ni analizar los usos discursivos de una adscripción identitaria.



Fotografía 1. Vista del Paraná en el cruce del Camino de Otamendi. Fuente: registro personal

Teniendo esto en cuenta, resultó obvio la necesidad de cambiar la perspectiva teórica y buscar nuevos puntos de vista; un proceso que no fue fácil. Las primeras pistas llegaron tras un congreso en Chile al que concurrimos con mi directora y a partir del cual, casi accidentalmente, pude acceder a los trabajos académicos de la antropología del paisaje realizados en el país vecino. Tras una larga búsqueda bibliográfica que me permitió ampliar estos temas y mucho aprendizaje, creo haber encontrado las palabras adecuadas para dar cuenta de aquello que emerge del campo. Así, en un contexto en el cual los discursos que se despliegan sobre el Delta son muchos y se siguen multiplicando, este trabajo es un humilde intento para dar cuenta de aquellas cosas que se dejan de lado, o que simplemente

² A lo largo de esta tesis utilizo el plural “los isleños” refiriéndome al colectivo de isleños e isleñas sin exclusión de género. Así, en lugar de optar por el uso del lenguaje inclusivo, elijo utilizar las categorías plurales nativas tal cual son utilizadas por los interlocutores, “los isleños”, “la costumbre isleña”, “el ser isleño” “la vida isleña” etc.

al darlas por sentadas en nuestra cotidianeidad, no nos molestamos en visibilizar. Memoria, emociones, sentimientos, arraigo, lugar y paisaje. De eso se trata esta tesis, de “los isleños” de la Zona Núcleo Forestal y su habitar.

El problema de investigación

En las últimas décadas ha surgido en el contexto internacional el interés por la conservación de los humedales. Durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX los humedales eran vistos como improductivos y se asociaban a la presencia de enfermedades (Mitsch y Gosselink, 2007). Se consideraba que sus tierras debían ser transformadas para la producción agropecuaria a través de drenajes, elevaciones de tierra y endicamientos (Anderson y Rosendahl, 1998). Sin embargo, desde fines del siglo pasado, se ha impulsado su protección debido a los bienes y servicios que este tipo de ecosistema proveería (regulación del ciclo hidrológico, mitigación de inundaciones, secuestro de carbono y provisión de hábitat para aves acuáticas, entre otros). Se han convertido así, en el foco de iniciativas de conservación tanto a nivel internacional como regional (MEA, 2005; Ramsar.org; Stolk et al., 2006). De esta manera la preocupación por los humedales se ha instalado como una de las cuestiones ambientales a nivel global, que definen actualmente los límites de lo pensable en la formulación de políticas de gestión ambiental (Adger et al., 2001).

En este sentido los humedales constituyen espacios donde se observa una reinención de la naturaleza (Ferrero, 2005b)³, al desplegarse sobre ellos un nuevo régimen discursivo desde el cual entender la relación cultura-naturaleza. Contexto en el cuál emergen nuevos agentes interesados en estos ambientes, y con ello nuevas relaciones sociales en torno a la definición de su desarrollo. Sin embargo, tal como señalan (Beltrán y Vaccaro, 2011) resulta evidente que estos procesos no ocurren en un vacío social, dado que estos espacios pueden presentarse a su vez, como hábitat y territorio productivo de distintos agentes y grupos sociales. Con lo cual, en estos procesos, no solo se genera un

³ Si bien Ferrero (2005) trabaja sobre la selva amazónica, la misma afirmación podría realizarse acerca de los humedales.

complejo entramado de agentes con diferentes posiciones sociales e intereses en torno al desarrollo de estos espacios. Sino que además se despliegan diversas maneras de mirar, pensar, e involucrarse con un mismo paisaje (Meinig, 1979).

A pesar de esta diversidad en los posibles puntos de vista, en la actualidad es el discurso ambientalista, apoyado en el saber científico, el que se despliega de manera hegemónica sobre los ecosistemas de humedales. Desde este discurso se plantean las características de estos paisajes en tanto ecosistemas que proveen servicios para la humanidad, y se identifican los problemas a resolver para su conservación. También se definen categorías de sujetos sociales responsables de estos problemas, sobre los cuales se articulan discursos acerca de las maneras en que afectan y perjudican el ecosistema (Brosius, 1999). De esta forma quedan invisibilizadas otras maneras de entender y dar sentido a los paisajes locales que se alejan del horizonte de sentido del discurso ecológico. Sobre todo, la forma de dar sentido al paisaje de aquellos que el discurso ecológico ha definido como sujetos perjudiciales para él ecosistema.

En este sentido, la Zona Núcleo Forestal del Delta del Río Paraná se presenta como un caso de estudio interesante. Ubicada en la zona central del Delta Inferior del Río Paraná, en los sectores de islas correspondientes a los municipios de Campana y San Fernando de la provincia de Buenos Aires. Esta zona se caracteriza por el predominio de la forestación con Salicáceas (álamos y sauces) desde la década del 70' como principal actividad productiva, siendo la zona con mayor productividad forestal y silvopastoril en el Delta Inferior. La mayoría de los habitantes de esta zona son de origen europeo, principalmente vascos y portugueses. Descendientes de las familias que llegaron a las islas entre finales del siglo XIX y principios del XX, en un período en que el Estado fomentaba la ocupación de las islas y su puesta en producción (Galafassi, 2005; Gentile y Natenzon, 1998). Estos lugareños que "crearon el Delta" desde hace cinco generaciones se reconocen a sí mismos como "isleños". Reivindicándose como aquellos que convirtieron esta zona "inhóspita" en un lugar apto para vivir y realizar sus actividades productivas gracias a su trabajo sacrificado y mancomunado. Desde la década del '60, esta población se ha organizado para realizar terraplenes que elevaron los terrenos y generaron condiciones terrestres para enfrentar las

inundaciones frecuentes que afectan la zona, y junto con ello han realizado una red de caminos transitables, sistemas de balseo y trasbordadores que conectan por vía terrestre a las islas con el continente (Álvarez, 2012). En la actualidad, la actividad forestal y la silvopastoril son las principales actividades y se complementan con otras tales como la fruticultura, la horticultura, la apicultura, la producción de plantas ornamentales y el cultivo de mimbre. Si bien el crecimiento de la producción forestal y las transformaciones sociales y productivas que conllevó fueron estimuladas y acompañadas por el Estado y sus instituciones desde la segunda mitad del siglo XX (Moreira, 2015). Esta actividad no es percibida como el mero producto de una imposición externa de parte de las instituciones estatales, pues es considerada por sus habitantes como parte estructurante de su identidad socio-cultural (Pizarro y Straccia, 2018).

Sin embargo, desde mediados de la década del '90 ha surgido un nuevo grupo de agentes sociales en este territorio, que son definidos por "los "isleños" como "los ambientalistas". Entre ellos se encuentran ONG's nacionales e internacionales y equipos de investigadores que han trabajado en conjunto con las administraciones que tienen jurisdicción en el Delta Inferior para diseñar planes alternativos de ordenamiento territorial y conservación. Estos agentes retoman las caracterizaciones del Delta del Paraná como un macrosistema de humedales (Málvarez, 1999), y alertan sobre el impacto de la producción forestal actual sobre el régimen hidrológico y las amenazas que supondría para la preservación de este ecosistema (Blanco y Méndez, 2010). A su vez, a partir de estas caracterizaciones ecológicas, promueven la adopción de medidas conservacionistas, y el desarrollo de planes de ordenamiento territorial, con el fin de asegurar la continuidad en la provisión de bienes y servicios ecosistémicos por parte de este sistema de humedales. Así, estas iniciativas pretenden prescribir formas de apropiación y uso de los recursos naturales que garanticen el mantenimiento del régimen hidrológico natural con la menor intervención antrópica posible sobre el territorio.

De esta manera tanto las modificaciones históricas en el paisaje, como las prácticas de manejo de agua necesarias para la forestación, chocan con el discurso ecológico y los argumentos de estos agentes "ambientalistas" que fomentan la conservación de los

humedales del Delta del Paraná. Estas propuestas de conservación y planes de ordenamiento para el desarrollo sustentable han generado resistencias por parte de los pobladores y productores de la Zona Núcleo Forestal. Estos sienten amenazadas sus formas de vida y de producción (Pizarro, 2015), y han manifestado que no se los ha tenido en cuenta a la hora de definir las formas en que deberían relacionarse con el entorno. Los pobladores tienen sus propias opiniones sobre las maneras más adecuadas de relacionarse con el lugar en el que viven. Reivindican la importancia de la producción forestal puesto que no sólo es el medio para ganarse el sustento, sino que es y ha sido el eje alrededor del cual se articula su vida cotidiana. Y a pesar de que sus posiciones sociales son heterogéneas debido a que cuentan con diferentes capitales económicos, sociales y culturales, coinciden en señalar que no son ellos quienes ponen en riesgo al ecosistema, sino que lo conocen y respetan (Pizarro et al., 2013).

En este contexto y en el marco de un proyecto UBACyT⁴ que se propone analizar las controversias presentes y pasadas sobre el uso y la apropiación del territorio denominado Zona Núcleo Forestal del Delta Inferior del río Paraná, surge el interés de esta investigación. Aquí se busca focalizar en las maneras en que este territorio es y ha sido habitado, para visibilizar las formas en que “los isleños” dan sentido a su paisaje a partir de su experiencia directa en el mismo cultivando un fuerte sentimiento de arraigo con “la isla”. Sentimiento de arraigo que ha sido expresado en toda instancia e interacción que hemos tenido con los habitantes de la zona desde nuestro comienzo de trabajo de campo en el año 2012⁵.

Así, el **objetivo general** que guía esta tesis es: Analizar la manera en que los habitantes de la Zona Núcleo Forestal dan sentido a su paisaje a partir de sus experiencias

⁴ Proyecto UBACyT 2018-2021: Habitar, forestar y conservar el humedal. Controversias pasadas y presentes sobre el uso y la apropiación del territorio Zona Núcleo Forestal, Delta Inferior del río Paraná (Dirigido por Cynthia Pizarro).

⁵ Nuestro trabajo de campo comenzó en 2012 en el marco de un curso sobre agricultura y humedales organizado conjuntamente por la Facultad de Agronomía (UBA) y Florida Gulf Coast University. Y prosiguió luego en el marco del proyecto UBACyT 2014-2017 “Nosotros creamos el Delta”. Discursos, prácticas y saberes sobre la relación sociedad/naturaleza en la disputa por la definición del territorio de la zona núcleo forestal del Delta Inferior del río Paraná. Para finalmente extenderse con el proyecto UBACyT 2018-2021 ya mencionado.

en el mismo, anclando en él memorias y emociones⁶, a través de las cuales generan sentimientos⁷ de pertenencia y arraigo a su paisaje.

Para dar cuenta de este, la tesis cuenta con 3 **objetivos específicos** que permiten abordar diversos aspectos de la relación de los habitantes locales con el paisaje que habitan:

- Analizar la manera en que “los isleños” se relacionan y se han relacionado con su paisaje a partir de sus prácticas cotidianas en el mismo (*taskscape*^{8,9}), y los sentidos que se desprenden de las mismas.
- Analizar las memorias, las emociones, y los sentimientos sedimentados en el paisaje de “la isla”. Y el sentido narrativo que se le da a estas experiencias, considerando los hitos más importantes.
- Analizar los relatos sobre las inundaciones extraordinarias, y el sentido que se le da a estos eventos de desastre en el marco de la relación de arraigo con el paisaje.

Argumentaré que el arraigo de los habitantes locales de esta zona particular del Delta deviene de una larga historia de domesticación de la naturaleza en la que el trabajo y el sacrificio de los habitantes locales realizado sobre el paisaje cumple un rol particular. Y consideraré particularmente el rol del agua, y más precisamente de las inundaciones extraordinarias que forman parte ineludible de la historia del Delta, argumentando que las mismas han moldeado fuertemente la relación entre los habitantes locales y su paisaje. Lo que ha dejado una marca particular en los lazos de arraigo y pertenencia al paisaje, y los sentidos locales sobre lo que significa “ser isleño”.

⁶ Emociones: aquello que sintieron en esos momentos. Es decir, patrones de respuestas corpóreo-cerebrales que son culturalmente reconocibles y proporcionan cierta coherencia, unidad y estabilidad a las dimensiones sentidas de nuestros encuentros relacionales (Lara y Domínguez, 2013).

⁷ Sentimientos: opiniones y juicios sobre el significado de dichos eventos que son pautados intersubjetivamente y son factibles de ser comunicados discursivamente (Lara y Domínguez, 2013).

⁸ Utilizo cursivas para dar cuenta de categorías teóricas o frases textuales de los autores citados.

⁹ El concepto *taskscape* hace referencia a las practicas cotidianas que dan forma al paisaje y mediante las cuales los habitantes dan sentido al mismo a partir de su involucramiento cotidiano en el paisaje. Proviene de la conjunción de las palabras *Task*: Tarea o práctica, y *landscapes*: paisaje. Profundizaré sobre el mismo en el siguiente capítulo.

El área de estudio de esta investigación es la Zona Núcleo Forestal del Delta Inferior del Río Paraná. La unidad de estudio está constituida por “isleños” e “isleñas” que se reconocen a sí mismo como tales. Este colectivo incluye tanto a “los isleños nacidos y criados” en las islas, quienes consideran que “crearon el Delta” (Pizarro et al., 2018). Como a “los isleños e isleñas por adopción”, que adscriben como tales a partir de relaciones de parentesco con las familias tradicionales locales (Camarero, 2019), o a partir de su aceptación como tales por la comunidad local en base a su arraigo a “la isla”. De esta forma la unidad de estudio incluye: hombre y mujeres que actualmente viven en el área de estudio, que han vivido allí, pero por diversas razones en la actualidad viven en la ciudad de Campana, o quienes no viven ni han vivido allí, pero tienen su quinta o campo al cual van periódicamente siendo así parte de la comunidad local. Si bien el periodo estudiado será el momento actual, se debe tener en cuenta que la significación del paisaje en tanto lugar habitado remite a un proceso histórico en el que la memoria social del colectivo “isleño” se ancla en el paisaje. Por lo que esta propuesta incluirá relatos que se extienden desde la década del '40 hasta la actualidad, remontándose así al momento en que las primeras generaciones de las actuales familias se instalaron en la zona.

En lo que respecta a la estructura de la tesis, en el capítulo 2 presentaré la estrategia teórico-metodológica mediante la cual se ha llevado adelante esta tesis. Daré cuenta en primer lugar de los antecedentes que permitieron llevar adelante esta propuesta considerando los diversos estudios realizados en la Zona Núcleo Forestal, y algunos de los estudios realizados en el campo de la antropología del paisaje que me permitieron elaborar esta tesis. Luego definiré el marco teórico y la metodología mediante la cual se realizó esta investigación.

En el capítulo 3 realizaré en primer lugar una descripción de la historia socio-productiva de la Zona Núcleo Forestal para dar cuenta del proceso de desarrollo que ha dado lugar a la configuración actual de este paisaje. Luego realizaré un análisis de las distintas etapas de este proceso a partir de la mirada cotidiana de sus habitantes apelando al concepto de *tasksapes*. Aquí daré cuenta de las rutinas cotidianas de “los isleños” y las formas de relacionarse con su paisaje en distintos momentos históricos. Consideraré los

significados que “los isleños” les otorgan a las prácticas mediante las cuales se relacionan con el paisaje desde su experiencia cotidiana, y el sentido que le dan a su paisaje en las distintas etapas históricas en las que esa relación se ha ido transformando.

En el capítulo 4 analizaré la memoria colectiva de “los isleños” sedimentada en el paisaje de la Zona Núcleo Forestal, y los fuertes lazos de arraigo y pertenencia a este paisaje. Para esto en primer lugar realizaré un análisis de las categorías que utilizan “los isleños” para describir el entorno, a partir de sus relatos de vida. Esto me permitirá profundizar en las formas en que los isleños dan sentido al espacio de la Zona Núcleo Forestal, construyendo lugares imbuidos de recuerdos y emociones. Luego daré cuenta de la manera en que “los isleños” expresan y dan sentido a sus sentimientos de arraigo y cariño por el paisaje que habitan, a través de narrativas centradas en “el trabajo y sacrificio isleño”. Y consideraré de manera particular los hitos más importantes de dicha narrativa.

En el capítulo 5 analizaré los relatos sobre las inundaciones extraordinarias que históricamente han afectado la Zona Núcleo Forestal, y la manera en que estas han afectado la relación de arraigo “los isleños” con su paisaje. Consideraré para este análisis el carácter heterogéneo de la vulnerabilidad frente a estos eventos de “desastre. Para esto tendré en cuenta la heterogeneidad del colectivo isleño y la diversidad de experiencias vividas en “las mareas”. Finalmente argumentaré que a pesar de estas diferencias las experiencias vividas en “las mareas” sedimentan en una narrativa de carácter colectivo en la que “ser isleño” implica “saber vivir con las inundaciones”. Constituyendo así experiencias de pérdidas, sufrimiento y esfuerzo que son resignificadas de manera positiva para formar parte de la identidad isleña, otorgando una nueva dimensión a sus sentimientos de arraigo.

Finalmente, en el capítulo 6 desarrollaré las conclusiones generales de la tesis y las nuevas preguntas de investigación que han emergido a lo largo de este trabajo. Para esto tendré en cuenta el contexto actual y los discursos ecológicos que se despliegan de manera hegemónica sobre la Zona Núcleo Forestal. Con la expectativa de que esta tesis sobre la mirada local de este paisaje no quede aislada y sea un aporte para sumar una nueva mirada sobre esta zona en particular, y sobre la vida en el Delta del Paraná en general, en el marco de los debates actuales sobre el desarrollo sustentable que se pretende para esta región.

Capítulo 2. Estrategia teórico-metodológica

En este capítulo abordaré la estrategia metodológica utilizada para abordar los objetivos de esta tesis. En una primer parte abordaré los trabajos que han sido realizados en el área de estudio con anterioridad, para dar cuenta del contexto en el que surgen las preguntas de investigación de esta tesis. Consideraré particularmente aquellos estudios que permitieron reconstruir el proceso histórico del área de estudio, y que han sido utilizados como fuente en esta tesis. Además, tendré en cuenta aquellos trabajos que enmarcados en los debates actuales han abordado las problemáticas y tensiones en torno a la sustentabilidad de la región desde la ecología política. Pero, argumentare que, en este contexto, si bien la voz de “los isleños” es incorporada en el análisis de disputas políticas, aún quedan por ser analizados los sentidos de identidad isleña y arraigo que emergen en estas confrontaciones y reclamos. Luego abordaré algunos antecedentes en la antropología del paisaje, particularmente aquellos en habla española que me permitieron poner en palabras mis inquietudes y dar forma a las preguntas de investigación que guían esta tesis.

Estado de la cuestión

La región de islas del Delta del Río Paraná, y los procesos históricos de su configuración actual han sido ampliamente estudiados, a diversas escalas y desde distintos enfoques (Díaz Galán, 2006; Galafassi, 2004b, 2004c, 2005; Gentile y Natenzon, 1998; Olemberg, 2015). Una de las reconstrucciones históricas más completas ha sido realizada por Galafassi (2004c), quién analizó la historia socio-productiva de esta región en tres etapas, posteriores a la ocupación indígena: I) la ocupación criolla y europea de estas tierras, durante los siglos XVIII y XIX, sin asentamientos permanentes y con una economía basada en la extracción de recursos naturales. II) Fines del siglo XIX y principios del XX, donde se inicia el gran proceso de transformación del medio natural, con asentamientos permanentes y cultivo intensivo de frutales por parte de pequeñas unidades familiares. Y III) la conversión a una producción basada casi exclusivamente en especies forestales, con mayor transformación del ecosistema, con un importante proceso de emigración de

población, y con la emergencia de nuevas unidades productivas empresariales. Dado lo completo de este y otros trabajos (Galafassi, 2004a, 2004b, 2004c, 2005) estos antecedentes son retomados por nuestro equipo de investigación en numerosas publicaciones, y serán tenidos en cuenta en el siguiente capítulo donde abordaré en detalle las características del área de estudio.

En este sentido en los siguientes apartados de esta tesis diversos estudios serán tenidos en cuenta, incluyendo caracterizaciones técnicas sobre la producción y el manejo de agua en el Delta, así como trabajos que han profundizado y actualizados los estudios realizados por Galafassi. En lo que respecta a la especificidad de las estrategias productivas, Benencia et al. (1994) analizaron las estrategias familiares de vida de los pequeños productores del Delta Frontal, y las reconversiones acaecidas en la segunda mitad del siglo XX. Donde caracterizaron con detalle las primeras estrategias productivas desde un punto de vista técnico, incluyendo los aspectos relacionados al control y manejo de agua. Por su parte Olemberg (2015) ha caracterizado en profundidad las formas actuales de la organización social de la producción forestal, la cual se realiza mediante técnicas de manejo caracterizadas por Borodowski y Signorelli (2011) como *adecuadas*. Estas implican, entre otras cuestiones, elevaciones de las costas mediante diques y el manejo del agua al interior de las islas a través de canales y/o bombas de doble entrada. Estos aspectos sociales, productivos y técnicos serán tenidos en cuenta como antecedentes que permitirán contextualizar los relatos locales sobre las maneras en que “los isleños” se han relacionado con su paisaje.

De la misma manera, si bien trabajaré con los relatos de los habitantes, para analizar la mirada local sobre el paisaje, también consideraré los estudios que han abordado el rol del Estado y las instituciones locales para contextualizar estos relatos en los procesos de mayor escala que han atravesado la historia de la región. En esta área Olemberg (2010a) y Moreira (2015) indagaron sobre las transformaciones productivas e institucionales vinculadas con el ocaso de la actividad frutihortícola y el proceso de expansión de la forestación en la región. Mientras que Cobelo (2005) analizó las diferentes formas de

intervención del Estado en la construcción de endicamientos para posibilitar la producción forestal.

En lo que respecta a la particularidad de la Zona Núcleo Forestal y el contexto de los debates actuales en los que se enmarca esta tesis, consideraré los estudios del campo de la ecología que caracterizan al Delta como un sistema de humedales, y los avances propios de nuestro equipo de investigación. En este sentido en el Delta del Paraná en tanto macrosistema de humedales (Málvarez, 1999), se han realizado numerosos estudios que analizan su capacidad de proveer diversos bienes y servicios ecosistémicos (Ceballos, 2011; Kandus et al., 2010; Kandus et al., 2011; Minotti et al., 2009). Dentro de este conjunto, se ha destacado la provisión de cuatro servicios específicos: el secuestro de carbono (Ceballos et al., 2012), la provisión de hábitat para biodiversidad (Fracassi et al., 2013; Fracassi et al., 2017), la regulación del ciclo hidrológico, y la amortiguación de inundaciones (Baigún et al., 2008; Kandus et al., 2011). En base a estos preceptos se han construido diferentes propuestas de intervención que con el fin de promover su protección prescriben cuáles son las formas más adecuada de uso y apropiación del ambiente en este territorio. Entre ellas podemos contar la construcción de la Reserva de Biósfera 'Delta del Paraná' (Kalesnik y Quintana, 2006; UNESCO, 2000) en el sector insular del municipio de San Fernando (Buenos Aires), la conformación de un plan interjurisdiccional para el aprovechamiento sustentable de los humedales del Delta del Paraná (Camarero et al., 2014) o, a una escala mayor, el aporte de herramientas de planificación en áreas protegidas de humedales (SAyDS, 2014).

Sin embargo, estos discursos sobre el ambiente entran muchas veces en conflicto con los sentidos que los agentes locales les otorgan a los paisajes que habitan. Tal y como lo señala Ferrero (2005a) en su estudio realizado en la provincia de Misiones (Argentina) sobre las formas de inclusión de los pobladores locales en un espacio signado por la presencia dominante del ambientalismo. Pues, como señalan (Beltrán y Vaccaro, 2011) resulta evidente que estos procesos no ocurren en un vacío social, dado que estos espacios pueden presentarse a su vez, como hábitat y territorio productivo de distintos agentes y grupos sociales. Así, pueden generarse conflictos con poblaciones locales y relaciones de poder desiguales no solo en el marco de un avance de modelos extractivistas, sino también

por procesos de conservación de la naturaleza. Tal como concluyeron West et al. (2006) al analizar los cambios sociales, económicos y políticos que se producen en los procesos de constitución de áreas protegidas.

En este sentido, si bien no han existido aún conflictos per se desatados por procesos de conservación de la naturaleza en el área de estudio. Estas tensiones entre el discurso ambientalista y los sentidos que los agentes locales les otorgan a sus lugares de vida también se hacen presentes en la actualidad en la Zona Núcleo Forestal del Delta del Paraná. En los últimos años eventos particulares como los incendios acaecidos en las islas en el año 2008 colocaron a la cuestión ambiental del Delta del Paraná en la agenda pública (González, 2010; Vizia, 2012), dando mayor visibilidad a los debates en torno a la sustentabilidad de la forestación a gran escala en la Zona Núcleo Forestal (Pizarro y Straccia, 2018; PRODELTA, 2012). Así, las prácticas productivas y formas de vida locales, anteriormente impulsadas por el Estado (Moreira, 2015) están siendo cuestionadas por el impacto ambiental que tendrían sobre este ecosistema y los bienes y servicios ambientales que el mismo proveería. Es en este contexto, caracterizado por el auge de las presiones ambientalistas y por su repercusión mediática, coexisten diversas posiciones que pretenden definir cuáles deberían ser las formas permitidas de uso y apropiación de los humedales del Delta del río Paraná, conformando un campo de lucha en el que participan diversos agentes con grados de poder diferenciales (Camarero et al., 2016; Pizarro y Straccia, 2018).

En el marco de este campo de lucha diversos trabajos realizados desde el grupo de investigación del cual formo parte abordan las disputas políticas generadas en torno a iniciativas estatales que buscan regular el desarrollo sustentable de esta zona. Pizarro (2015) analizó los discursos ambientalistas esgrimidos por los actores hegemónicos que impulsan propuestas de buenas prácticas forestales y conservación para la Zona Núcleo Forestal, desde un paradigma de desarrollo territorial sustentable. Así como también, las formas en que los habitantes locales proponen un paradigma de desarrollo territorial alternativo cuestionando la definición impuesta por el Estado de las “prácticas tradicionales permitidas”.

A su vez, centrándose en las discusiones sobre el proyecto de Ley de Presupuestos Mínimos para la Conservación de los Humedales, Straccia et al. (2016) y (Straccia, 2018) analizaron las diversas estrategias de los agentes que participaron en estas instancias. Particularmente las posiciones que tomaron los productores forestales a favor o en contra de este proyecto de ley, las fluctuaciones de estos posicionamientos en el tiempo, y la movilización de la identidad “isleña” en sus argumentos. Focalizando en el punto más álgido de estas disputas por el proyecto de ley de humedales, en el año 2013, Pizarro y Straccia (2018) analizaron las formas en que los isleños confrontaron con el saber científico técnico que sostiene la necesidad de conservar el humedal. Dando cuenta de que los isleños no solo disputan el saber científico re-significando conceptos propios de la ecología, como el de servicios ecosistémicos. Sino que también sostienen la capacidad del isleño para conservar el humedal argumentando que el isleño conoce el lugar que habita, y que ha creado a fuerza de trabajo.

Similarmente, cabe destacar que dentro de la región diversos autores han abordado conflictos en torno a la apropiación y uso del territorio en otras áreas del Delta Inferior del Delta del Paraná. Tomando como punto de partida la creación de la Reserva de Biósfera Delta del Paraná, Camarero (2011) analizó etnográficamente las maneras en que se construyen el territorio y las relaciones sociales en el Delta Sanfernandino. Por su parte, Astelarra ha realizado numerosos estudios sobre los conflictos territoriales existentes actualmente en el Delta del partido de Tigre, como aquellos entre los junqueros y los mega emprendimientos inmobiliarios sobre las formas más adecuadas de apropiación social de la naturaleza (Astelarra, 2013, 2014, 2016).

En cuanto a las tensiones mencionadas en la Zona Núcleo Forestal y nuestros acercamientos realizados al campo desde 2012, sintetizados anteriormente, cabe destacar que hemos evidenciado constantemente el despliegue de argumentos de agentes locales basados en su sentido de pertenencia a la isla, y su conocimiento del lugar que habitan (Pizarro, 2015; Pizarro et al., 2013; Pizarro y Straccia, 2018; Straccia, 2018; Straccia et al., 2016). Así, estos usos identitarios que emergieron en los análisis de las disputas políticas actuales de la Zona Núcleo Forestal permitieron abordar la pregunta de investigación que

guío la elaboración de esta tesis. Pues a partir de estos avances y nuestro involucramiento en campo con los habitantes locales, resultó evidente que esta adscripción isleña, rebasaba el ámbito de las disputas políticas para extenderse a un sentir de arraigo cotidiano. Esto permitió formular la pregunta por el origen de este arraigo en el paisaje, en lugar de sus usos políticos, como aspecto para tener en cuenta en los debates actuales. De esta manera estos antecedentes forman parte del contexto en el que se desarrollarán los análisis presentados en los capítulos siguientes. Esto responde a la intención de que esta tesis no resulte en un trabajo de investigación atemporal de la relación entre los habitantes locales y su paisaje, sino uno contextualizado en el debate actual que permita interpelar y ampliar los discursos presentes en los mismo desde una mirada local del paisaje.

Finalmente, en lo que respecta a las dimensiones identitarias, o de arraigo de los habitantes de la Zona Núcleo Forestal, Pérez Agote et al. (1997) señalaron la especificidad de las coordenadas espaciotemporales del anclaje identitario de “los vascos del Carabelas”, así como el rol del territorio como referente identitario para este grupo. La población histórica de la zona es de ascendencia vasca y portuguesa principalmente, y los primeros colonos llegaron a poblar las islas y ponerlas en producción entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX (Pérez Agote et al., 1997; Pizarro, 2014b). Muchos descendientes aún residen en el área, y han construido una extensa red de parentesco que los vincula y define como grupo territorial con una identidad común (Pérez Agote et al., 1997). Sin embargo, esta adscripción identitaria de “los vascos del Carabelas”, se construye a partir de esta especificidad de origen migratorio, por lo que no abarca de forma completa al colectivo de “los isleños” que movilizan sus discursos de arraigo en los debates actuales. Como veremos en esta tesis la adscripción “isleños/as” más bien se superpone con la de “los vascos” y la amplía, aglutinando a una mayor cantidad de personas que adscriben al “ser isleño” en tanto aquellos que habitan la isla y saben convivir con ella. Es decir, en esta tesis lo que permite pensar el arraigo no son las identidades de origen migratorio, sino las relaciones específicas que se entrelazan con el paisaje al habitar en las islas de la Zona Núcleo Forestal.

En esta línea tendré en cuenta los antecedentes de la antropología del paisaje que permiten abordar el mismo desde la mirada local, como resultado del involucramiento

activo de las personas con el mundo que los rodea (Tilley y Cameron-Daum, 2017). Y que, desde la multiplicidad de agentes y sus diversas formas de relacionarse con los paisajes, permiten pensarlos como un proceso en constante tensión y disputa (Bender, 2002a). Desde este lugar Cano Suñen (2011), aborda en su tesis doctoral las miradas y tensiones en los paisajes del Valle de Carranza ubicados en la Provincia de Bizkaia del País Vasco. Si bien la autora aborda una multiplicidad de miradas diversas sobre el paisaje y sus tensiones, mientras que en esta tesis solo abordaré la mirada local, su trabajo presenta algunas herramientas teórico-metodológicas que permiten pensar *la mirada cotidiana* de los habitantes locales, particularmente desde el concepto de *Taskscapes* de (Ingold, 1993). De la misma manera tomaremos también otros antecedentes de esta línea teórica como el trabajo de Di Giminiani y Fonck (2015), que trabajando con comunidades locales, abordaron sus experiencias en un paisaje del sur de Chile. Si bien existen diferencias con esta tesis, el proceso de domesticación de la naturaleza mediante la llegada de colonos, y la producción forestal presentan algunas similitudes con la Zona Núcleo Forestal que tendré en cuenta en el análisis. Sin embargo, la diferencia de estos paisajes mencionados con el de la Zona Núcleo Forestal, es la condición de este último de “isla”, y por lo tanto sus importantes características hídricas. Para abordar este aspecto en particular, en relación a las relaciones con el paisaje, y los procesos que dan lugar a sentimientos de arraigo, tendré en cuenta particularmente el trabajo de Ullberg (2013). Este y otros trabajos que abordan los eventos de desastre ocasionados por inundaciones, desde un enfoque antropológico, y desde la memoria colectiva de los afectados, me permitirán abordar el efecto que han tenido las inundaciones extraordinarias en las relaciones de “los isleños” con “la isla”. Particularmente en la manera en que este fenómeno del paisaje ha moldeado sus sentimientos de arraigo y pertenencia.

Marco teórico conceptual

La perspectiva adoptada en esta tesis remite a las perspectivas fenomenológicas que se acercan al concepto de paisaje como un proceso o fenómeno. Estas han sido abordadas desde disciplinas como la antropología, la arqueología y la geografía humanística, alejándose de las visiones más clásicas del paisaje como imagen o idea (Di Giminiani y Fonck,

2015). En este apartado haremos un breve recorrido por estas líneas teóricas, pasando por las perspectivas del paisaje como imagen e idea en primer lugar, para luego acercarnos a una definición más clara del paisaje como proceso.

Sauer en la morfología del paisaje (2006) define al paisaje como un área compuesta por una asociación distintiva de formas, tanto físicas como culturales. Desde esta perspectiva, el trabajo del hombre sobre el paisaje natural, mediado por la cultura, da lugar al paisaje cultural. Este último, entonces, se constituiría como una proyección cultural en un espacio determinado. Es decir, una imagen geográfica de una cultura determinada, un registro humano en el paisaje a ser interpretado por el geógrafo (Sauer, 2006), que se presenta como una representación constituida por una serie de signos o símbolos a ser leídos como si se tratara de un texto (Di Giminiani y Fonck, 2015). Desde esta perspectiva entonces se reconocen por un lado dimensiones materiales objetivas del paisaje (el *paisaje natural*), y por el otro, dimensiones culturales subjetivas (el *paisaje cultural*). A su vez, el acto de interpretación del paisaje quedaría reservado a la experticia del investigador, quien poseería las herramientas para interpretar el paisaje de manera objetiva, como si fuera un texto o una imagen, en busca de los significados allí inscriptos. Como señalaremos posteriormente, suponer que el paisaje se constituye como un proceso implica que sus significados no se encuentran inscriptos en él a la espera de ser interpretados objetivamente, sino que más bien surgen del involucramiento activo de las personas con el entorno (Bender, 2002b; Ingold, 2000).

En lo que refiere al paisaje como idea, Cosgrove y Daniels (1988) definen el paisaje como “una manera pictórica de representar, estructurar o simbolizar” el entorno. Es decir, una manifestación ideológica que justifica cambios materiales y a la vez determina discursos que son representados en distintos campos de producción cultural (Di Giminiani y Fonck, 2015). Una forma particular de ver el mundo, que en el marco de la sociedad capitalista actual juega un rol ideológico en la simbolización y legitimación de las relaciones de clase y de poder dominantes (Duncan y Duncan, 2009). Así, esta perspectiva, al reconocer el carácter político e ideológico de las representaciones del paisaje, cuestiona la neutralidad y objetividad mencionadas en la perspectiva anterior, lo que abre interesantes posibilidades

de análisis. Sin embargo, cabe señalar que se siguen priorizando las representaciones desde un punto de vista externo, negando implícitamente la experiencia paisajística de los habitantes. Pues, la subjetividad puesta en juego es la de aquellos que controlan el paisaje, no la de quienes pertenecen al mismo (Cosgrove, 1998). En esta investigación nos alejaremos de esta perspectiva para tomar la idea del paisaje como proceso, que si bien reconoce el carácter ideológico y político que puede tener el paisaje, también recupera el lugar de la experiencia de los habitantes en el mismo.

Podemos comenzar a definir el paisaje en tanto proceso o fenómeno retomando la definición de Bender (2002b), quien lo describe como el resultado del involucramiento activo de las personas con el mundo que les rodea. Por lo tanto, el paisaje no sería un objeto dado y acabado, sino que se constituye como un fenómeno en proceso. Este fenómeno no resulta únicamente de nuestras representaciones dependientes de nuestro entorno socio cultural, sino también de nuestras experiencias más cotidianas, materiales y corporales en nuestro permanente acto de involucrarnos con el mundo. Desde este marco teórico entonces se entiende que el carácter subjetivo del paisaje emerge no solo de experiencias previas, sino de la propia materialidad del paisaje puesta en juego con la corporalidad de las personas. Esto constituye un fenómeno que deviene en una multiplicidad de representaciones, pues su representación dependerá de quién y cómo se involucre. Sobre todo teniendo en cuenta que siempre existen distintos agentes con trayectorias diversas y por lo tanto una multiplicidad de puntos de vista moldeados por intereses políticos, económicos, morales, y estéticos, que hacen a la mutabilidad del paisaje (Carrier, 2003; Greider y Garkovich, 1994; Meinig, 1979).

Sin embargo, desde esta línea teórica hacer foco en el carácter subjetivo del paisaje no debería devenir en un relativismo cultural extremo. Para los teóricos de la antropología del paisaje, esto implica un reconocimiento de que nuestro involucramiento con el paisaje se ubica siempre en un espacio y tiempo en particular, imbricado en relaciones sociales. Pero desde esta corriente teórica el reconocimiento de esta diversidad de miradas implica a su vez, reconocer que dicho involucramiento con el paisaje se da siempre entramado en un campo de relaciones de poder. De esta manera, la conceptualización del paisaje como

un proceso que no se encuentra acabado, y el reconocimiento de las distintas miradas e intereses de los agentes que se involucran con un mismo paisaje, implica a su vez el reconocimiento de las tensiones y las posibles disputas en la construcción del paisaje. O en palabras de Bender (2002a), el reconocimiento explícito de un carácter profundamente político en la construcción de los paisajes. Retomando las líneas teóricas anteriores, también podríamos señalar que esta idea del paisaje como proceso no busca negarlas ni desconocerlas. Más bien, para esta teoría fenomenológica de la antropología del paisaje, la construcción del paisaje como una representación colectiva (Sauer, 2006) o como una manifestación ideológica (Cosgrove, 1998; Cosgrove y Daniels, 1988) es el resultado de maneras particulares del geógrafo o del observador de involucrarse con el mundo a su alrededor, pero no por ello unívocas ni objetivamente ciertas (Ingold, 2000). Es decir, estas perspectivas devienen del propio involucramiento con el paisaje de los investigadores, constituyendo una más de las miradas posibles. Por lo que también nos habilita a repensar el rol de los investigadores en la construcción de los paisajes, sobre todo en términos de la legitimación que tienen nuestras prácticas y discursos científicos en estos procesos.

En este sentido, abordar el paisaje de “los isleños” en esta investigación, en un contexto que da cuenta de un paisaje sobre el que existen diversas miradas y tensiones, implica la elección de poner el foco en aquellos que lo perciben desde su propia experiencia cotidiana, involucrándose con él en su habitar. El habitar, retomando a Ingold (2000) y Cloke y Jones (2001) es entendido aquí como el involucramiento activo y repetitivo con el entorno en el desenvolvimiento de las actividades que hacen a la vida cotidiana. A través del cual sostienen las interacciones que brindan estabilidad y continuidad a los territorios, anclando¹⁰ en ellos sus memorias personales y colectivas (Cano Suñen, 2015). Este habitar se configura en una serie de actividades cotidianas y repetitivas que moldean y dan forma al paisaje, lo que Ingold (1993) denominó *taskscape*. Un conjunto de tareas y acciones que se convierten en testigos del paso del tiempo, y en memoria del trabajo colectivo y del

¹⁰Utilizo la idea de anclaje, para diferenciarla de la idea de inscripción. Pues, esta última nos llevaría a la idea del paisaje como un texto inscripto a la espera de ser leído por un observador experto. Mientras que espero asociar la idea de anclaje a aquellos significados recolectados y generados en el propio desarrollo de las actividades cotidianas en el paisaje, por aquel que lo habita.

territorio (Bender, 2002). Y que, al ser característicos de la manera de vivir y relacionarse con el paisaje, permiten abordar la mirada cotidiana sobre el mismo (Cano Suñen, 2011). Plasmada en rutinas del día a día que dan sentido al paisaje local desde el punto de vista de las personas que lo habitan y se involucran constantemente con el mismo.

En este acto de habitar el paisaje mediante actividades rutinarias, el espacio se convierte en lugares en los que las personas proyectan y anclan su pasado, sus emociones y lazos afectivos, y sus sueños y proyecciones futuras (Casey, 2001; Nogué, 2010; Tilley y Cameron-Daum, 2017). Lo que nos permite pensar a los paisajes como un entramado de lugares imbuidos de historias y significados, y caminos que permiten el desplazamiento y las relaciones entre los mismos (Tilley, 1994). A partir de esta concepción de habitar, y de un paisaje como un entramado de lugares imbuidos de historias y significados, podremos entender y abordar las relaciones de arraigo. Estas relaciones de arraigo al paisaje, forman parte de las relaciones de afecto, cariño y pertenencia con el lugar de vida, que Tuan (2007) denominó *topofilia*. Y tal como señala el autor se presentan como relaciones de cariño y apego que pueden emerger de maneras muy diversas. Esta definición, abierta a las particularidades de cada paisaje o lugar, es justamente lo que permitirá analizar las formas particulares en las que emergen los sentimientos de arraigo de “los isleños” de la Zona Núcleo Forestal.

En lo que respecta al pasado sedimentado en el paisaje, cabe destacar que no solo se anclan las experiencias de sus habitantes actuales, sino que también se impregnan en él testimonios de vidas y generaciones pasadas, dejando allí parte de sí mismas (Ingold, 2000). Pero su interpretación no remite a la idea de una lectura del paisaje de parte del investigador que descifra el pasado allí inscripto. Desde esta perspectiva la interpretación del paisaje es más bien un acto de recordar, llevado adelante por aquellos que habitan el paisaje y que saben comprender las señales del mismo para evocar experiencias vividas o relatos transmitidos generacionalmente (Ingold, 2000). Por lo tanto, la interpretación del paisaje se encuentra más vinculada a la memoria que a la historia: la memoria, a diferencia de la historia, es un fenómeno en constante evolución que se ancla en el pasado pero se desarrolla en el presente (Nora, 1989). Mientras la historia busca aclarar el pasado, ser

exacta, y poner distancia, la memoria se fusiona con el pasado desde el presente instaurándolo y modelándolo. Es decir, atravesada por emociones y afectos la memoria es fundacional (Pizarro, 2006). Así, la interpretación del paisaje isleño implica adoptar la mirada de aquellos que lo habitan cotidianamente, ahondando en los significados que les asignan a sus lugares de vida, y en los recuerdos y emociones que les evocan los mismos. Incluyendo relatos orales transmitidos por antepasados acerca de la vida en “la isla”. Estos recuerdos si bien pueden ser narrados autobiográficamente remiten a una memoria que siempre es social, pues el recuerdo se construye en un diálogo permanente con los otros, estando la memoria individual inmersa siempre en un horizonte de interpretación sociocultural que determina y posibilita el propio acto de recordar (Halbwachs, 2004).

Ahora bien, así como los lugares del paisaje funcionan como disparadores de la memoria, la memoria al ser narrada biográficamente relata acontecimientos en contextos espaciales concretos (Candau, 2001), es decir las narrativas de vida se espacializan (Lindón, 2008). Este doble juego en el entrelazamiento entre memoria y paisaje nos permite, por lo tanto, buscar los sentidos del paisaje isleño, no solo en las categorías usadas para referirse a los elementos del entorno, y los recuerdos y emociones que estos disparan. Sino también analizando las narrativas de vida, los hitos y lugares en los cuales el espacio deviene en lugares imbuidos de significados como resultado de la experiencia de los isleños en su paisaje. Con el fin de comprender el doble juego en el que el paisaje y sus habitantes se entrelazan afectándose y constituyéndose mutuamente (Tilley y Cameron-Daum, 2017).

Estrategia teórico-metodológica

Analizar los modos en que los habitantes de la Zona Núcleo Forestal dan sentido al paisaje isleño a partir de su habitar presenta un desafío metodológico. Si bien como hemos visto en la sesión anterior existen diversas herramientas conceptuales dentro del marco teórico delineado, esta área de investigación no presenta una fuerte sistematización de estrategias metodológicas para hacer frente a este desafío. Esto hizo necesario explorar diversos campos de investigación que permitieran hacer frente a una de las principales cuestiones metodológicas a resolver ¿Cómo comprender e interpretar lo que el otro

experimenta acerca de un lugar? Particularmente teniendo en cuenta su vivencias y experiencias personales, inmersas en su dimensión espacial (Lindón, 2008). En este sentido, la estrategia teórico-metodológica elegida en esta propuesta se enmarca en la línea de las metodologías cualitativas (Taylor y Bogdan, 1996), tomando elementos del método etnográfico característico de la antropología social (Hammersley y Atkinson, 2007). Para hacerlos dialogar con herramientas metodológicas de las perspectivas fenomenológicas o experienciales de la geografía humana (Lindón, 2008, 2011, 2014; Tuan, 1977, 2007).

Desde el enfoque etnográfico, el sujeto investigador se acerca a una comunidad con el fin de obtener datos, significados y sentidos de la vida social utilizando técnicas cualitativas, yendo desde lo particular a lo general, y construyendo junto con los agentes locales un dato compartido (Guber, 2001; Hammersley y Atkinson, 2007). Así, las herramientas metodológicas características de este enfoque como las entrevistas etnográficas, y la observación participante, nos permiten participar de la vida cotidiana, implicarnos en las prácticas locales, y abordar el mundo de sentido de “los isleños” de la Zona Núcleo Forestal. Sin embargo, para no dejar de lado la dimensión espacial de las prácticas sociales, es necesario tener en cuenta no solo el método etnográfico, sino su cruce con la geografía.

En este cruce de disciplinas, entre la antropología y la geografía, podríamos ubicar a las narrativas de vida espaciales. Una narrativa de vida espacial *es un relato organizado y secuencializado espaciotemporalmente de experiencias vividas por el sujeto en ciertos lugares. Es un relato en el cual el lugar –con toda su singularidad- se hace parte de la experiencia allí vivida, influye de alguna forma en la experiencia, le imprime una marca y lo vivido marca el lugar de maneras que pueden perdurar para futuras vivencias* (Lindón, 2014, p. 200). *Estas narrativas dan cuenta de los lugares practicados, usados, significados, experimentados, modificados, recordados, por sujetos particulares* (Lindón, 2014, p. 198). Así, esta herramienta metodológica, en conjunto con las técnicas del método etnográfico permitiría abordar el paisaje isleño desde la experiencia espacial de quienes se involucran con el mismo en su habitar cotidiano. Particularmente la forma en que “los isleños”

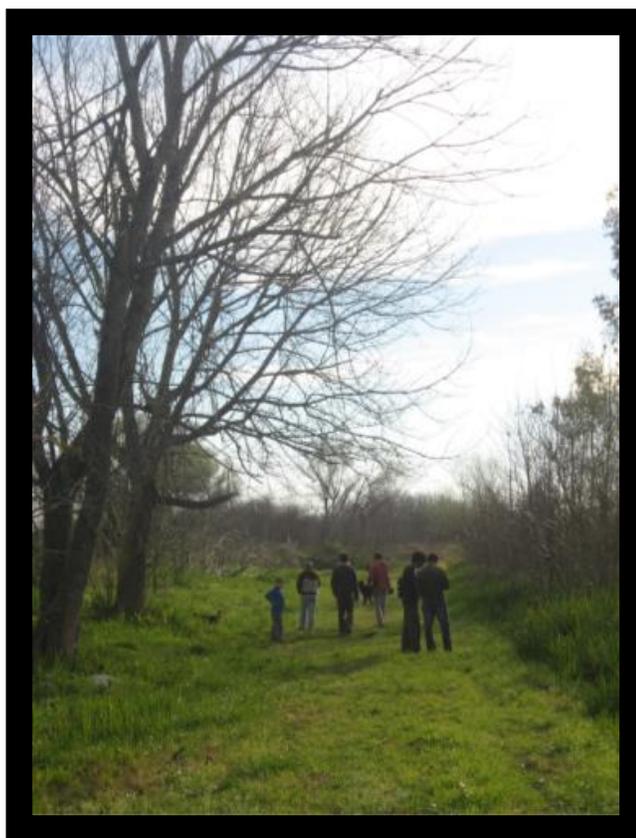
configuran su paisaje en un entramado de lugares imbuidos de emociones y significados, donde se sedimenta su pasado individual y colectivo.

Desde estas perspectivas metodológicas, realizamos entrevistas etnográficas, o no directivas (Guber, 2001) con habitantes y productores de la Zona Núcleo Forestal. Considerándose también a aquellos que, si bien tienen residencia fuera de la isla, producen y trabajan en ella diariamente. En este tipo de entrevistas el investigador procura no direccionar ni cerrar las posibles respuestas e interpretaciones a las preguntas que realiza, permitiendo la asociación libre del entrevistado, quien ira seleccionando los temas relevantes desde su punto de vista (Guber, 2001; Hammersley y Atkinson, 2007; Taylor y Bogdan, 1996). Así, este tipo de metodología permite abordar con alto grado de detalle el mundo de sentido de los sujetos de estudio, desde su trayectoria personal, y la trama social y espacial en la que se encuentra. La información recolectada de esta manera adquiere importancia explicativa en el contexto en el que los distintos discursos son producidos (Briggs, 1986; Guber, 2001; Hammersley y Atkinson, 2007; Taylor y Bogdan, 1996). Por lo que la realización de las entrevistas en el contexto espacial del propio paisaje isleño, y de los lugares en los que discurre la vida cotidiana de los entrevistados emerge como un aspecto importante.

También llevamos adelante instancias de observación participante, en eventos y espacios del ámbito “isleño”, en los cuales se ve desplegado el sentido de arraigo a la isla. Esta metodología supone el registro de espacios, sujetos, acontecimientos y diálogos de todos los involucrados en una situación particular, en donde el sujeto investigador es a la vez estudioso y miembro activo de la situación, encontrándose implicado al interactuar con los otros actores sociales (Althabe y Hernández, 2004; Bourdieu y Wacquant, 1995; Guber, 2001; Hammersley y Atkinson, 2007; Taylor y Bogdan, 1996). En este sentido durante nuestro trabajo de campo asistimos a diversos eventos festivos de la “cultura isleña” como el Día del Isleño.

Cabe destacar que, a lo largo del trabajo de campo, cada vez que las condiciones lo permitieron, procuramos realizar no solo entrevistas y observaciones participantes en “la isla”, sino también recorridos compartidos y dirigidos por los entrevistados. Con el fin de

que el involucramiento con los habitantes locales se de en diversos lugares del paisaje que los propios habitantes decidieran recorrer y mostrar. De esta manera se buscó aceptar las invitaciones de los entrevistados y a la vez generar situaciones intencionalmente para recorrer y caminar la “isla” junto con ellos. Podemos retomar así la idea de Lee y Ingold (2007), según quienes no se “camina hacia” el mundo de las otras personas, sino que se “camina con” el otro compartiendo experiencias y observaciones del entorno. Estos recorridos en conjunto con “los isleños” les permitieron realizar una selección y señalización de lugares, espacios, y elementos del entorno dignos de atención (Salazar et al., 2017). Lo que les permitió a los entrevistados entramar en su discurso significados del paisaje, y relatos del pasado disparados por el estímulo perceptivo del mismo.



Fotografía 2. Las instancias de campo incluyeron caminar y recorrer el paisaje con quienes lo habitan. Fuente: fotografía tomada por un miembro del equipo

En estas instancias hemos relevado relatos de vida, considerando sus dimensiones espaciales, y sociales. Por un lado, cabe destacar el anclaje espacial de toda vida a partir del cual la biografía se presenta como una forma para aproximarse a los lugares y sus significados a desde las experiencias del propio habitante. En este sentido estos significados se constituyen como aspectos simbólicos del espacio, pero emergen de la relación corporal con la materialidad del entorno. Es decir, no es posible concebir una biografía, sin un cuerpo en el que se encarnen las acciones cotidianas, y las relaciones con el paisaje en las que emergen las experiencias y emociones personales (Lindón, 2011). Por lo que la relación entre las biografías y los significados otorgados al espacio implican necesariamente una dimensión profundamente material. Por otro lado, si bien estas narrativas poseen un carácter autobiográfico, pueden ser consideradas como testimonios de la sociedad en la medida en que plasman relatos que reflejan una época, normas y valores sociales compartidos con la comunidad de la que se forma parte. Es decir, en toda vida particular emerge de manera específica y singular lo social, por lo que cada historia de vida echa luz a la convergencia entre la subjetividad y la sociabilidad (Escolar et al., 2002; Lindón, 2008; Piña, 1989; Pizarro, 2005, 2014a; Saltalamacchia, 1992). Esto nos permite, teniendo en cuenta el marco de referencia compartido por aquellos que se perciben como parte de una comunidad, transitar de lo particular de estos relatos a los sentidos colectivos de la narrativa local (Pizarro, 2005, 2006). En este caso, desde los relatos individuales a las narrativas isleñas sobre su habitar, y su paisaje. También se tuvo en cuenta que estos relatos en los que se plasman las experiencias de vida de los entrevistados en su paisaje revisten un carácter subjetivo. Pues, lo que se puede comunicar acerca de la experiencia espacial será siempre una versión interpretada de lo vivido, que no es idéntica, ni puede serlo nunca, a la experiencia en si misma (Lindón, 2008). Esto, lejos de restarle valor le suma una riqueza adicional al relato. En este, los acontecimientos se van articulando en la narrativa con retazos de una trama de sentido que para el sujeto tiene valor, y que constituye parte de los cristales a través de los cuales ve, evalúa el mundo, y actúa en él. Así, la narrativa expresa algo más que la vivencia pasada, y toma la forma de lo microsocioal que se está reconstruyendo en el momento presente, a partir de la reelaboración de acontecimientos

pasados, evaluados a través de toda la trama de sentido dentro de la cual la persona está inmersa en su aquí y ahora. De esta manera, teniendo en cuenta estos aspectos: el corporal/material, el subjetivo, el social, y el espacial, las biografías de vida de cada “isleño/a”, se presentaron como una herramienta adecuada para abordar las maneras en que “los isleños” dan sentido al paisaje, a partir de un habitar en el que se pone en juego el cuerpo con la materialidad de “la isla”.

Cabe destacar que, como ha sido mencionado anteriormente, el trabajo realizado se enmarca en un proyecto UBACyT llevado adelante de manera colectiva. Nuestro trabajo de campo comenzó como estudiantes de grado en 2012 en el marco de un curso sobre agricultura y humedales realizado conjuntamente por la Facultad de Agronomía (UBA) y Florida Gulf Coast University. Oportunidad que sentó las bases para luego constituir un equipo de investigación que, si bien ha ido transformándose a lo largo del tiempo, ha mantenido los vínculos y el trabajo en la Zona Núcleo Forestal del Delta del Río Paraná de manera ininterrumpida hasta la actualidad. En este sentido gran parte de la información ha sido obtenida colectivamente por los miembros de este equipo, de aquí que la redacción en torno a las técnicas llevadas adelante en campo sea en plural y no en primera persona como el resto de la tesis que presenta mi proyecto de investigación personal.

A lo largo de estos años hemos construido en conjunto, un corpus de datos que incluyen 194 entrevistas grabadas, y un amplio relevamiento de fotografías documentos históricos y revistas locales. El muestreo realizado en este trabajo fue de tipo cualitativo no probabilístico, combinando un muestreo de oportunidad a través de la técnica de la bola de nieve con un muestreo intencional (Guber, 2004). Así, complementamos ambos tipos de muestreo y logramos definir los agentes sociales teóricamente significativos para el caso bajo análisis completando la muestra con muestreo teórico (Achilli, 2005; Guber, 2004). Como señala Guber (2001 y 2004) en la investigación etnográfica los agentes sociales teóricamente significativos no se definen a priori, sino que se van delimitando a medida que se realiza el trabajo de campo. De este modo la muestra se va delimitando hasta llegar al punto de saturación, que se alcanza cuando los casos que van adicionándose ya no aportan información o datos novedosos, en lo que se conoce como saturación teórica (Achilli, 2005;

Taylor y Bogdan, 1996). Una vez que esto sucede, se considera que las personas incluidas dentro de la muestra representan al colectivo u objeto de estudio. Para esta investigación los criterios de delimitación de la muestra incluyeron la emergencia de los sentimientos de arraigo y pertenencia a la “la isla”. Esto permitió definir la unidad de análisis en torno a la adscripción identitaria de los informantes, y su trayectoria personal de entrelazamiento con el área de estudio. Lo que llevo a definir la unidad de análisis incluyendo “isleños nacidos y criados”, e “isleños por adopción” que adscriben como tales a partir de relaciones de parentesco con las familias tradicionales locales o a partir de su aceptación por la comunidad local en base a su arraigo a “la isla”. Se consideró también dentro de estas categorías aquellos “isleños” que hoy viven en continente y que a pesar de haber tenido que dejar “la isla” siguen desplegando implícita o explícitamente en sus relatos sentimientos de arraigo por este paisaje.

De esta manera, este trabajo incluye un análisis centrado en 112 registros totales de entrevistas y recorridos con “los isleños”, que comprenden un total de 62 entrevistados. A esto se suman los registros de instancias de observación participante, y el registro amplio del diario de campo propio que incluyen las sensaciones y emociones percibidas en los diversos encuentros, como parte de las dinámicas no discursivas propias de estas instancias. También trabajé en el análisis con un corpus de 84 documentos relevados que incluyen: registros fotográficos históricos del área de estudio, registros fotográficos actuales tomados por “isleños” y miembros de nuestro equipo, y diversos recortes de revistas de publicación local.

Estos registros fotográficos intentan incorporar la dimensión visual del paisaje, pero al mismo tiempo superar esa concepción del paisaje como un escenario natural a contemplar solo con la mirada, buscando incorporar la memoria y las emociones que forman parte del paisaje. Entonces, la intención del fuerte componente visual de esta tesis no es transmitir la realidad objetiva a través de la fotografía, sino entenderla como una representación, teniendo en cuenta su carácter subjetivo (Nieto Martín, 2005). En este sentido es que se incorporan registros fotográficos tomados por isleños y por nosotros, intentando sumar un componente más al registro escrito para captar y transmitir los

analizado en esta investigación. Esperando que las imágenes contribuyan a una comprensión más global de la realidad que hemos experimentado en el complejo entramado entre “isleños” y “la isla” durante nuestro trabajo de campo.

En lo que respecta a la reconstrucción del contexto socio-histórico de los relatos sobre el pasado, se realizó un relevamiento de datos censales y de documentación histórica acerca de las transformaciones socio-productivas ocurridas en el Delta del río Paraná. Incluyendo el análisis de los trabajos académicos que han realizado una construcción de la historia socio-productiva de la Zona Núcleo Forestal.

Los datos producidos fueron analizados cualitativamente (Achilli, 2005), buscando integrar en sucesivos niveles los fragmentos de información empírica recogidos mediante una argumentación coherente (Corbin y Strauss, 1990). Así, para el análisis que lleve adelante retome elementos de la Teoría Fundamentada en Datos, de acuerdo con la cual los significados se construyen intersubjetivamente entre investigadores y participantes, buscando descubrir la teoría en el propio proceso de investigación. Para ello utilice el Atlas.Ti 6.2, un software desarrollado específicamente para este tipo de análisis que permite mantener la características del análisis cualitativo, y al mismo tiempo trabajar de manera sistemática con una gran cantidad de datos de diversa índole, incluyendo textos, imágenes y videos (Justicia, 2005; Penalva Verdú et al., 2015; San Martín Cantero, 2014). En el mismo, trabajé con 2 unidades hermenéuticas independientes: una con un corpus de datos construido con las desgrabaciones de las entrevistas etnográficas, y los registros producidos a partir de las instancias de observación participante; la otra con el corpus de fotografías, imágenes y otros documentos gráficos como los recortes de revista previamente escaneados. Esto fue realizado con el fin de hacer más fácil el proceso de análisis al disminuir la cantidad de datos a trabajar simultáneamente. A partir del corpus de datos llevé adelante un proceso de codificación y categorización en base a los objetivos de esta propuesta, cumpliendo siempre con el principio de comparación constante, manteniendo así un proceso iterativo en el análisis de los datos. Esto se corresponde con el marco de un análisis que se asume no lineal, permitiendo la revisión y el ajuste de la metodología, el marco teórico, y el análisis durante el avance de la investigación. Dado que

desde la perspectiva adoptada en esta tesis, inmersa en la dialéctica propia de del proceso de investigación social, se entiende que la relación entre teoría método y técnica es de retroalimentación y reformulación permanente a lo largo del proceso del investigación (Escolar, 2000; Escolar y Besse, 2011).

Capítulo 3. Los paisajes cotidianos de la Zona Núcleo Forestal

Caracterización del área de estudio¹¹

El área de estudio abarcada para esta tesis comprende particularmente la Zona Núcleo Forestal del Delta del Río Paraná, ubicada en el Bajo Delta o Delta Inferior. Esta región del Delta del Paraná tiene una superficie de aproximadamente 350.000 hectáreas, y abarca desde el Puerto Ibicuy, provincia de Entre Ríos, hasta la desembocadura del río Paraná en el Río de la Plata, provincia de Buenos Aires¹². En ella influye particularmente el hecho de que es la más cercana a la desembocadura del estuario del Río de la Plata. Por lo que actúa como un área de almacenamiento de las crecidas del río Paraná, a la vez que presenta mayores niveles de inundación durante las sudestadas en comparación con otras secciones (Re et al., 2015). Como veremos más adelante, estos factores son de importancia para comprender las prácticas cotidianas llevadas adelante al habitar este paisaje, y el impacto que han tenido “las mareas” en la vida de “los isleños”¹³.

En lo que respecta particularmente a la Zona Núcleo Forestal, esta comprende un área de 80.000 hectáreas de islas sobre la que tienen jurisdicción los partidos de Campana y San Fernando (provincia de Buenos Aires). Tal como lo indica su nombre la principal actividad productiva es la forestación, particularmente de álamos y sauces, que según algunas estimaciones ocupa entre un 55 y un 70% de la superficie total del territorio. Esta actividad que se ha consolidado a fines del siglo XX como la producción característica de la zona, no solo constituye la principal actividad productiva de los habitantes. Sino que

¹¹ Este apartado representa una síntesis del trabajo conjunto realizado por todos los miembros del equipo de investigación, cuyos resultados fueron plasmados en la introducción del libro “Nosotros Creamos el Delta” publicado por el equipo en 2019. La descripción del contexto histórico y sociocultural de la Zona Núcleo Forestal sintetizada por Pizarro (2019) en la Introducción de dicho libro es retomada en este acápite.

¹²De esta manera del Delta Inferior comprende el departamento entrerriano de Islas del Ibicuy y los partidos bonaerenses de Escobar, Campana, San Fernando, Zárate, San Nicolás, Ramallo, San Pedro, Baradero, y Tigre. (Donadille et al., 2010).

¹³ En lo que respecta al impacto de “las mareas” en la vida de “los isleños”, trabajaré este aspecto en el capítulo cinco.

también se constituye como parte central de su identidad cultural, como resultado de un largo proceso histórico.

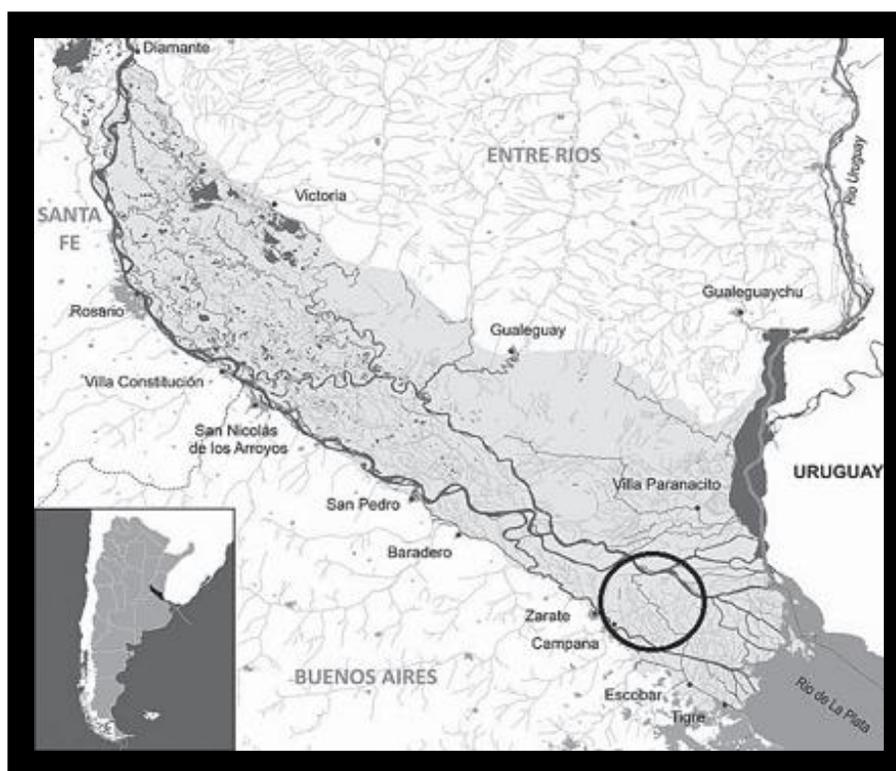


Ilustración 1. Ubicación del área de estudio. Fuente: Pizarro et al. 2019

La historia del Delta suele dividirse en cuatro etapas: I) la etapa prehispánica, periodo en el que fue habitado por grupos de indígenas guaraníes. II) luego de la conquista española entre los siglos XVIII y mediados del XIX donde se dieron los primeros asentamientos criollos y europeos. III) mediados del siglo XIX y principios del siglo XX, periodo en el cual se consolidaron los asentamientos permanentes y el cultivo intensivo de frutales en pequeñas unidades familiares. IV) Y finalmente el periodo desde mediados de siglo XX hasta la actualidad, en el cual se consolidó la forestación como principal actividad productiva, con una mayor intervención en el ambiente con el avance de los endicamientos, y un proceso de diferenciación entre productores con incrementos de la unidad productiva y una mayor concentración de la tierra (Galafassi, 2004c, 2005; Gentile y Natenzon, 1998). A continuación, me limitaré a desarrollar brevemente solo los dos últimos periodos, con el fin de contextualizar históricamente los relatos y las experiencias de vida de “los isleños”

con las que trabajaré en las siguientes secciones. Esta decisión, responde a la consideración de que a partir de mediados del siglo XIX es donde podemos ubicar el comienzo del proceso histórico que resultaría en la configuración actual del territorio. En dicho periodo, en el marco de un proyecto de conformación nacional¹⁴, se llevaron adelante medidas para poblar y colonizar el delta con la llegada de migrantes provenientes de diversos países de Europa. Este proceso de colonización marcó así la llegada de las familias que habitaron y transformaron históricamente el paisaje de Delta, y cuyos descendientes hoy remarcan su identidad “isleña” y sus sentimientos de arraigo en “la isla”.

Entre fines del siglo XIX y principios del XX, personas provenientes de diversos países europeos llegaron al Delta Inferior en el marco del movimiento migratorio de ultramar promovido por el Estado argentino. Esta política tuvo como objetivo poblar el territorio nacional, modernizar su producción y blanquear su población, en el marco de la expansión de la modernidad capitalista. En particular, numerosos vascos, portugueses e italianos que no habían logrado insertarse en la agricultura pampeana ni acceder al mercado laboral de la ciudad de Buenos Aires se dirigieron al Delta Inferior del Río Paraná, atraídos por la posibilidad de instalarse como trabajadores en las incipientes quintas fruti-hortícolas o en la fabricación de ladrillos; e, incluso, acceder a la tierra para establecerse como agricultores (Galafassi, 2004a; Pérez Agote et al., 1997; Pizarro, 2019). Esta expansión de la agricultura constituyó una manera de colonizar un espacio que hasta mediados del siglo XIX había sido concebido como inhóspito y sólo factible de ser habitado por indígenas o, en su defecto, por algunos criollos que se asentaron de manera intermitente entre los siglos XVIII y XIX quienes, junto con los jesuitas, explotaron el monte para la extracción de leña y la fabricación de carbón (Galafassi, 2004a). Así, de la mano del avance de la frontera agrícola, los colonos domesticaron este espacio agreste y lo convirtieron en su lugar (Escobar, 2000).

¹⁴ Para esta época la nación comienza a vislumbrar un proceso de cambios que, concebidos por la elite ilustrada, pretendían insertar a la Argentina en el concierto de naciones civilizadas «trayendo Europa a América». Se trató de un proyecto de modernización y transformación integral del país que intentaron poner en práctica los grupos dirigentes, elaborado por pensadores de la organización nacional como Alberdi y Sarmiento, este último ferviente impulsor de la ocupación del Delta (Camarero, 2011).

Estos primeros pobladores que llegaron al Delta se dedicaron a la producción fruti-hortícola en pequeña escala hasta mediados del siglo XX, momento en que se registró la mayor cantidad de habitantes (Olemborg, 2013). Según Galafassi (2004b) la población en el Delta Inferior pasó de aproximadamente 2000 habitantes en 1869 a 10.000 a principios del siglo XX, e incluso superó los 25.000 habitantes entre el periodo de 1920 y 1940. Cultivaban frutales, hortalizas, mimbre y árboles maderables (principalmente sauces nativos) para abastecer al mercado interno. Eran productores familiares y utilizaban tecnologías de manejo de agua de bajo impacto, tales como zanjas y atajarepuntos, tanto para cultivar como para protegerse de “las mareas” (Álvarez, 2012; Galafassi, 2004a; Pizarro, 2019).

En la segunda mitad del siglo XX, la producción fruti-hortícola perdió competitividad, debido a distintos factores coyunturales. Entre ellos, cabe señalar inundaciones, heladas, el incremento de los costos de transporte por barco, el desarrollo de otras regiones productoras más competitivas en el continente, y la promoción estatal de la producción forestal. Según varios autores, una de las razones principales de la caída de la fruticultura de islas fue la pérdida de competitividad frente a otras regiones, debido principalmente a procesos de promoción frutícola en el Alto Valle de Río Negro, Cuyo y San Pedro (Galafassi, 2004b; González, 2015; Olemborg, 2015). La mayor conectividad de estas regiones mediante los ferrocarriles y las rutas, y las posibilidades de mecanizar las plantaciones con costos significativamente inferiores en tierra firme, determinaron una fuerte retracción de la actividad en el Delta.

En este contexto de crisis estructural de la fruticultura de islas, un factor ambiental marcó un antes y un después la producción del Delta y en la vida de los isleños en general. En abril de 1959 una creciente de los ríos tributarios del Delta Inferior, se conjugó con una sudestada sin precedentes. La duración de la inundación bastó para provocar la pérdida de la mayoría de los animales de granja, los ganados y los cultivos. La crisis de la fruti-horticultura junto con los impactos de la inundación extraordinaria de 1959 y la atracción de la oferta laboral en las áreas urbanas, originada por los procesos de industrialización durante la política de sustitución de importaciones, motivaron a un porcentaje significativo de la población local a emigrar al continente.

Esto, sumado a la precariedad de los títulos de la tierra, fue aprovechado por algunas familias que lograron capitalizarse y expandir sus propiedades sobre las de los pequeños y medianos productores que “abandonaron la isla” (Pizarro et al., 2018). Por lo que en este proceso de transformación socio-productiva, se produjo también una progresiva diferenciación y movilización socioeconómica de los productores, que dio lugar a la actual conformación de la estructura social agraria que, según Pizarro y Straccia (2015), se conforma de este modo:

- A. Pequeños productores familiares: los productores “de antes” y quienes se encuentran debajo de la unidad económica forestal (200 ha), según los estándares actuales.
- B. Productores familiares capitalizados: aquellos se encuentran dentro de la unidad económica forestal (entre 200 y 1.000 ha).
- C. Empresas familiares: productores que se consolidaron en las últimas dos décadas y actualmente superan la unidad económica forestal con más de 1.000 ha. Son empresas familiares de origen local, que se han expandido aumentando la superficie de sus explotaciones e incorporando otros eslabones de la cadena agroindustrial (por ejemplo, fletes y aserraderos). Asimismo, estos productores han dado un “salto organizacional” pasando de “una lógica familiar” a “una lógica empresarial”.
- D. Empresas forestales agroindustriales: Son propiedad de grupos económicos extralocales (de capitales nacionales o internacionales), tienen una superficie mayor, presentan una alta integración vertical y han tenido una lógica empresarial desde sus orígenes.

La capitalización y/o empresarialización de los productores junto con la especialización en la producción forestal favorecieron cambios en el mercado laboral. La participación de los miembros de la familia en los procesos de trabajo que caracterizó a los productores horti-frutícolas “de antes” no resultó tan necesaria, al tiempo que se contrataron trabajadores temporales para las tareas de plantación, poda, raleo y corte de

la madera, entre otras. Esta demanda laboral fue suplida, mayoritariamente, por inmigrantes internos provenientes de Corrientes, Entre Ríos y Misiones entre las décadas de 1960 y 1980 y por trabajadores paraguayos desde principios de los noventa (Pizarro, 2016; Pizarro y Straccia, 2015).

Paralelamente, a partir de la década de 1960, el Estado comenzó a intervenir en las formas de apropiación y uso del territorio en el marco de otro modelo de país y de un paradigma de desarrollo economicista (Moreira, 2019). Entre las estrategias de gubernamentalidad (Foucault 1999, en Pizarro 2018) que intervinieron en la construcción del territorio podemos mencionar algunas acciones estatales, tales como la producción de artefactos legales y el apoyo a las instituciones de desarrollo. Específicamente, a nivel local, la Estación Experimental Agropecuaria del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria Delta del Paraná (EEA INTA Delta del Paraná) fomentó la expansión de la forestación y promovió el perfeccionamiento de las tecnologías de manejo de agua a fin de optimizar la producción en las zonas bajas de las islas mediante diques y terraplenes (Álvarez, 2012; Cobelo, 2005). De tal modo, la especialización en la producción de salicáceas en gran escala y el monocultivo, en algunos casos combinado con ganadería, se intensificó en la década de 1980, particularmente en la ZNF.

Sin embargo, en las últimas décadas diversos discursos ambientalistas están alertando sobre el impacto negativo que tendría la producción agropecuaria en la Zona Núcleo Forestal. Distintos estudios sobre los aspectos ecológicos del Delta del río Paraná lo definieron como un macrosistema de humedales (Málvarez, 1999) y resaltaron la importancia de sus servicios ecosistémicos (Kandus et al., 2010). Al mismo tiempo denunciaron el deterioro que habría producido la actividad antrópica, señalando la existencia de un proceso de terrestreización o pampeanización de este sistema (Ceballos, 2011; Kandus et al., 2003; Kandus et al., 2006; Málvarez, 1999; Minotti et al., 2009). De esta manera, si bien el desarrollo de la producción forestal había sido estimulado y acompañado por el propio Estado, con el auge de la cuestión ambiental las esferas vinculadas con las políticas públicas también se reconfiguraron. Y las anteriores acciones estatales de incentivo a la producción forestal y promoción de tecnologías de manejo de agua dieron

paso a normas que pretenden prohibir o al menos restringir dichas actividades en el marco de un desarrollo sustentable (Pizarro y Straccia, 2018).

Es en este contexto, caracterizado por el auge de las presiones ambientalistas, que actualmente coexisten diversas posiciones que pretenden definir cuáles deberían ser las formas permitidas de uso y apropiación de los humedales del Delta del río Paraná, conformando un campo de lucha en el que participan diversos agentes con grados de poder diferenciales. Campo de lucha en el cual esta propuesta pretende analizar la manera en que los isleños de la Zona Núcleo Forestal dan sentido al paisaje que habitan, anclando en él emociones, memorias y proyectos futuros. Con el fin de profundizar en las maneras en las que en la relación con el paisaje se crean sentidos de pertenencia, arraigo, y lazos afectivos con el entorno. En este sentido, a continuación, realizaré un análisis de relatos locales sobre algunos momentos de los periodos históricos que acabamos de describir. Pretendo así, realizar un nuevo análisis de este proceso histórico, pero desde el punto de vista de los isleños. Abordando los aspectos de la vida cotidiana en la relación de “los isleños” con su paisaje a lo largo de los distintos momentos históricos del Delta.

Los paisajes cotidianos (*taskscape*) de la Zona Núcleo Forestal¹⁵

En esta sección abordaré los dos periodos principales caracterizados en el apartado anterior, el Delta frutihortícola, y el Delta forestal, centrándome en esta ocasión en lo que Cano Suárez (2011) denomina la mirada cotidiana. Tal como sostiene la autora, *los trabajos, las rutinas y las maneras de vivir de sus gentes caracterizan buena parte del territorio y paisaje* (p.37), un conjunto de acciones que Ingold denomina *taskscape* (Ingold, 1993). Este conjunto de tareas y acciones se convierten en testigos del paso del tiempo, y en memoria del trabajo colectivo y del territorio (Bender, 2002a). Así, la configuración de este conjunto

¹⁵ Cabe aclarar que aquí se busca trabajar con la mirada de “los isleños” sobre su habitar cotidiano, asumiendo y poniendo en valor su carácter subjetivo. En este sentido, no es intención del análisis de este apartado realizar una reconstrucción completa y precisa de los procesos sociales económicos y productivos que explican las transformaciones socio-productivas históricas de la Zona Núcleo Forestal. Si bien estas cuestiones se tienen en cuenta aquí como contexto, para profundizar en ellas existen numerosos trabajos que abordan estos procesos históricos desde distintas miradas y disciplinas (Galafassi, 2004b, 2004c, 2005; Moreira, 2019; Olemberg, 2010b, 2013, 2015).

de acciones se presenta como *una huella en el paisaje de las sucesivas generaciones que lo han habitado, habitantes presentes y pasados dejan algo de sí mismos en su paisaje* (Ingold, 1993:152).

Esta mirada cotidiana implica entonces, *pensar el paisaje en los términos de aquellos que viven en él, lo habitan y le dan forma según sus actividades habituales y repetitivas* (Cano Suñen, 2011). Con el foco puesto en la vivencia cotidiana del paisaje isleño a partir de una descripción más detallada de las tareas y las rutinas cotidianas de estos periodos históricos, podemos subdividir entonces los periodos históricos previamente abordados en: El Delta Frutícola, El Delta de la Forestación Temprana, y El Delta de la Forestación Moderna. Esta es una distinción analítica con la que busco retratar, en lugar de un proceso, las formas de vida y la relación con el paisaje característica de 3 épocas, que presentan diferencias en las tareas que realizaban los isleños, y las formas en que se configuraba la relación con el entorno. Cabe señalar que, si bien no lo hacen con estos nombres, los mismos “isleños” recuerdan y relatan estos momentos como épocas distintas de sus vidas en “la isla”.

El Delta Frutícola

Como ya he mencionado, el tipo de producción predominante durante este periodo era la fruticultura, incluyendo cítricos en invierno, y ciruelas, duraznos, manzanas y membrillos en verano. Tal como recuerda un productor “éramos fruticultores (...) empezábamos con la primera ciruela Cherry y después con la Green Red, la Golden”. O como señala otro productor “teníamos 200 metros así, y todo limonal y naranja. Casi todo el canal era así”. Dando cuenta, con esta última expresión, de que la fruticultura no solo era la actividad productiva de la época, sino que las plantaciones de frutales eran parte constitutiva del paisaje del Delta de esta época.

Las propiedades eran pequeñas “quintas”, de 10 a 30 hectáreas, el trabajo era llevado adelante por los miembros de la familia, y la producción estaba orientada a la reproducción de la unidad doméstica. Un habitante local señaló en una entrevista que “Fueron años de mucha fruta, mucha verdura. Era la época que trabajaba prácticamente la familia entera”, destacando la participación de todos los miembros de la familia. Mientras

que una entrevistada hacía énfasis sobre el mismo aspecto, pero destacando la participación de la mujer, “las mujeres laburaban a la par de los hombres, que la podada, que la juntada de frutas, cambiar las plantas, limpiar la zanja, todo a mano. Rastrillar, ahora que está el matayuyos... antes era a machete, guadaña y rastrillo. (...) Y las mujeres a la par. Mi abuela laburaba a la par de los hermanos”. En este sentido, si bien existen relatos de “mujeres a la par” realizando “tareas pesadas”, la mayoría concuerda en señalar que las tareas de las mujeres estaban principalmente limitadas a tareas reproductivas. Lo que incluía en esta época ciertas tareas “livianas” relacionadas con el trabajo en la producción como la selección de frutas y las conservas (Camarero, 2019). Al respecto una isleña recuerda:

había un galpón grande en la costa, ahí donde pasamos la casa esa, y de aquel lado había un galpón grande (...) Traían ahí, los que juntaban la fruta traían ahí los cajones, y las mujeres la poníamos como en una tabla así, así inclinada (...) y entonces se tira ahí y se iba eligiendo. La chiquita se saca aparte, o la grande se saca aparte... (Verónica¹⁶)

La producción de fruta era complementada con el cultivo de mimbre que era utilizado para la fabricación de muebles y cestos, y con la extracción de leña para su uso como combustible y para la construcción de cajones para la fruta. Se buscaba así aprovechar la vegetación que crecía naturalmente en las zonas más bajas y anegadizas de la propiedad, porque “los isleños” “producían lo que era más natural, y lo primero fue la leña”. A su vez, también se producían diversos tipos de hortalizas junto con las frutas “había durazno, manzana, naranja, limones, después verdura, ají, tomate, coliflor, zapallo, sandia, siempre hubo producción”. Y se realizaba cría de animales de granja, producciones generalmente destinadas al consumo propio “el otro medio de vida era la verdura, los animales, tenían un poco de todo, y fruta”. También vale mencionar que, si bien no era la producción principal, ya se podían encontrar en esta época algunas plantaciones forestales cuya madera se utilizaba para fabricar cajones para transportar la fruta y la verdura. Aunque la finalidad

¹⁶ Se utilizan seudónimos a lo largo de toda la tesis para asegurar el anonimato de los informantes. Respetando así el carácter íntimo de nuestras entrevistas y charlas con ellos.

principal de estas plantaciones era el papel que podían cumplir como “caja de ahorro”, debido a los largos plazos que requiere la forestación para generar un retorno económico en comparación con la fruticultura (Olemborg, 2015).



Fotografía 3. “En un tiempo había caballos con el carrito para traer el coliflor y alguna fruta”.
Fuente: Archivo personal de una “isleña”.

Además de estas actividades productivas también se recuerdan en la región algunas industrias básicas de procesamiento de materia prima que florecieron en esta época en torno a la producción de fruta, para la elaboración de sidra, mermeladas y frutas al natural envasadas (Camarero, 2011). Los vecinos también recuerdan la existencia de una industria de hilado de fibra de formio en Tigre, “había hace muchos años la fábrica de formio, dos fábricas había”. Y la existencia de una fábrica de ladrillos y tejas que utilizaba la tierra de la zona, “Había una fábrica de ladrillos... Y de tejas... De ladrillo y de tejas; por la tierra, sí”, “aprovechando la calidad de tierra que había”. Una vecina incluso señala que las tejas de su casa, que tiene más de 160 años, fueron realizadas en esta fábrica.



Fotografía 4. Registro fotográfico de la fábrica de ladrillos del río Carabelas. Fuente: Registro histórico montado en un recreo de “la isla”

Durante este periodo recordado por los isleños como “la época dorada del Delta”, la región llegó a su apogeo, se estima que entre 1920 y 1940 la población isleña para todo el Delta llegó a alcanzar los 40.000 habitantes (Gentile y Natenzon, 1998). Otros datos muestran que particularmente para la zona del Bajo Delta bonaerense donde se ubica la Zona Núcleo Forestal histórico la población estable llegó a su pico histórico en 1940, con aproximadamente 25.000 habitantes (Olemborg, 2013). En esta época se logró una importante infraestructura pública y comunitaria orientada a satisfacer las necesidades básicas: escuelas, capillas, salas de atención primaria, salud, sociedades de fomento, senderos Interisleños que unían a los vecinos, y compañías de transporte fluvial, entre otros. Muchos recuerdan con afecto la actividad social que había en esta época.

En el '36 acá en cada punto que uno iba había una comunidad. O sea... Había clubes. Había casas, cada 300 metros había una casa. Vos bajabas en un muelle y caminabas hacia el fondo, en forma perpendicular; y como los terrenos sobre el Paraná son de 100 o 200 metros de ancho, vos vas avanzando y cada tanto había una casa con su quinta, y otra casa, y otra casa, y otra casa. Había muchísimos habitantes; en todos lados. (María)

Tal como señala Olemberg (2015) en este período surgieron diversas instituciones que fueron estructurando el tejido social: el periódico Delta (1933), el Consejo de Productores del Delta (1936), la Cooperativa de Consumo, Forestal y Servicios Públicos del Delta Ltda. (conocida como Cooperativa Forestal de Tigre, 1932), y las escuelas y hospitales públicos, con sus respectivas asociaciones cooperadoras, en cuyas comisiones había altos niveles de participación en comparación con los actuales, y donde se tejía prácticamente todo el entramado social local, además de otras instituciones como clubes (cada arroyo tuvo o tiene el suyo) y sociedades de fomento.

En este sentido, todos “los isleños” coinciden en destacar que el rol de las instituciones escolares, llevadas adelante por la misma comunidad, era central para la actividad social.

Nos unía la escuela (...) Cuando se necesitaba algo la cooperadora llamaba a todos los padres y se organizaba un baile. Y uno donaba una vaca; y otro donaba los pasteles; y otro donaba una torta; y se trabajaba mucho; y se hacía un baile; y se cobraba entrada. Y lo que se juntaba se volcaba en la escuela. Y eso era el medio social nuestro. (María)

Y acá lo que se hacían eran bailes. Después de los bailes se hacían cumpleaños, bautismos... cada escuela se quedaba con un centro ahí, para los vecinos de ahí de la zona (...) entonces los sábados o los domingos iban se juntaban ahí en la escuela a jugar a las bochas o al truco... o al fútbol. (Pablo)



Fotografía 5. Escuela nº19 arroyo Las Cañas, 1992, Fiesta comunitaria del ayer. Fuente: Registro histórico montado en el día del isleño

La participación social en “las escuelas de isla” y su importancia para la comunidad era tal, que incluso hay vecinos que cuentan que algunas de estas escuelas se construyeron a partir de donaciones e iniciativas propias de “los isleños”.

Y entonces mi abuelo donó el terreno ese para hacer la escuela. Así que... bueno después de ahí eh... alrededor de la escuela era todo frutales porque era la quinta de mi abuelo. Después mi abuelo donó un pedazo más para hacer una canchita de futbol. Después se donó para hacer el salón del sum¹⁷, era el salón de actos y el comedor. Después, ya mi abuelo no estaba más pero mi abuela donó para hacer el jardín de infantes. Después mi papá donó, cuando mis abuelos ya no estaban más, donó para hacer la cancha de futbol grande, así que bueno, es como... la escuela... es mi casa. (Romina)

¹⁷ Salón de Usos Múltiples

En este sentido, no solo se recuerda una mayor actividad institucional de parte de las escuelas. Muchos vecinos recuerdan una mayor conexión con el continente, a pesar de la ausencia de vías terrestres, debido a una importante actividad del transporte fluvial.

Había 4 lanchas de pasajeros por día, además de las escolares. O sea, yo vivía en la isla y podía tomar una lancha para venir a Campana a las 7 de la mañana o a las 10 de la mañana; y podía regresar a las 11 o las 5 de la tarde. Y eso le permitía a uno poder venir a la ciudad a hacer una compra, a consultar el médico, a visitar a un familiar, a pasear. (María)

Otros tampoco dudan en señalar una mayor actividad en la isla de parte del Estado, sobre todo en lo referido a las actividades de dragados y canalizaciones que hicieron posible la producción de la época. Canales que se distinguen de los cauces y ríos naturales del Delta por su trazo recto y lineal, dando cuenta de la intervención del hombre en la zona en esta época de colonización.

Y habrán hecho para cultivar mejor, para aprovechar la tierra. En qué año, si en 1905 creo que se hizo este canal Alem. Mi tío se acordaba cuando vinieron a hacerlo. Debe haber empezado en 1890, vino una draga de Holanda. (...) Después con esa tierra que sacaron del canal vinieron los frutales los cítricos, limones y todo eso, una hermosura todo. A los bordes del canal Alem. (Norma)

Las diversas historias de esta época que se transmiten de generación en generación, narradas siempre de manera emotiva, y los registros fotográficos que guardan algunos isleños, dan cuenta de que este paisaje sigue operando hoy en día como un lugar idealizado, una referencia esencializada de lo que la vida en la isla podría volver a ser. Sin embargo, debemos evitar quedarnos con una mirada romántica de esta época pues, la insularidad del Delta y sus características de terreno inundable, implicaban numerosas complicaciones en las vivencias y rutinas diarias de los isleños. Muchos isleños señalan particularmente en lo que respecta a las tareas productivas que “en esa época no había infraestructura, no había nada. Todo lo que se hacía tenía que salir por el río (...) Toda la fruta había que sacarla del

campo al barco”. Marcando así la ausencia en esa época de vías terrestres de comunicación con el continente que permitieran trasladar la producción. Así, la alta comunicación mediante vía fluviales que les permitía moverse cotidianamente en lanchas contrastaba con las dificultades para trasladar la cosecha. Algunos isleños aún recuerdan las historias de cómo se llevaba la fruta en pequeñas canoas para luego ser remolcados por un barco a vapor hasta el continente.

En aquellos años se viajaba con el vapor. Salía de San Fernando y llegaba a La Horqueta de Carabelas. El vapor tardaba 8 horas, iba un día y volvía otro. Me acuerdo de que los vapores se llamaban Nicolás Ambrosioni y el otro El Norma. Paraban a cargar la madera para caldera que se llamaba en metro cubico, a la vuelta le salían con los lanchones sin motor cargados de fruta, ramas y remolcaba a 4 o 5 lanchones hasta San Fernando ... El vapor grande y atrás esas lanchas más chicas que se llamaban chatas comúnmente barquitos chicos de 20, 15tn, sin gente, solo iba el dueño y como no tenía motor salía y lo remolcaba el vapor. (Nicolas)

Porque la cosa no es solamente dónde producir sino donde vender... y así con las canoas, lo que produjeron primero y con las canoas llevaban su mercadería... cada barco de esos, porque había un día también para llevar las canoas... A los productores de acá, le daban un día, el del barco, para que aten las canoas atrás y las llevaban a Tigre o a San Fernando. A remolque. (Pablo)

No sólo resultaba difícil la comunicación con el continente a la hora de trasladar la producción, sino también el trabajo en los campos, puesto que había que ingeniárselas con técnicas que permitieran producir en un terreno inundable. En este sentido es usual en las conversaciones con “los isleños” que recuerdan historias de esta época la referencia al esfuerzo necesario para llevar adelante la producción. Si bien se destaca la oportunidad que el estado otorgaba para arraigarse, pues “Si trabajabas te daban la tierra”. Todos coinciden en señalar el esfuerzo y el sacrificio que tuvieron que realizar sus antepasados para lograr salir adelante en esta época, pues te “otorgaban la tierra”, pero “tenías que mostrar que

realmente querías este lugar (...) que lo querías para producir, tenerlo como medio de vida”.

Mi abuelo en esta quinta de acá al lado estuvo trabajando también haciendo madera, y haciendo zanjeo y, ellos contaban que... se levantaban muy temprano y no sé a qué hora de la mañana tomaban un marrataco que le llamaban ellos, que era un mate cocido con panceta frita, huevo frito (...) Pero laboraban. ¿Sabes lo que es hacer zanja a pala a mano!? ¡Pala a mano... pero zanjas eh!”. (Ricardo)

Mi abuelo a las 4 de la mañana se levantaba. ¡A las 4 de la mañana en pleno invierno! Se levantaba (...) ordeñaba la vaca, venía con la leche, y ahí recién desayunaba. Y todavía era de noche. Y después salía al campo... a podar las frutas, a curar (...) no no, el sacrificio que hicieron es impresionante porque... lo que contaban... todo a mano. (Romina)

Para poder producir en las islas durante este periodo los isleños trazaban canales en los albardones¹⁸ con el objeto de permitir el ingreso de agua a través de estos, utilizando así los recurrentes ascensos del río a su favor para el riego de los cultivos. Sistema que permitía a su vez el drenaje del agua del campo hacía el río cuando el nivel del agua bajaba. “Entraba y salía el agua, y donde plantaban limones hacían mucha zanja... Por eso las quintas viejas están todas zanjeadas”. Este sistema de canales y zanjas en forma de espina de pescado, que se realizaban hacía el interior de las islas se denominaba sistema de riego de zanja abierta. Fue uno de los primeros sistemas de manejo de agua en el Delta, y junto con las obras de dragados y canalizaciones en la región, fue lo que permitió el éxito de la producción frutícola en la zona (Moreira, 2018). “Y... la producción era a zanja abierta, a canales abiertos, cuando se inundaba se inundaba, cuando bajaba, bajaba, pero era otra cosa, venía una marea cada veinte años”.

¹⁸ Se denomina albardón al borde externo de las islas del Delta. Debido al proceso de deposición de sedimentos que da origen a las islas, estas cuentan con dos zonas características. Por un lado, el albardón, una zona de ancho variable que suele tener una altura mayor que el centro de las islas y una riqueza mayor de especies vegetales. Y por el otro la parte central de menor altura en la que suelen encontrarse bañados y pajonales.

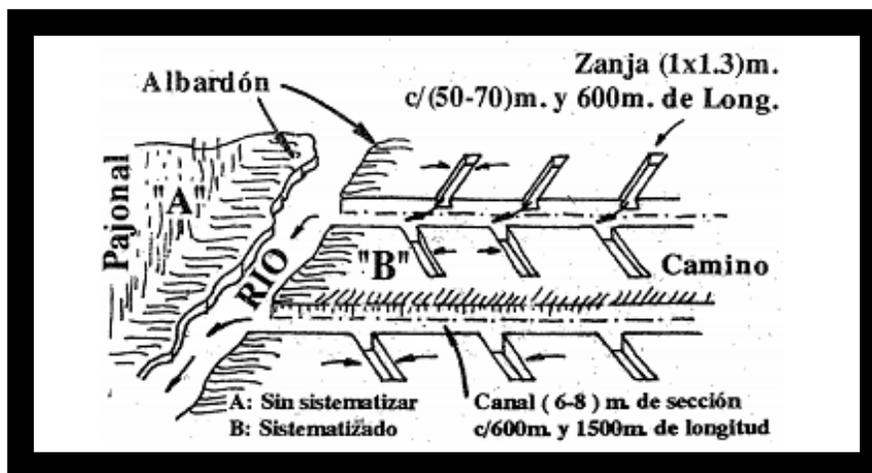


Ilustración 2. Sistema de Zanja Abierta. Fuente: FAUBA, 2009

Tal como sostiene Moreira (2018, p.57), este sistema fue *producto de décadas de experiencias fallidas y exitosas, ensayos, pruebas y errores, fue parte de la construcción de un vínculo muy particular entre la sociedad isleña y su entorno*. Un vínculo con un paisaje que, si bien en esta época presentaba muchas oportunidades para los migrantes europeos que llegaban a la región, también presentaba sus dificultades propias.

Tenía las condiciones adversas de que no era sencillo trabajar y que se produzca como en el campo. En el campo hay mejores tierras y más extensión de campo, entonces es distinto. (...) Allí producían mucho más fácil que acá. Mucho más mecanizado, mucho mejor. Y allá no precisaba zanjás como se usó acá porque no había creciente como acá. Acá el problema era el río, que crece fuerte, como estos días que creció fuerte y se tapa de agua. Después lo que lo tapó el agua, ya está, listo, no sirve más. (Pablo)

Como puede verse en el relato, el reducido tamaño de las explotaciones surcadas por canales y zanjás implicaba dificultades de circulación interna dentro de los campos. Lo que dificultaba la incorporación de maquinarias como tractores o palas mecánicas. Factores que reducían la capacidad de acumulación de capital de los productores. A estas dificultades en términos productivos en torno a la insularidad del delta, y la falta de caminos internos, debemos sumarle los aspectos más cotidianos. La falta de caminos terrestres hacía que tanto el acceso, como los desplazamientos internos en el Delta fueran por barco.

Dificultando y complicando la movilidad a la hora de viajar desde la isla al continente, o de acceder a bienes cotidianos o servicios como la salud y la educación dentro y fuera de la isla. Hay isleños que aún hoy recuerdan caminar horas para ir a la escuela cuando todavía no se habían realizado caminos como los que hay en la actualidad “los caminos eran un sendero, no como es ahora, ¡un senderito!”.

También se recuerda lo que implicó vivir sin electricidad durante esta época en los aspectos más cotidianos de la vida en la isla. Aspectos que quedan ejemplificados en el siguiente relato.

Hacían todo cosas de chancho y lo guardaban. En esa época, que no había freezer, no había nada, ¿sabes cómo conservaban las cosas las costillas de chancho? Las freían y después con la misma grasa la metían en la grasa, y la grasa mantenía la tapan con grasa líquida después se congelaba y a los dos meses sacaban la costilla la volvías a poner para freír y estaba, pero perfecta. No había freezer, no es como ahora, ahora es fácil. Tenemos el freezer, tenemos eso, ¿viste? Por eso es que la gente de antes hizo mucho sacrificio. (...) Nosotros cuando empezamos, lavaba mi madre la ropa en el muelle, en el río. Después logramos una bombita que tenía que bombear a mano. Y yo cuando era... luz no teníamos, y yo era chico y viajaba allá con mis primos y yo llegaba allá y tenía una diferencia terrible. Porque yo llegaba allá y miraba abría la canilla tenía el agua, apretaba la tecla, tenía luz. (...) Cuando venían las fiestas de Año Nuevo y Navidad acá no había heladera, entonces la lancha que pasaba vos le encargabas y te traía una barra de hielo, que media barra de hielo era así (...) y cuando llegaba acá era una cosita así. Por eso te digo que no fue fácil para toda esa gente (Juan)

Cabe señalar que, si bien estas características son recordadas como complicaciones, dificultades, y sacrificios, como veremos más adelante justamente el haber convivido con ellas es parte de la historia de este paisaje y de “la vida isleña”.

El Delta de la Forestación Temprana

Este periodo del Delta se destacó principalmente por el decaimiento de la fruticultura, y el comienzo de la transición al Delta Forestal. A fines de la década de 1940, iniciaba el período de políticas de promoción forestal orientadas al desgravamiento impositivo de las plantaciones. Para el año 1955, las estimaciones provinciales y del Ministerio de Agricultura de la Nación de la producción forestal para el Delta inferior calculaban una superficie forestal cercana a las 80 mil has. Y para el año 1969, esa superficie se proyectaba levemente por encima de las 100 mil has. Por lo que, pese a la escasa calidad y cantidad de datos oficiales relacionados a la superficie forestal, se observa que ésta experimenta una notable y sostenida expansión desde 1950 hasta finales de la década de 1970 (Moreira, 2018). Así el Estado comenzaba una etapa de políticas que impulsarían el reemplazo de la actividad fruti-hotícola por una actividad forestal orientada a la provisión de materia prima para el incipiente eje industrial Buenos Aires-Rosario de papel y madera (Galafassi, 2005; Gentile y Natenzon, 1998; Moreira, 2018).

Esta etapa para muchos de los isleños no fue fácil, debido principalmente a los largos periodos que requería la producción forestal para generar rentabilidad, en comparación con la producción frutícola característica de la zona. “Ahí empezó la madera. Ganadería también. Y todavía seguimos... la madera necesita más o menos unos catorce años para cortar...”. Así, los productores comenzaban la transición a la forestación, sosteniendo aún en parte la fruticultura. Producción que, si bien permitía obtener algunos ingresos mientras se esperaba a cosechar madera, resultaba cada vez menos rentable. Muchos habitantes de la zona recuerdan esta época como una de mucho sacrificio, para poder sostener el ingreso económico en dicho contexto.

En el 51. Del 51 al 68, es decir todos esos años, era trabajar afuera para poder ahí llegar a (...), recién cosechar la producción (...) [Se Producía] El álamo... y después verdura. Plantaciones de repollo, plantaciones de coliflor, manzana. Iban al puerto y lo llevaban [vendían], pero llegó un momento que no le daban ni dos mangos. (...) Para iniciarse, el cultivo que se hacía acá en ese momento llevaba mucho tiempo hasta poder sacar

dinero. Entonces se trabajaba, se trabajaba y se invertía (...) En mil novecientos setenta y cuatro se realizó el dragado del arroyo lo cual facilitó el traslado de la producción, ya sean frutas, verduras y resaca. Mientras se esperaba el crecimiento adecuado de la producción forestal (Ana y Alberto).

Si bien se pueden encontrar políticas de fomento a la forestación ya para la década del '40 y '50, esta etapa de transición se vio detonada o acelerada principalmente por la pérdida de competitividad relativa de la fruticultura, frente al desarrollo de otros polos frutícolas (Olemborg, 2015). El impulso a estos nuevos polos productivos con la mejora de infraestructura, caminos y rutas en continente, dejarían en una importante desventaja competitiva a la actividad frutícola en las islas del Delta. Esto se debió principalmente a las ventajas comparativas de las nuevas regiones frutícolas en términos de transporte, infraestructura y estabilidad climática (Galafassi, 2005; Olemborg, 2010a). En este sentido, la mayoría de "los isleños" concuerda en señalar en sus relatos la competencia con las nuevas regiones frutícolas que surgieron durante este periodo como San Pedro, como uno de los factores principales para la pérdida de rentabilidad de su actividad frutícola.

Cuentan que la fruta ya no competía, por la mercadería que venía de San Pedro, acá se complicaba por los traslados tenían que sacar con tractor hasta la costa, de la costa a un barco, y ya no se podía competir con los precios entonces ya como que tenía un precio bajo y ahí medio que ya buscaron otra alternativa y fue la forestación. No fue fácil (Ricardo)

Y si bien todos concuerdan en señalar las políticas de desarrollo productivo a nivel nacional, que dejaron fuera de competencia al Delta en la actividad frutícola como el factor más importante. También son destacados como parte de este proceso ciertos eventos climáticos que dejaron una huella en la memoria de "los isleños", sobre todo debido al impacto que tuvieron en sus producciones, sus hogares y sus rutinas cotidianas. Si bien, estos aspectos serán analizados más adelante, cabe señalar que eventos como "la marea del 59", "la del '66" y las heladas de la década del '60 quedaron en la memoria isleña asociados a estos cambios productivos.

Cuando se entraron a hacer las rutas, todo... hoy un camión de san Pedro en una hora y media está en el mercado, nosotros dejamos de competir acá. Ahí es donde se empezó a pasar a la parte forestal. Y después tuvimos inconvenientes, que vinieron inundaciones, en el '66 en el '59 un montón de inundaciones que se perdían los frutales, no había infraestructura. (Juan)

en el año 66' también vino otra inundación. Y ahí, se perdió muchísima fruta. Y ya a partir de ahí del 66' ya la fruta, ya... no, lo que se salvó se salvó y lo que se perdió no se repuso, ya había forestación ya había madera. (Romina)

Cabe destacar también, como se ve en los relatos, que la pérdida de competencia frente a otras zonas está influenciada por las propias características del paisaje del Delta. Superar las inundaciones sufridas y recuperarse en un contexto desfavorable para la actividad productiva local resultaba toda una gesta heroica. Pero además el paisaje isleño de este periodo, incluso en los aspectos más cotidianos, sigue presentándose como un lugar de esfuerzo y sacrificio debido a sus condiciones de aislamiento y anegamiento. Las dificultades, aún en esta época, para incorporar maquinaria y mejoras a los campos implicaron un gran esfuerzo de parte de los habitantes para encontrar distintas estrategias que permitieran sostener una diversidad de actividades durante esta etapa de transición.

Sectorizabas en los sectores altos el álamo y plantabas sauces en los sectores bajos. Años atrás se buscaban lo que se llaman los albardones medios y se hacían algunos cultivos como la coliflor, calabazas... Entonces en el alto se hacían álamos, en los albardones medios se hacían cultivos y en los bajos plantaban sauce. Diversificabas, pero realmente lo que rendía era el álamo. Porque lo demás perdió competitividad, la fruta y la verdura perdió competitividad por los costos que tiene y porque la calidad no compite con la de otras regiones, y bueno, y el sauce también tiene su crisis y entonces se trató de igualar el campo en ese sentido. Y bueno, y así pudo prosperar la zona, prosperar la región. (Patricia)

Comenzaría entonces a intensificarse gradualmente una producción forestal recordada por los isleños como una actividad de gran sacrificio. La manera de trabajar la madera implicaba poner literalmente el cuerpo en juego para “hacer madera” en este paisaje. Son abundantes los relatos de esta época donde se destaca el esfuerzo para “voltear los troncos con hacha”, sacar los troncos “a hombro”, y “guadañar zanja” a mano.

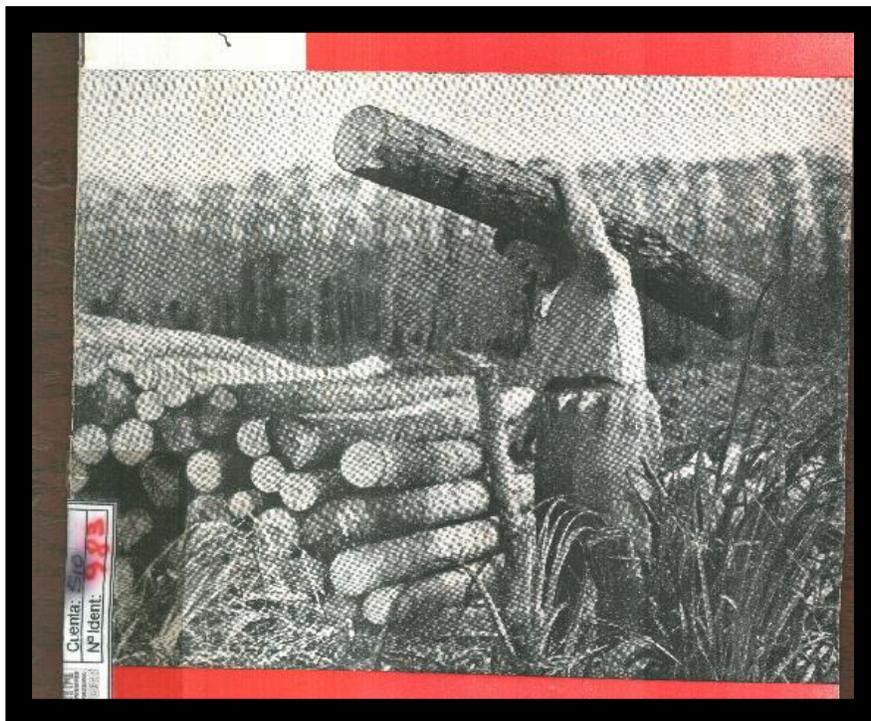
Cambia, la manera [de producir] cambia. Antes tenías que hacías la madera... Bueno se hacía la madera, se sacaba con el carro, pero la tenías que echar al hombro, pero ahora no, están las máquinas, ya es distinto. (Edgardo y Nora)

Si tenía que cargar el carro a mano y pararlo en la costa y después cargarlo era un problema. Yo llegué en esa época (...) Mira, me acostaba a dormir a la noche cansado, pero cansado, que te duele hasta el último pelo y no podés dormir de lo cansado (...) era otra edad, y qué se yo, hoy te ponés a pensarlo cuando te digo y son locuras para los hombros, los gruesos se llevaban con más hombros y los que eran muy gruesos rodaban. (Mateo)

En estos primeros años de actividad forestal, al igual que con la producción frutihortícola una “isleña” recordaba una mayor participación de las mujeres en las actividades del campo. Y si bien la mayoría concuerda en que las mujeres se dedicaban principalmente a “tareas más livianas”, es posible escuchar relatos de ciertas “isleñas” que en esta primer etapa del Delta Forestal realizaban también “tareas pesadas”.

¿Mi mamá, en la isla? De todo, porque era todo casero antes. Tenían frutales de todo tipo y envasaban durazno al natural. (...) tomates, conservas de tomate. Tenía unos animales, gallinas, pollos. Después hacía ramas para los para poder atar los tomates de la isla. (...) después ellos ahí tenían que trabajar a los mil y pico metros, sacar madera a los mil y pico de metros, entonces no venían a la casa a comer, entonces ellas preparaban la comida e iban caminando a llevarles la comida. Después el mate cocido a la tarde y así. Había un montón de cosas diferentes. Es totalmente distinto a este tipo

de sociedad que tenemos ahora. (...) antes no había un espacio donde la mujer podía venirse a capacitar en los distintos oficios. No había. Era el jardín o la primaria, nada más. Entonces la mujer se dedicaba a los oficios de la casa, pero todo hacía (...) vos tenías un pedazo de tierra y así, sacaba todos los productos y ayudaba el hombre a la par también. Si había que cortar un álamo, porque no había maquinas con guincho, como hay ahora. (...) Antes no. A hombro. Y las mujeres... mis dos tías, ahora tienen reuma por el peso. (Mirta)



Fotografía 6. *Isleño cargando madera al hombro. Fuente: Portada de la revista Noticias INTA Estación Experimental Delta del Paraná. Año 1 N°2, 1963.*

Sacar la madera cosechada del campo para transportarla hasta el mercado tampoco resultaba tarea fácil. Esta debía llevarse hasta los canales mediante vías de saca, una traza de rieles que permitía sacar la madera en zorras hasta el borde del canal.

El campo era abierto y el agua la movías por zanjas nomás. Pero ese sistema es muy limitante y no podías manejar tractores ni nada, tenía que ser con vías. Por ahí tenemos alguna vieja todavía y alguna zorra, es que es

un sistema que requiere mucha mano de obra. (Gonzalo)

Mi papá tenía por ejemplo plantación de sauce en la costa, y bueno ahí el tractor no entraba entonces lo tenían que sacar con la vía al camino. Y nosotras éramos chicas y después, jugábamos en la vía. Nos subíamos, empujábamos la zorra, y entonces íbamos por ahí y se nos descarrilaba por allá. Porque a veces la vía no estaba bien firme como para que no se descarrile la zorra. (Romina)



Fotografía 7. *Haciendo madera a hacha. Fuente: Portada de la revista Noticias, INTA Estación Experimental Delta del Paraná. Año 3 N°10, 1965.*

La principal especie forestal que caracterizaría el paisaje isleño en este periodo sería el sauce. Debido a que las tecnologías de protección contra las inundaciones y las oportunidades de financiamiento eran limitadas aún predominaba el sistema de zanja abierta. Por lo que el álamo, a pesar de ser más rentable, quedaba relegado a los albardones debido a su baja tolerancia al anegamiento.

Cuando desapareció la fruta, en el albardón vos ponías el álamo y en el estero sistematizado los drenabas con zanjadora y ahí ponías el sauce. (Martín)

No, no había nada, alguna zanja hecha a pala, pero nada más. Acá hay sudestada¹⁹ que... una vez por semana hay sudestada, así que el agua era el sistema zanja abierta, que el agua entraba y salía. No había prácticamente ningún control de agua, excepto las zanjas, que permitía que el ingreso de agua fuera más rápido y que se fuera más rápido también. (Gonzalo)

Sin embargo, el trazado de zanjas y canales para los campos destinados a la forestación ya no se restringía a las porciones de albardones. Se trabajaba sobre la totalidad de la superficie de pantanos, pajonales y bañados interiores. Las zanjas eran trazadas a menor distancia entre sí en los bajos, y se conectaban cada 20-30 metros con sangrías de drenaje perpendiculares de 0,5-1 metro de profundidad (Latinoconsult, 1972; en Moreira, 2018). La falta de defensas frente a las inundaciones se compensaba potenciando al máximo el drenaje de los campos.

vos tenés una tierra de Delta toda ensopada en agua, y vos lo que querés es sacarle el agua. Entonces, todos los sistemas de drenaje de canal principal, secundario, zanjas, sangrías etcétera, están pensados como si fuesen espinas de pescado hacia un punto de forma de, a través de compuertas o con bombas, sacarle el agua. (Martín)

Pero más allá de que el sistema de zanja abierta se siguió usando durante esta época, los productores que pudieron hacerlo también incorporaron un sistema de protección denominado ataja-repunte. Tras “la marea del ‘59” que sería como ya mencione anteriormente, uno de los hitos recordados como marca para el fin de la etapa anterior basada en la fruticultura, en 1960 se propagó el uso de los ataja-repunte. Los mismos consistían en una construcción de una altura significativamente menor a la de un dique, y demandaban menores movimientos de tierra, más acordes con las posibilidades monetarias de algunos isleños.

¹⁹ Se denomina sudestada a la elevación del nivel del Río de la Plata ocasionada por vientos que provienen del sureste y coinciden con la dirección del río, pero en sentido contrario. Lo que ocasiona elevaciones del nivel de agua en las regiones del Delta del Paraná.

Los ataja-repentes²⁰ no ofrecen protección ante pulsos de inundación extraordinarios y grandes sudestadas, pero son una barrera efectiva contra los repuntes. Este tipo de obra reduce significativamente los ingresos diarios y regulares de agua en las partes bajas de los campos, y los costos de drenaje (Moreira, 2018). Tal como señala un productor de la zona, “Todo dique menor, de cota menor es lo que se llama ataja-repunte. Lo único que hace es atajar la fluctuación diaria o mensual del río, no aguanta las inundaciones”.

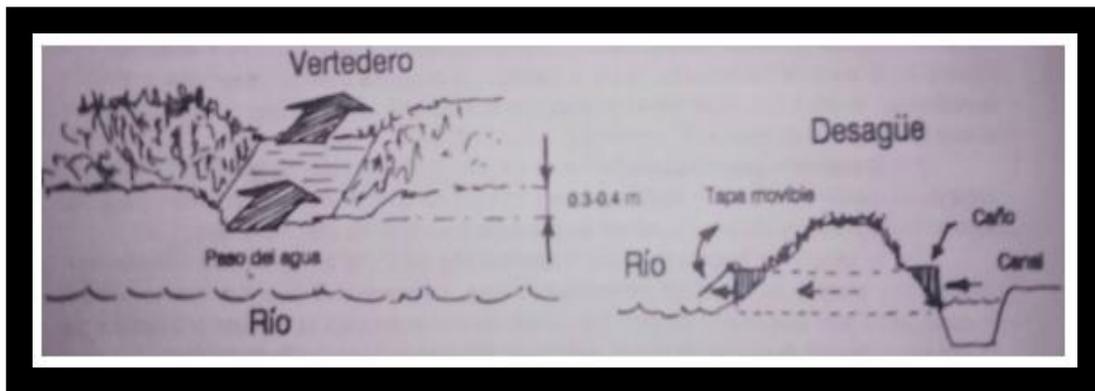


Ilustración 3. Esquema del sistema denominado ataja-repunte. Fuente: FAUBA, 2009.

La elevación resultante se asemejaba a un pequeño dique, que interrumpía la comunicación existente entre los canales internos y los cursos de agua (FAUBA, 2009). Las plantaciones se conectaban con el exterior únicamente mediante caños de desagüe con compuertas, que atraviesan la base de los ataja-repentes de lado a lado. Las compuertas consistían en tapas móviles instaladas a la salida del desagüe, del lado del río, sujetadas a la parte superior del caño. Cuando el río está bajo, el agua fluye de la plantación al río por diferencia de altura a través de los caños de salida, empujando las compuertas y provocando su apertura. Cuando el río crece, las mismas permanecen cerradas por la propia presión del agua que fluye hacia la costa y bloquea el mecanismo de apertura (Moreira, 2018). Un isleño señala que el padre fue testigo del origen de este tipo de endicamientos que habría comenzado en las producciones frutícolas de la empresa Noel, que para esa

²⁰ Olemberg denomina repunte al ascenso en el nivel de los cursos de agua producto de sudestadas de baja intensidad, lluvias, y las fluctuaciones periódicas en los caudales de los ríos tributarios del Delta (Olemberg, 2015).

época se encontraba en las tierras que hoy pertenecen a Papel Prensa:

Y bueno, la compañía que hizo primero los diques para el manejo del agua fue la compañía Noel. ... hay gente que no conoce como fue el origen ¿no? Mi papá era de esa compañía y era compadre del encargado. Entonces lo iba a visitar y en una oportunidad vio que el sauce tenía una fuerza, flores hermosas, eso me contaba mi papá. Y decía - “¿cómo tenés esta planta acá traída del monte?” “¿Y cómo vive tan lindo acá?” (...) entonces parece que habían cerrado la quinta, por medio de un dique para que no le entre el agua cuando ellos no querían. Entonces manejaban el agua. Y eso hacía que los montes, los frutales vengan mucho mejor. Y ahí fue el comienzo de todo esto, de la zona, por los diques que se manejaba el agua. Eso es lo que se quería hacer, el manejo del agua. Y bueno, así que todos esos los hicieron a pala para que no cualquier repunte te llene la quinta de agua. Así que bueno, con eso ya mejoraron los frutales, mejoraron los montes. Cambió un montón. Y ahí fue el progreso. (Pablo)

Así, en esta nueva etapa forestal del Delta muchos isleños implementaron el ataja-repunte debido a que resultaba accesible por los bajos costos que presentaba en comparación con la construcción de un gran dique. “Por eso acá se comenzó con ataja repunte, eso es lo más barato”. Esto permitió nuevas condiciones de producción en los campos y les permitió incorporar nuevas maquinarias.

Estoy hablando del año ´69, ´70, que se empezaron a hacer los primeros diques [ataja-repuntos] en los campos, para poder entrar en los campos, porque acá no andaban ni los caballos, no se podían meter, todo lagunas... nada más que nutrias había, carpinchos (Edgardo)

Pasamos a una etapa que ya se pudieron traer máquinas un poco grandes. De la pala pasamos al tractor chiquitito. Con una pala de esas que por ahí se ven en Capital a veces, que son pala adelante y como una retroexcavadora atrás (Sergio)

Estas primeras incorporaciones de maquinarias demuestran también que habitar y producir en el Delta implicaba una constante búsqueda de estrategias de adaptación al paisaje. A los tractores se los adaptaba para trabajar en campos bajos y anegados, con ruedas traseras metálicas que suplementaban a las ruedas de caucho, favoreciendo así su agarre.

Antes necesitabas tractores con ruedas de acero no sé si habrán visto sobre llantas, esos tractorcitos muy muy chiquititos, bien livianitos y que se los ponía pegado a la rueda gomera. Una sobre llanta de hierro. Para al momento que se hundía empezaba a apoyarle el hierro, entonces tenías tracción no solo de goma sino de hierro (Martín)

En lo que respecta a la vida social y los aspectos más cotidianos de la vida “la isla”, las grandes dificultades de habitar este paisaje, la pérdida de rentabilidad, y el desastre de “la marea del ‘59”²¹ no solo marcaron el fin de la fruticultura. Estos factores también desataron un fuerte proceso de despoblamiento, el éxodo de isleños hacía continente que tuvieron que abandonar sus quintas y no pudieron “regresar a la isla” afectó completamente la vida social. Aquel Delta activo lleno de vecinos, bailes partidos de futbol y vibrante de vida social se estaba perdiendo, y la gente que se iba a la ciudad ya no volvía. El sacrificio necesario para sostenerse en este paisaje, y las dificultades para recuperarse tras el desastre de “la marea del ‘59” resultaron un factor difícil de sobrellevar por muchos isleños.

En el cincuenta y pico empezó a despoblarse y cómo empezó a despoblarse (...) Se empezó a despoblar y bueno, dejó de funcionar todo porque la gente venía a la ciudad, a donde podía, a Campana, a Escobar, a San Fernando, donde podía, y se dedicaba a sobrevivir (...) Y por ejemplo, acá en Campana en el ‘50 se radicó la fábrica de (...) Tenaris, (...), y mucha gente

²¹ En esta sección me limito a ilustrar los aspectos de la vida cotidiana en los distintos periodos. Más adelante, en el capítulo 5, profundizaré en la manera en que “la marea del ‘59” se constituyó como un hito histórico al marcar profundamente la vida de “los isleños” y la relación con su paisaje, en tanto evento de desastre.

que por la inundación vino acá, consiguió trabajo y no volvió. (María y Miriam)

De esta manera la población total del Bajo Delta disminuiría de manera importante y continua en esta época, presentando 14504 habitantes para 1960, y 11812 habitantes para 1980, según los datos censales (Olemborg, 2015). Así, en este contexto de despoblamiento, tal como mencionamos anteriormente, se daría un impulso a la producción forestal que abriría a mediados de la década del 80' una nueva etapa para el Delta. Dichos cambios no implicarían solo una mayor concentración de la producción, y una diferenciación entre productores, también cambiaría la relación de los isleños con el paisaje en el que viven.

El Delta de la Forestación Moderna

Tras haber sufrido “la marea del ´59”, y luego en la década del ´80 “la marea del ´83”, comenzó en el Delta una nueva etapa de endicamientos con importantes modificaciones técnicas respecto a las etapas anteriores. Estos diques, a diferencia de los ataja-repunes, fueron construidos siguiendo los registros de las inundaciones extraordinarias con el fin de mitigar el riesgo de inundación. Se construyeron con una altura mayor buscando tener protección incluso en el caso de que se repitieran los niveles de “las mareas” más altas registradas en la zona. Además de la altura, los diques de esta última etapa que se extiende hasta la actualidad también son construidos con un ancho mayor. De esta manera estas construcciones se realizan con un ancho adecuado que permite usar su parte superior como camino, lo que permitió a su vez el trazado elevado de una línea de tendido eléctrico. Así, las obras de endicamiento de esta última etapa permitieron realizar un manejo de agua, abastecer de electricidad la zona, y desarrollar un servicio de transporte vehicular con balsas que unen los caminos internos de las islas y un transbordador que permite el cruce del río Paraná de las Palmas.

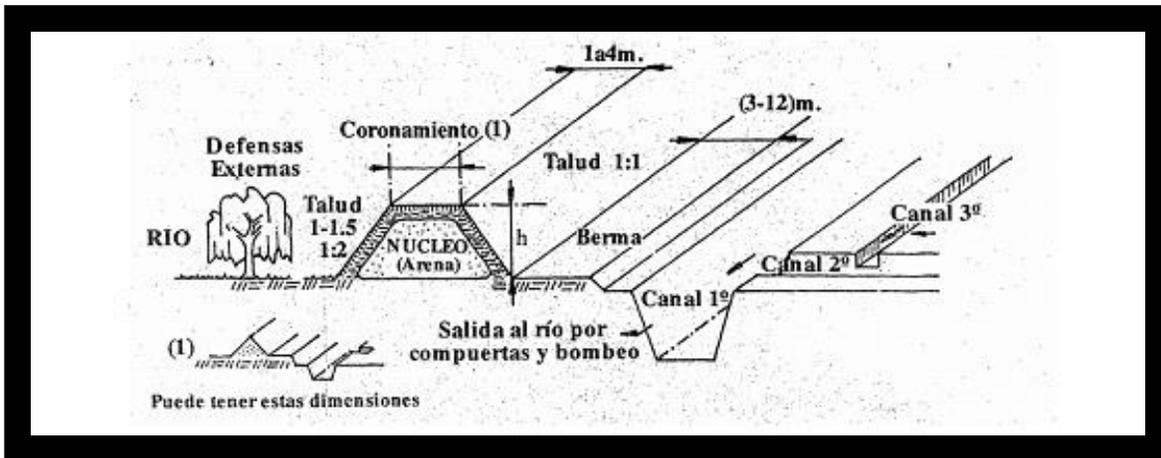


Ilustración 4. Sistema de diques utilizados en la actualidad. Fuente: FAUBA, 2009

La sistematización interna de los campos consiste en el mismo diseño de canales, zanjas y sangrías de los campos protegidos con ataja-repunte (Moreira, 2018). Pero, gracias al tendido eléctrico que se pudo realizar también se pudo incorporar un sistema de bombeo eléctrico que permite drenar los campos aun cuando el nivel de los ríos es demasiado alto. En los últimos años también se incorporaron bombas reversibles, que pueden operar en sentido inverso. De esta manera los productores pueden ingresar agua del río en periodos de sequía, favoreciendo el riego de las plantaciones y la retención de agua dentro de los campos. Esto ha sido visto como un gran avance de parte de los isleños, pues sostienen que no quieren un campo “abandonado... todo lleno de agua”, pero tampoco un campo “seco”. En este sentido dicen que ellos saben que “la forestación necesita humedad”, y que buscan mantener “partes naturales llenas de agua”. Pero que un “manejo de agua hay que hacer, sino no se puede”, e insisten en la idea de que “los isleños hicieron siempre manejo de agua”, remitiendo a las prácticas de ataja-repunte, y de zanja abierta de las viejas épocas del Delta.

La isla tiene un desafío de un terreno que no es homogéneo, entonces siempre hay que ayudarlo a ubicar el agua donde menos daño haga y donde haga falta, entonces el manejo del agua acá es un tema importante. (...) implementamos el uso de la bomba eléctrica, antes sólo veníamos trabajando con compuertas, con lo cual dependíamos del estado del río, de

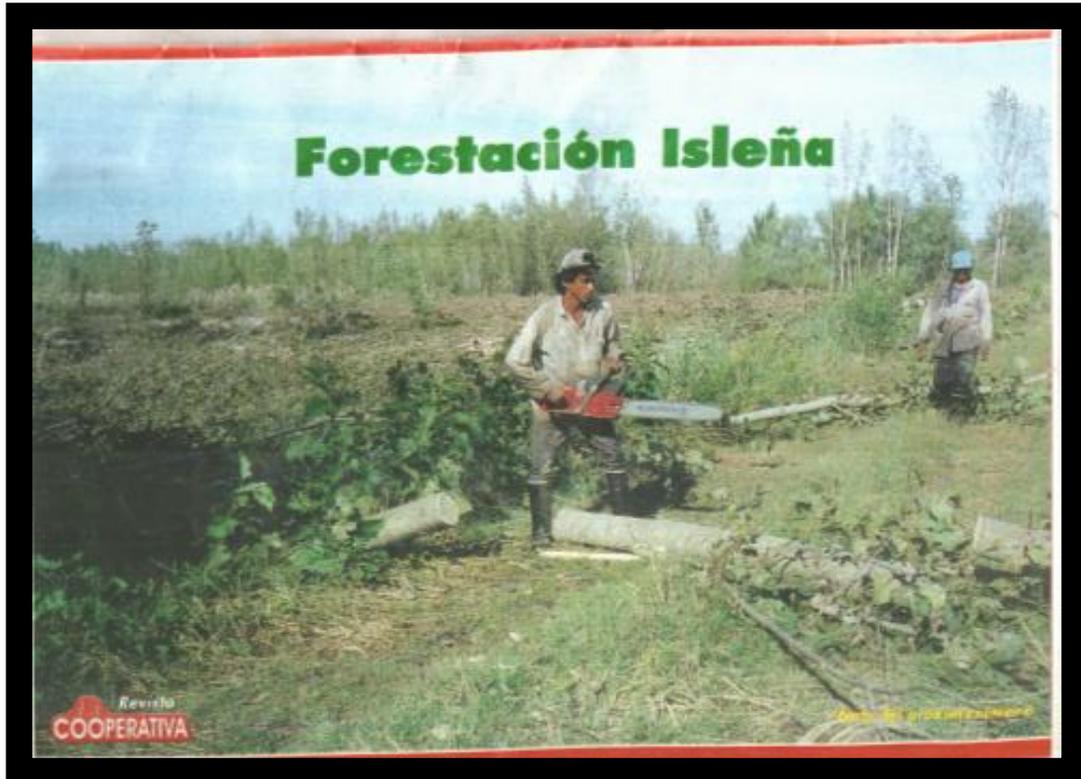
los niveles del río, entonces eso nos limitaba a cumplir en lo comercial porque, bueno, cuando teníamos el campo en un estado de caminos y suelo imposible para las máquinas teníamos que parar y amén de que las plantaciones sufrían también, si eran chicas se morían y si eran grandes y venían grandes vientos y el terreno estaba demasiado blando algunas se golpeaban... el tema de la bomba nos facilitó mucho el tema de poder regular estas cosas (Patricia)



Fotografía 8. Sistema de bombeo utilizado actualmente. Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo.

Las modificaciones tecnológicas en el manejo de agua y los procesos capitalización permitieron a su vez la incorporación de maquinaria para las tareas productivas. Así, la relación con el paisaje sería modificada debido a las nuevas herramientas y tecnologías disponibles. Hacer madera es una tarea que ya no se realiza con hacha sino con motosierra; una mayor sistematización de los campos y la presencia de caminos internos permiten el uso de tractores que usualmente ya no requieren adaptaciones para tierras anegadas. Los productores más capitalizados incluso han accedido a maquinaria que automatiza los trabajos de corte. Y la incorporación de plumas en los barcos facilita el transporte de la madera mediante los cursos de agua. De esta manera los campos ya no se trabajan haciendo

“zanjas a mano”, ni llevando “troncos al hombro”, “como hormigas”. Todo esto, hace del Delta actual, un paisaje en el que “se trabaja distinto”, donde ya no es “como antes”, cuando “hacías la madera (...) y te la tenías que echar al hombro”, porque ahora “con el tema de las maquinas (el trabajo) se simplifico muchísimo”²².



Fotografía 9. Se ilustra aquí la incorporación de la motosierra reemplazando el hacha, para hacer madera. **Fuente:** Revista La Cooperativa, año 2000.

²² Esto no quiere decir que el trabajo con motosierra no sea un trabajo sacrificado. Sin embargo, este nuevo trabajo sacrificado generalmente no es realizado por los isleños “nacidos y criados” en la isla. En la organización del trabajo actual, este es delegado en los trabajadores contratados para la temporada de corte, en su mayoría migrantes de origen paraguayo. Un análisis más profundo acerca de la organización del trabajo con un enfoque sobre los trabajadores inmigrantes en la Zona Núcleo Forestal puede ser consultado en otros trabajos del equipo de investigación. (Pizarro, 2014a, 2014b, 2016; Pizarro & Straccia, 2015).



Fotografía 10. Tractores utilizados actualmente en campos sistematizados. Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo.



Fotografía 11. Barco con pluma para transporte de madera. Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo.

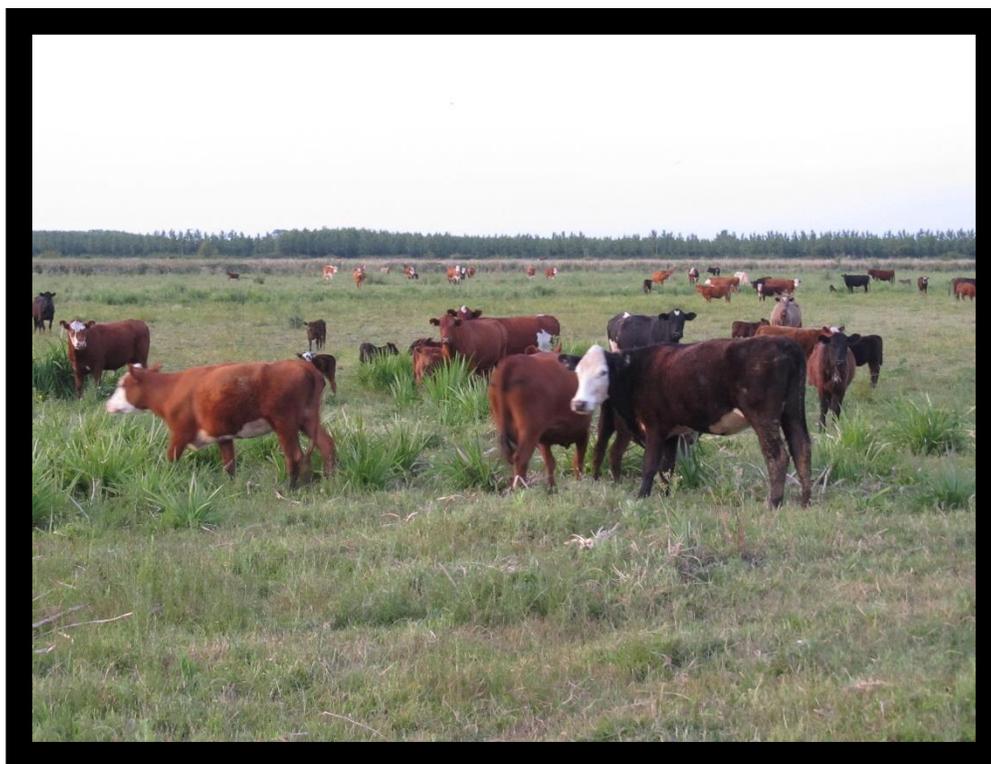
La contracara de este proceso de capitalización y modificación del paisaje es el elevado costo que representan los endicamientos para los productores menos capitalizados, las consecuencias del crecimiento de la unidad productiva, y la concentración de tierras. Solo las economías familiares más capitalizadas lograron llevar adelante por completo la reconversión productiva para adaptarse a la forestación intensiva basada en el monocultivo de álamos (Galafassi, 2005; Olemberg, 2010a). Un isleño que llegó al Delta en este último periodo señala:

Es muy difícil conseguir, hacer algo. Hoy inclusive se da lo siguiente: hace no sé 5 años atrás o 10 quizás, con forestar con álamos 80 hectáreas tenías una unidad económica. Entonces vos ibas forestando por ejemplo 10 o 20 hectáreas por año, o 5, y a lo largo de 10 o 12 años empezabas a cortar esa madera, ya madera gruesa. Vendiendo 5 a 8 hectáreas de álamo por año la familia vivía bastante bien. Hoy esa unidad económica pasó de 80 hectáreas a 300 casi. Entonces es mucho el terreno que hay que tener para que una familia viva bien de eso que es la producción tradicional del Delta. Y otras alternativas por ahora así importantes, yo por lo menos no conozco que haya (Federico)

En el contexto de esta última etapa también se encuentra el desarrollo de otras producciones alternativas influenciadas por las mejoras en infraestructura que han traído un mayor control sobre el riesgo de inundaciones (González, 2015). En este sentido, en los últimos años se ha incrementado en la zona la actividad ganadera como actividad alternativa o complementaria a la forestal. Tradicionalmente restringida a la zona de islas del Delta entrerriano, la ganadería ha empezado a ganar lugar en la Zona Núcleo Forestal bajo dos modalidades o sistemas. Por un lado, como una producción extensiva en los bajíos ribereños y zonas del interior de las islas aprovechando el desarrollo de pastizales naturales. Y por el otro, en sistemas silvopastoril con la oferta forrajera natural que crece bajo las plantaciones forestales en los terrenos sistematizados con diques, compuertas, bombas, y zanjas. Cabe aclarar que, si bien hay “isleños” que realizan ganadería de manera exclusiva, para muchos esta es una actividad más bien complementaria a la forestación. En

primer lugar, porque generalmente se insiste en que “lo forestal es lo tradicional del isleño”. Y en segundo lugar porque según sus dichos la ganadería bajo forestación les permitiría mejorar algunos aspectos de su relación con el paisaje. Por un lado, permitiéndoles tener “un sistema más diverso”, y por lo tanto con un “menor riesgo”. Y por otro lado porque también consideran la presencia de las vacas en el campo como “un manejo contra los incendios”. Pues al pastar “limpian el campo” de pastos y plantas secas que “agarran en seguida” y son un gran riesgo “cuando viene el fuego”.

Este es uno de los campos que se toma como modelo silvopastoril, porque acá la vaca permanece los 365 días abajo del monte, yo busco eso para bajar costos de limpieza abajo del monte y riesgo de incendio, porque la vaca al pasto se lo come, y el pasto no se seca, y si se seca es muy bajito y entonces no hay material combustible adentro del monte (Andrés)



Fotografía 12. Producción ganadera en "la isla". Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo

Respecto a las producciones de fruta y verdura, dada su escasa rentabilidad en comparación con la actividad forestal y ganadera quedaron relegadas. Hoy en día son producciones llevadas adelante por ciertos productores familiares que cultivan frutos u hortalizas para vender de manera complementaria a su forma principal de ingresos, o por familias que producen para el consumo personal. Esto incluye a algunos “isleños por adopción” que producen y trabajan su quinta de manera cotidiana en “la isla”, pero residen en continente.

Y la verdura viene linda, que se yo. Bueno, este año no hice, ¿no? Porque me plantaron plantas donde no tenía ni quinta (...) Me iban a hacer un pedazo nuevo pero los chicos después se fueron, bueno. Pero si, viene la verdura y eso, linda. Viene, viene, zapallo, zapallito, zapallo del (...). Si, para nosotros. Para nosotros. Huerta, lechuga, tomate, chaucha. (Miriam)

Muchas quintas de los pobladores conservan algunos de los árboles y plantas de frutales de mediados del siglo XX (como naranjas, mandarinas, manzanas, duraznos, zarzamoras, membrillos), cuya cosecha consumen fresca o conservan para hacer dulces. Hay quienes tienen pequeñas huertas y gallineros en las inmediaciones de sus hogares. Algunos “isleños” que llevan adelante iniciativas de producción apícola en el Delta. Y quienes realizan otras actividades tradicionales como la producción de mimbre o el corte de juncos que son utilizados para confeccionar canastos, artesanías y cortinas. Una isleña que heredó el emprendimiento de mimbre de su abuelo, en la actualidad mantiene con la familia esta producción, junto con una producción de jazmines también familiar. De esta forma además de la actividad forestal tradicional de la zona, se entran también otra serie de actividades mediante las que las familias isleñas que no lograron agrandar su unidad económica para la forestación pudieron seguir habitando “la isla”. Estrategias que también son llevadas adelante por los “nuevos isleños” que han llegado a “la isla” en los últimos años, y que lograron insertarse en la comunidad local siendo aceptados como “isleños por adopción” al ser vistos como “isleños que quieren a la isla”.



Fotografía 13. Producción de mimbre en la isla. Fuente: fotografía tomada por un miembro del equipo



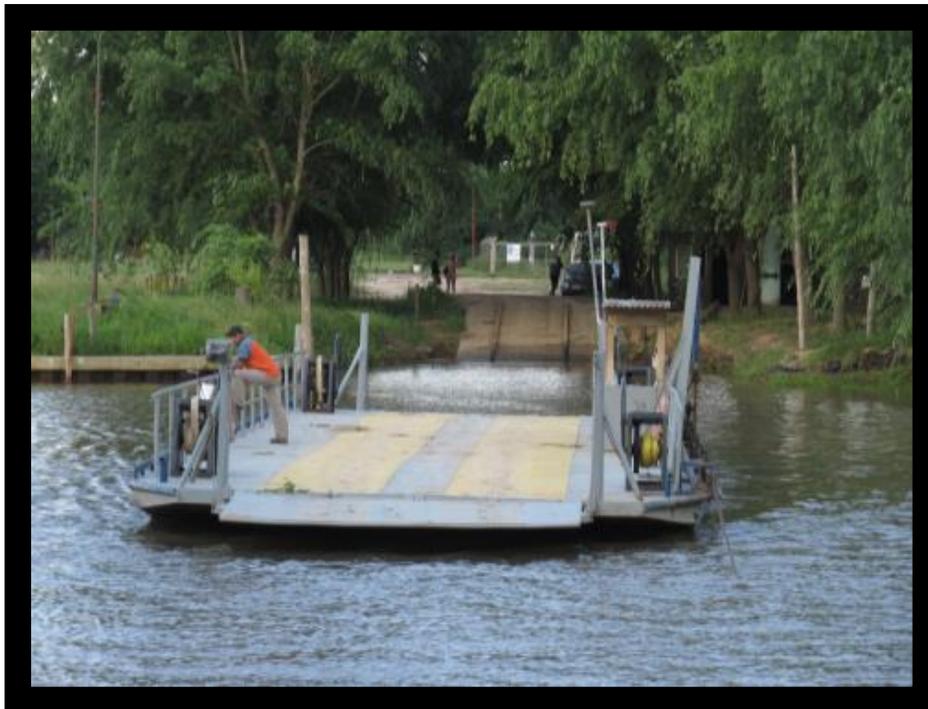
Fotografía 14. Producción de Jazmines en la isla. Fuente: fotografía tomada por un miembro del equipo

Ahora, bien, como hemos visto anteriormente los cambios que se dieron en este periodo, sobre todo en términos productivos y tecnológicos favorecieron un proceso de diferenciación entre los productores. A pesar de esto, el fuerte proceso de endicamientos, tal vez el factor más importante de estas transformaciones no reviste para “los isleños” necesariamente un carácter negativo. La gesta de la construcción de diques, y su utilización como caminos es una de las transformaciones en la relación del isleño con su paisaje más recordadas. Y prácticamente todos “los isleños” de la Zona Núcleo Forestal les otorgan a los diques construidos en esta última etapa un carácter positivo. Esto se debe al impacto generalizado que tuvieron en las formas de relación con el paisaje para todos los habitantes de la zona. Por un lado, por como cambiaron las tareas productivas mencionadas, resultando en una menor demanda para el cuerpo. Por el otro, por la mayor conectividad interna dada por los diques que cumplen su función de camino y por el sistema de balsas que fue posible instalar con el tendido eléctrico.

Si...Tenemos el privilegio de poder comunicarnos es mucho más fácil que en otras zonas, claro. Porque a raíz de tener el camino, bueno cada uno trato, mínimamente de buscarse un vehículo, una bicicleta, una moto o lo que sea, para este...andar. Ya no necesitas una lancha para viajar en el rio, entonces se nos facilitó muchísimo el tema de poder reunirnos o hacer cosas en común. (Verónica)



Fotografía 15. Transbordador utilizado para cruzar el Río Paraná. Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo.



Fotografía 16. Balsa utilizada para cruzar arroyos y canales internos, a pie o en vehículo. Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo.

A estos factores también se le suma el fuerte impacto que tuvo la “llegada de la luz” en los aspectos más cotidianos de la vida cotidiana de los isleños. Muchos isleños, destacan las ventajas de estos avances en este último periodo. En el siguiente relato podemos ver condensados varios de los cambios que se vivieron durante esta etapa.

Ahora que hay terraplenes sí. Y hay más posibilidad, están los barcos que llevan hacienda, están las balsas, que podés cruzar el río e irte para el otro lado. (...) Antes no teníamos luz, no teníamos celulares, no teníamos (...) Acá sacan la hacienda por camión a ¡tierra firme! Los aserraderos de acá llevan todo (...) nos cambió la vida a los isleños, porque antes ser isleño... no tenías heladera, después tuvimos heladera a kerosene, después a gas... Qué sé yo, antes no había teléfono, celulares tampoco, nadie tenía. Y la luz, el que podía tenía un motorcito, pero un rato, porque no podía estar todo el día prendido... Y con la llegada de la luz y del camino, y todo eso nos cambió la vida, porque lo que nos diferencia de allá, de ustedes es solamente ir a pasear a la avenida, a la plaza o a alguna avenida, o ir de compras. Pero si no, tenemos las mismas comodidades que tienen en Capital Federal. (Verónica)

Así, aquellos isleños, que han logrado persistir en el delta durante el proceso de transformación hacia la actividad forestal, hoy en día recuerdan las maneras “sacrificadas” de trabajar “de antes”, y concuerdan en señalar que “hubo un progreso” en las transformaciones del delta, y sus formas de vida. Tanto en lo que respecta a la vida cotidiana con la construcción de caminos y la electrificación, como en las tareas productivas. Y si bien, como se ha podido ver anteriormente, recuerdan las viejas épocas con cariño y nostalgia, también insisten en que una vuelta atrás resultaría imposible.

Yo lo hice, la madera la llegamos a sacar con vía. Le hablo de vía y ustedes no saben lo que es, pero es como si fuera la vía del tren, ¿viste? En chiquito, que había que ponerla toda dentro del monte. Primero armar todo eso; cargar la madera arriba de esas zorras, que es lo que camina sobre la vía; y traerla a la costa. Y la otra, no había diques y andaría una canoa a cargar

la madera a los canalsitos; cargar la canoa, bajarla en la costa, después venía el barco y la cargaba. Hoy ya no podemos... A pesar de que en algunas partes del delta todavía está eso, pero, están 50 años atrás. Entonces vos no podés competir con eso. Acá el delta se hizo haciendo los canales a mano, a pala. Vos fijate, si vos estás haciendo hoy un canal a mano y el otro al costado está con aquella máquina, ¿qué podés competir vos? Mejor que te vayas. Por eso, hoy todo hay que llevarlo a la tecnología porque si no... (Juan)

Cabe señalar dentro de estos cambios en las rutinas de la vida cotidiana la masculinización de las tareas productivas. A diferencia del Delta frutícola donde se decía que “las mujeres trabajaban a la par”, en el Delta forestal la mujer encuentra su relación con el paisaje circunscripta al entorno de la quinta. Salvo algunas excepciones la mayoría de “las isleñas” no se involucra de manera activa con las plantaciones forestales por ser tareas “muy pesadas” que “no son para mujeres”. En su lugar es más frecuente encontrarlas en puestos laborales del ámbito educativo, o dedicadas de manera exclusiva al ámbito doméstico. Donde muchas de ellas se dedican a relacionarse con el entorno a partir de la huerta propia, y el aprecio por el trabajo en el jardín con los frutales y las florales. También pueden encontrarse “isleñas” llevando adelante proyectos productivos colectivos o personales, a partir del encuentro con otras “isleñas”, y los espacios de educación de oficios como “la escuela del Obispado”²³. Pero a pesar de esta diversidad de trayectorias, y de espacios ocupados, hay un acuerdo en torno a la masculinización de las tareas en el Delta que suele ser expresado por la gran mayoría al señalar que “falta lugar para las mujeres en la isla” ²⁴. Aspecto que no genera de todas formas un sentido negativo por las transformaciones del Delta Forestal, pues como mencionaba “los isleños”, tanto isleños como isleñas, señalan que “hubo un progreso” en los aspectos cotidianos de la vida en “la isla”.

²³ “La escuela del Obispado” es un Centro de Formación Profesional, orientado al dictado de talleres dirigidos principalmente a mujeres.

²⁴ No es el objetivo de esta tesis profundizar en las diferencias de género dentro de la isla. Para un mayor desarrollo de estas cuestiones, sobre la que simplemente mencioné algunos aspectos, se puede consultar la tesis de Camarero (2019)

A pesar esta imagen que “los isleños” en general tienen sobre este último periodo de un Delta de “progreso”, esta última etapa se caracteriza por el mismo proceso de despoblamiento que la anterior. “Los isleños” concuerdan en que el Delta nunca volvió a tener la vida social “de antes”, y los números censales muestran que luego de haber llegado al mínimo histórico de 9116 habitantes para el total de islas del Delta Bonaerense la población nunca llegó a recuperarse de manera importante. Los últimos datos muestran para el año 2010 un total de 10490 habitantes en la región (Olemborg, 2015). En este sentido, es común escuchar que ya “no hay nadie” en el Delta, que no hay la misma relación entre vecinos que supo haber en “la isla”, o que “solo quedan los viejos” debido a la migración de los jóvenes a la ciudad por falta de oportunidades para estudiar o trabajar.

En lo que respecta a las “escuelas de islas” en esta última etapa, “los isleños” señalan que con el tiempo las escuelas que han quedado en esta zona en particular “fueron mejoradas” complementando los ciclos lectivos. Recuerdan que “cuando se implementó el octavo y noveno [grado], todas las escuelas fueron refaccionadas y se construyeron entre 2 y 4 salones más en cada escuela”. También destacan su rol social al señalar que “la vida social transcurre en la escuela (...) es el centro de todo”. En este sentido debido a este rol social, también se las ubica como un punto de comparación con el “delta de antes”. Pues, señalan que anteriormente “había muchísima gente, por eso la cantidad de escuelas que había (...) hoy hay escuelas que están cerradas”.

Otros aspectos que contrastan con este delta de “progreso” responde a los servicios salud. Pues, si bien hay quienes tienen auto y pueden hacer uso del camino para acceder a un hospital en continente. Otros “isleños” señalan el problema de no contar como antes con un hospital en islas que tenga la infraestructura adecuada.

Y, en cuanto a los servicios es un poco eso, de ayudarnos entre nosotros porque en el hospital por lo general no hay médicos y si hay médicos la ambulancia no anda, siempre algo, incluso para tener familia, o sea ni lo mínimo. Entonces la verdad que bueno, también fue un servicio que se fue desgastando con el tiempo.” (Laura)

Señalan así que estos problemas deberían encontrar una solución, dado que el Delta no es igual en todos lados, y los “progresos” alcanzados en la zona no se extienden a todos “los isleños.

se divide un poco, donde ustedes están, dentro de todo está el camino, pero más allá es otra realidad, y en cuarta sección es otra realidad y en quinta no tienen luz, la isla es muy grande o sea... Acá dentro de todo nosotros, en el Río Carabelas nos tienen como los ricos porque realmente tenemos... acá hay internet... (Laura)

Hay lugares que no hay caminos, entonces vos si vas un poco... Este sector todo tiene caminos porque está... Pero si vos te vas un poco más para abajo al río, o más para arriba, ya no tenés caminos. Entonces solamente tenés la lancha. (Carla)

Pero incluso dentro de esta zona de islas en particular hay quienes a pesar de los caminos terrestres y las balsas que comunican las islas, con sus múltiples beneficios, insisten en que falta infraestructura de comunicación. Al tratarse de una conexión terrestre que no sale directamente a tierra, sino que se encuentra mediada por “el transbordador”, algunos isleños señalan los altos costos del servicio de balsas. Otros también señalan el hecho de que no todos “los isleños” tienen auto para aprovechar la ventaja de los caminos. Y algunas isleñas destacan que hay diferencias de género en estos aspectos debido a que es costumbre, por la división de tareas en la isla, que la mujer no sepa manejar. Situación de desigualdad que genera una dependencia de las mujeres hacia los hombres dado que son estos quienes “las tienen que llevar” a continente cuando quieren salir de “la isla”. De esta manera, diversos isleños e isleñas que se constituyen como pequeños productores familiares o productores familiares capitalizados señalan que los beneficios de los caminos no alcanzan a todos por igual. Mientras algunos reclaman por nuevos caminos con conexión directa a continente y llevan adelante proyectos para su construcción. Otros reclaman un servicio más frecuente de lanchas, como “el de antes” para quienes no pueden aprovechar hoy en día las ventajas que las transformaciones de este Delta actual han traído.

Y por tierra, por ejemplo, si vos querés cruzar el barco, es carísimo también. (...) antes había dos lanchas, después la sacaron cuando empezaron con el tema del camino, ¡Pero no toda la gente tiene auto para usar el camino! (Carla)

Y, pero lo que pasa es que vos no podés asegurarte un abastecimiento o una entrega cuando dependes de un camino de tierra, de la altura del río, y un cruce de tres balsas. Vos calcula, haces entrar un camión acá y que se ponga a llover y estos cinco días parado acá adentro, ¿sabes qué? La primera vez entro, la segunda no viene más. (Andrés)

fundamentalmente no hay una infraestructura de la lancha, el camino es buenísimo, los caminos son buenísimos, yo estoy a favor de los caminos pero porque tengo vehículo, pero en la isla lo que tiene que haber es lancha, (...) la enfermera tiene horario de lancha, que viene a las 8 de la mañana y a las 2 y media se va, así que no te cortes a las tres, que no te pique la víbora a las 3 (Miriam)

Vivir en el Delta en este momento es complicado. Vos imagínate que en los años esos que yo te contaba nos tomábamos la lancha, esta lancha pasaba a las 5 de la mañana para Tigre y volvía a las 3 de la tarde, a las 4 de la tarde salía de Tigre otra vez, o sea que cuando yo quería ir a Tigre me tomaba la lancha a las 5:30 de la mañana, que lo he hecho siempre. Yo ahora sí tengo que salir a Tigre o Campana, yo no puedo salir, no tengo con quien ir, no tengo cómo salir. Porque de acá tenes esta lancha, qué tenés que dormir forzosamente fuera ¿Y si no tenes donde quedarte? ¿Cómo haces? no tenés una lancha que te lleve a la planta urbana y te traiga. Al contrario, está diseñada para que traiga gente y se la lleve en la tarde. O sea que en una época hubo más posibilidades para movilizarse que ahora. Hoy en día una persona que no sepa manejar y no tenga vehículo no puede salir de acá (...) Aparte de lo que cobran para cruzar por el barco el río (...) a vos te parece que si tenés algo para vender ¿Quién va a venir a ese precio? (Sofía)

Se dan así diferencias entre “los isleños” de la Zona Núcleo Forestal que han traído algunas tensiones y conflictos, entre aquellos que se han capitalizado y han aprovechado “el progreso” del Delta, utilizando los caminos para sacar la producción y comunicarse con continente en auto. Y aquellos a los que “el progreso” les ha traído comodidades cotidianas, pero que a diferencia de los productores más capitalizados siguen insistiendo por mejoras ante la falta de oportunidades e infraestructura en “la isla”. Cabe destacar que a pesar de estas diferencias hemos podido observar en nuestro trabajo de campo que existe un sentido colectivo de pertenencia al paisaje que une a los distintos productores y habitantes como “isleños”. Es decir, si bien el proceso de diferenciación entre productores no ha estado exento de tensiones, ninguno duda en señalar que “todos somos isleños”. Y existe a pesar de las diferencias mencionadas un aprecio generalizado por las comodidades y “el progreso” que han sabido traer “los isleños” trabajando de manera colectiva a esta zona de “la isla”.

En este sentido, en términos generales se puede sostener que, en el contexto actual, aquella “época dorada del Delta Frutícola”, y los relatos orales que se transmiten sobre “el delta de antes”, siguen operando en el horizonte de sentido de “los isleños” como un referente idealizado. Un Delta al que “los isleños” añoran volver, sin dejar de lado “el progreso actual”. De esta manera como colectivo “isleño” proyectan en el futuro el deseo por un Delta que mantenga las ventajas actuales que han traído las transformaciones del paisaje en términos de seguridad contra “las mareas”, de comodidades, y de trabajo. Pero que a su vez les permita recuperar la vida social de la “isla de antes”, “los bailes”, “los encuentros”, y el sentimiento de comunidad que supo caracterizar los lazos afectivos entre vecinos. En este sentido, a pesar de las diferencias que marcan la heterogeneidad de su comunidad, todos “los isleños” concuerdan en señalar que su deseo es tener “un Delta poblado con gente que quiera a la isla”.

Conclusiones del capítulo

Hemos visto a lo largo del capítulo como las prácticas cotidianas, y las formas de habitar el paisaje han ido cambiando con el transcurso del tiempo. Cómo se han dado cambios en las formas en que el cuerpo se pone en juego en la isla, pasando de un Delta en el que las tareas se realizaban a mano, hacha, machete, y pala, a otro en el que se ha logrado incorporar maquinaria para la realización de muchas de ellas. Proceso en el cual también se ha modificado la relación con el agua, mediante diques y bombas que han aumentado la capacidad de controlar su flujo dentro de los campos. En este sentido, se podría sostener que el pasaje a la forestación, y la incorporación de maquinaria y tecnología, ha modificado negativamente la relación de los cuerpos con el paisaje. Incluso se podría sostener que se han modificado las prácticas tradicionales como la producción frutihortícola familiar, y el manejo de agua mediante zanja abierta, alterando negativamente el flujo libre del agua en el Delta. Sin embargo, debemos evitar caer en una mirada romántica del pasado pues estos cambios han permitido a los isleños seguir habitando “la isla”, dejando atrás prácticas cotidianas de mucho “esfuerzo y sacrificio”.

En este sentido vale la pena cuestionar los discursos ambientalistas que señalan a la forestación y a los endicamientos como prácticas que no son tradicionales del Delta. Y que desde dicha posición sostienen que los isleños al llevarlas adelante son culpables del deterioro ambiental. Esto no quiere decir, que no haya que llevar adelante planes de desarrollo sustentable en el Delta, que no haya que trabajar para mejorar las técnicas de manejo de agua, o que no haya que cuestionar los procesos de desarrollo que se han dado en la Zona Núcleo Forestal. Pero no deben realizarse estas tareas partiendo de la idea de que estamos frente a un paisaje artificial, donde se realizan prácticas que no son propias del lugar. Debemos entender que el paisaje es un proceso que se encuentra siempre en desarrollo (Hirsch, 1995). Y que, como tal, es dinámico y va cambiando conforme las prácticas del habitar cotidiano lo van moldeando. En este sentido, vale la pena preguntarnos, parafraseando a Cano Suñen (2011) *¿Hasta cuándo deberíamos remontarnos para encontrar el paisaje genuino del Delta? ¿Es acaso una práctica más tradicional y auténtica el manejo del agua mediante zanja abierta que el endicamiento?* Está claro que

no necesariamente todo cambio en el paisaje es positivo en sí mismo, pero ¿quién decide que prácticas tienen suficiente legitimidad como para ser realizadas? No es mi intención seguir profundizando aquí, en las disputas entre los agentes locales, y los agentes que promueven discursos ambientalistas sobre el Delta. Estos temas han sido abordados ampliamente por otros miembros del equipo (Camarero et al., 2016) (Camarero, Straccia, Maestriperi, Ortiz, & Liftenegger Briel, 2016; Pizarro, 2015; Pizarro & Straccia, 2016; Straccia, 2018). Pero debemos recordar que no es fácil hablar en términos de autenticidad sobre un paisaje que ha sido habitado desde principios del siglo XX. Resulta difícil incluso hablar sobre prácticas tradicionales cuando las prácticas de manejo de agua, y de forestación han formado parte de los *taskscares* del Delta desde la llegada de los primeros migrantes europeos durante el primer plan de colonización de islas. Pero sobre todo debemos tener en cuenta que el paisaje contiene memorias de actividades, de trabajo colectivo, y de sentimientos y emociones (Cano Suñen, 2011) sobre las que se construye una identidad isleña. Cuestión que debe ser tomada en cuenta en cualquier proceso que pretenda determinar las formas de uso para el desarrollo futuro del Delta.

Capítulo 4. Los lugares de la memoria en el paisaje isleño

Hasta aquí, hemos realizado una descripción del paisaje isleño en términos de las actividades que le han dado forma en tres momentos históricos distintos, aludiendo al concepto de taskscapes de Ingold, para abordar “la Isla” desde una mirada cotidiana de quienes la habitan. Sin embargo, estas descripciones, enfocadas en las tareas diarias de quienes habitan y transforman el paisaje, ilustran etapas concretas de la relación entre “los isleños” y “la isla”. Es decir, de alguna manera ilustran una serie de fotos o imágenes de un proceso que es más bien histórico y continuo. En este sentido, resulta interesante tener en cuenta que este proceso se extiende hasta el presente sedimentándose en la materialidad de la isla y en las representaciones actuales del paisaje isleño. Esto resulta evidente al momento de recorrer los campos en conjunto con los isleños, o en sus relatos personales en el marco de charlas informales y entrevistas etnográficas (Guber, 2001), que dan vida a las narrativas espacializadas (Lindón, 2014) con las que hemos decidido abordar la experiencia del paisaje.

En estas descripciones del paisaje podemos observar algunas características. Por un lado, la manera en que los habitantes locales categorizan y describen el paisaje no hace foco en la estética o en las formas del mismo. Es decir, no es una representación meramente visual del paisaje la que se transmite en sus relatos. Por otro lado, si bien en ocasiones se incluye en las descripciones del paisaje la ausencia o presencia de especies vegetales, tampoco es este el foco. Porque a pesar de los conocimientos que tienen los habitantes, sus descripciones del paisaje cuando emergen de manera espontánea no se realizan desde un punto de vista propio de la biología o la ecología que aborde sus características en torno a la composición y fisonomía de especies vegetales. Lo que toma relevancia en los relatos isleños son las descripciones de las actividades allí realizadas, las prácticas relacionadas con los diversos espacios, y las experiencias pasadas allí vividas tanto individual como colectivamente. En este sentido el paisaje de la isla ante la mirada cotidiana de sus habitantes habilita procesos de memorialización en los que los isleños recogen del entorno señales de experiencias pasadas que son reconstruidas y reinterpretadas en el presente

(Ingold, 2000). Estas experiencias allí vividas se condensan en emociones y afectos que constituyen sentimientos de arraigo y apego al paisaje que generalmente permanecen en un ámbito implícito. Pero que ocasionalmente, en ámbitos íntimos de confianza o de reivindicación política, son movilizados y expresados explícitamente.

A continuación, avanzaré sobre este aspecto mediante el análisis de las categorías locales que describen a los diversos espacios que componen el paisaje de la isla. Y las maneras en que estas se entrelazan en las narrativas de vida espaciales de los isleños.

La memoria isleña en la materialidad del paisaje

El monte y el pajonal

Los espacios de monte y pajonal en la isla no son delimitados por los isleños por una serie definida de características ecológicas como la composición de la vegetación característica de la zona, o de sus características hidrogeográficas. Es decir, si bien el isleño conoce dichas características, y es capaz de nombrar las especies vegetales y animales allí presentes, en caso de ser consultado específicamente por estas cuestiones. No son estos los elementos en los que el isleño hace foco en las descripciones paisajísticas abiertas que realiza al recorrer el Delta. Lo que emerge en su lugar, en las entrevistas o en las recorridas del campo junto los habitantes locales, son más bien categorías que describen estos espacios desde las vivencias personales o desde las representaciones que se transmiten de forma oral en las historias familiares. Así, los “pantanos” y “pajonales” son frecuentemente vinculados a categorías como “sucio”, “basura”, o “mugre”.

Si bien cada uno de estos espacios tiene sus características particulares, comparten algunas características en torno a las categorías locales que los describen y a los usos que se les da en los relatos locales. Ambos espacios toman un lugar central en los relatos no tanto por sus características particulares, sino por su contraste con los espacios domesticados. En términos de la vegetación, en muchas ocasiones he podido detectar que resulta más relevante la ausencia de árboles, que la presencia particular de las especies que caracterizan tanto el pantano como el pajonal. El hecho de que allí no crezcan árboles es señal de que el terreno no es productivo, ni habitable. El árbol, sobre todo el sauce y el

álamo que caracterizan a la producción forestal de la zona, o a las cortinas de viento de las quintas, devienen así en símbolo de domesticación de estos espacios mediante la mano del hombre. Mientras que las plantas de juncos y plumachos del “pantano” o el “pajonal”, sobre todo cuando la referencia es el segundo, en lugar de ser individualizadas por el isleño, suelen ser agrupadas en grandes categorías como “sucio”, “mugre” o “basura”, resaltando su carácter improductivo.

En lo que respecta a las descripciones y la manera en que estos espacios se entraman en los relatos de los isleños, estas categorías se entrecruzan y se confunden. Sin embargo, es posible diferenciarlas en el análisis, pues el pantano suele estar asociado a su condición de terreno inundable, remitiendo sobre todo a la ausencia de un manejo de agua.

En estos campos, en ese tiempo no se podía andar ni con tractores. Campos muy blandos que entraba el agua y salía, todo pantano. Andabas por ciertos lugares más altos, nada más. Pero después cuando se empezó a controlar el agua, que los campos se van asentando, se van afirmando las tierras, acá salen equipos de madera ahora, con camiones. En esa época ni los caballos andaban, pobrecitos, porque se empantanaban (Edgardo)

De esta forma el pantano se relaciona con la ausencia de prácticas de manejo de agua que son necesarias para poder habitar y trabajar la isla. Esto resulta en condiciones que lo hacen intransitable, donde es común “empantanarse”, “enterrarse” y “trabajar con el agua hasta la cintura”. En este sentido, suele ser concebido como un espacio improductivo que necesita ser transformado debido a la presencia y los efectos del agua en los terrenos.

Pero en medio de la quinta, ahora vamos a ver y tengo el agua a la rodilla. Entonces yo ahí no puedo plantar nada. Yo ahí tengo desperdiciadas 8-10 hectáreas que nunca les puedo poner nada. (...) nace lirio, pasto, mugre, plumacho (...) Porque ¿qué pasa? Ahí yo no manejo el agua porque no tengo hecho el terraplén. Si tengo el terraplén y la compuerta como tiene que ir allá vamos a ver entonces sí. Yo hoy a lo mejor ya tendría plantado porque

yo hago un manejo del agua. (...) Pero así no puedo. Entonces así se pierde mucha tierra de producción (Gerardo)

un campo que está lleno de agua no beneficia nada, porque no se produce... no termina la descomposición del alimento. O sea, hay un lugar que está lleno de pantanos, nada más. (Edgardo y Nora)

En lo que respecta al “pajonal”, es una categoría que suele intercambiarse muchas veces con la de “pantano”, debido a la asociación a características de terreno inundable e improductivo.

No era selva, es todo pajonal. La isla, viste todo lo que es Otamendi, que vos ves para la margen izquierda o por ahí para la parte derecha, donde es todo pasto alto y agua, eso era todo el Delta acá. Ahí los lugares por donde pasa el camino, ahí no se andaba a caballo, había todo resaca así, de esta altura, no se podía andar en esos campos. (...) Son todos campos que eran pajonales. Antes no había ni un arbolito, todo pastizal. De ahí, si vos te bajaras y cruzaras el canal para el otro lado, te enterrás. (...) El Delta la mayoría de las partes naturales, así. No produce nada eh, todo para criar nutrias y nada más. [...] Y antiguamente el noventa por ciento de estos campos era todo así. [...] Se controla el agua para poder forestar. [...] (Edgardo y Nora)

Sin embargo, a pesar de estas similitudes entre ambas categorías que en los usos cotidianos a veces se confunden, “el pajonal” también tiene un entramado de significados propio. Mientras “el pantano” se asocia fuertemente a la ausencia de manejo de agua, “el pajonal” suele asociarse más a los riesgos en torno al fuego y los incendios que traería la vegetación natural del Delta sin un manejo productivo.

sí, cuando está muy seco el tiempo sí. (...) Los pajonales a partir de los dos años, aunque haya agua, se prende fuego igual, o le prenden. (Cesar)

Se quema. Porque hay variedades de plantas que se queman. Por ejemplo, el caso de los “plumachales” se queman porque está todo seco. Entonces llega la primavera que ya soplan vientos fuertes del norte y lo va prendiendo, lo va prendiendo, cuando te querés acordar... y si te tocan unos días que se quema la tierra, bueno no queda más, queda poco que ver. (...) Y viste el álamo, el de la pelusa, ese es impresionante como arde. Parece alcohol. Increíble. Y el año pasado, 4 quintas se prendieron fuego. Ahí la mía se prendió. (...) Decí que ahora está todo limpio, pero si agarra el pajonal, donde agarra mugre... (Marcos)

En este sentido, el pajonal remite no solo a la memoria de un paisaje que requiere trabajo para ser habitado, sino también a la necesidad de un trabajo continuo en pos de evitar futuros peligros. En ellos se plasma una tensión entre lo domesticado y lo no domesticado que no ha sido resuelta. Un proceso histórico de transformación del paisaje que se extiende hasta la actualidad, pues ante la falta de sistematización o limpieza, el pajonal avanza trayendo riesgos de incendio.

Todos esos pajonales que hay ahí, que no se cuida. Nadie los cuida. ¿Cómo no se van a quemar? Se va a quemar ahora, se va quemar dentro de diez años y siempre se va a seguir quemando. Porque no tiene defensa ahí. Y lo mismo que acá, donde no se cuida la quinta. Si la quinta no se cuida, no tenés vacas, se te queda el pajonal altísimo y viene el fuego, y bueno, mejor disparemos porque si no, nos morimos quemados (...) Porque cuando el pajonal es grande y está seco, no se pueden arrimar ni a cincuenta metros. ¿Quién lo va a parar? Por eso, lo que tienen que hacer es que produzca la tierra, que produzca y que entonces bueno, este terreno acá hacemos cinco, diez metros, sirve para hacer un callejón para que el fuego no pase. Después del otro lado se tiene hacienda. Le va a dejar mantener el pasto más o menos corto. Como para que el pasto no se crezca demasiado y entonces lo va a poder atajar al fuego. Sino no se puede atajar el fuego. El fuego no es algo que es una zoncera que se apaga fácil. No, no. (Pablo)

Se plantó un poco y se hizo vivero, pero después al fondo no hay nada más que tierras vírgenes, nada más que pajonal. Y si se llega a prender fuego eso, si no mantenés limpio lo que es plantación, te agarra todo. (Facundo)

Se puede ver entonces que las categorías de pantano y pajonal remiten a espacios improductivos, contrapuestos a los espacios que el isleño ha intervenido. Significados que son expresados tanto en los calificativos que describen estos espacios, como en las categorías que se utilizan para describir la vegetación en tanto “mugre”. Algo similar ocurre con la fauna, pues la categoría “animales” solo hace referencia a los animales domésticos o los relacionados con las actividades productivas (perro, vaca, caballo, cerdo, y otros animales de granja). Mientras que la fauna nativa que habita el pajonal y el pantano, como el ciervo, el carpincho, la nutria, y las diversas variedades de aves y peces, son frecuentemente agrupadas sin distinciones bajo la categoría “bichos” (Maestriperi, 2016).

Este juego de contraposiciones resalta aún más el carácter improductivo que tienen estos espacios desde el punto de vista local. Pantano y pajonal devienen así en espacios inhóspitos, inhabitables, e improductivos, cuya transformación resulta necesaria para el desarrollo social y productivo de la zona. Sin embargo, a pesar de estas características que se desprenden de recuerdos y relatos de experiencias personales, no se los marginaliza a un simple cúmulo de representaciones negativas.

Como hemos visto en cada una de las citas anteriores, mediante las experiencias personales de un trabajo en el cual ha sido necesario poner en juego el cuerpo, los isleños entran relatos de vida de un gran sacrificio y esfuerzo. Estos relatos tienen al pantano y al pajonal como escenario predilecto, y son recordados por quienes habitan desde pequeños en la isla, o mediante relatos orales que se transmiten de generación en generación.

historias que se han cortado y es una lástima porque se pierden. (...) el abuelo de ella contaba ¡18 años metido ahí adentro! Ahora son todo campo, pero la mayoría era todo pajonal. Todo crecía, estaba todo bajo de agua ¡metido allá adentro con 18 años! (Ricardo)

De esta manera mediante los relatos del sacrificio y esfuerzo el pantano y el pajonal son parte de la memoria local, una memoria que es siempre individual pero simultáneamente colectiva y social (Halbwachs, 2004; Nora, 1989). Entonces, pantano y pajonal no se presentan como simples categorías utilizadas para describir el entorno. Bajo estas se reúnen una serie de lugares sin nombres específicos, pero no por ello menos importantes, en los que se anclan significados, memorias y emociones que forman parte de la manera de ser-en-el-mundo de los isleños. Así, hablar del pantano y el pajonal desde el punto de vista isleño implica la mención a lugares donde se ancla la memoria individual y social, y que forman parte de la identidad isleña (Tilley, 2006; Tilley y Cameron-Daum, 2017), tal como señala una de las isleñas, “y sí, nos criamos acá, en los pantanos”.

Construir la quinta, la plantación y el jardín. Trabajo y sacrificio isleño.

El contrapunto de estos lugares son los lugares domésticos que han resultado del sacrificio y trabajo de los isleños mediante prácticas de sistematización del paisaje. Espacios donde se ha “refinado”, se ha realizado “limpieza”, y se han hecho “zanjas” y “canales”, permitiendo “construir la quinta”, “hacer jardín”, o “limpiar el terreno” para “las plantaciones” o para tener “animales”. Así, mediante estas prácticas de sistematización los isleños han transformado espacios inhabitables en “quintas”, “campos” o “plantaciones forestales”.

ER: ¿Este por ejemplo cuantas hectáreas tiene? En promedio.

EO: ...este potrero se lo está refinando. Fíjate que está sucio. Hay cortadera... porque recién ahora se le está poniendo... recién ahora tenemos. ¿Qué hará? ¿Hace tres meses? La compuerta esta que nos permite sacar el agua. Antes la teníamos rota entonces subía el agua y se nos metía por todas las zanjas. Esto estaba inundado. Ahora ya le pusimos un caño para que salga el agua. Le ponés en un bajo un caño, que te lleve el agua hasta una zanja y eso hace que se vaya.

ER: ¿Y los caños de qué son? ¿De qué material?

EO: Depende. Acá por ejemplo pusimos de fierro porque si hay que quemar y eso. Esto nosotros todavía quemamos, esta parte, este potrero que

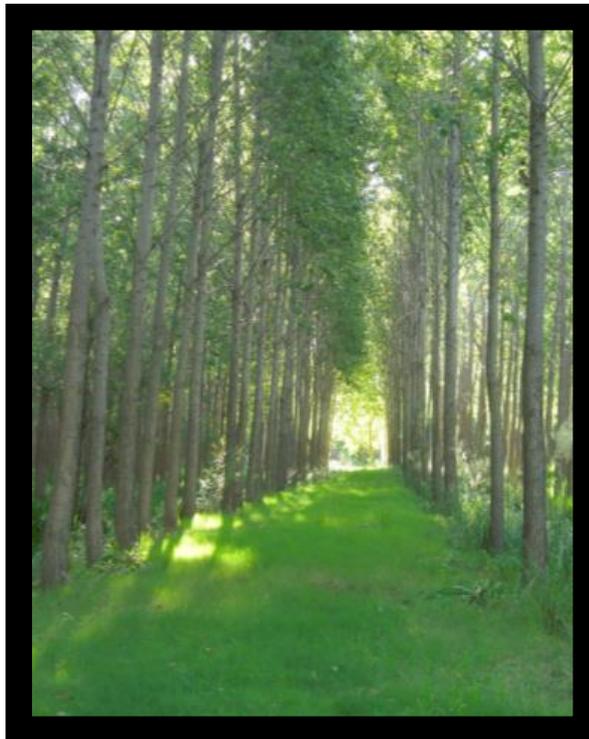
está sucio. El resto no es necesario, pero hasta que lo refinamos...

ER: Refinar ¿es sacar el agua?

EO: Refinar, si, refinar es que salga pasturas para los animales. Lo refinas sacándole el agua... lo refinas con... lo principal es sacándole el agua.

Este es el famoso dique, el de los sauces. (Intercambio con Paula)²⁵

A todos estos espacios donde “los isleños” han intervenido de alguna manera se le asignan valores positivos. En las plantaciones forestales los árboles se encuentran plantados en hileras sumamente prolijas que forman pasillos por los cuales desplazarse. Y es notoria la ausencia de plantas en el estrato inferior, razón por la cual tanto estos como los otros espacios domésticos son descritos como “limpios”.



Fotografía 17. Plantación típica de la zona. Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo.

²⁵ En el caso de los fragmentos en los que se transcriben diálogos las iniciales corresponden a ER: Entrevistador, y EO: entrevistado.

Lugares donde “da gusto estar”, incluso para la fauna. En este sentido un caso emblemático es el del ciervo del pantano dado que, en contraste con los discursos ecológicos, son muchos los isleños que sostienen que “los bichos” como el ciervo del pantano, en ciertas ocasiones incluso “prefieren las plantaciones a los pantanos”. Dado que, según ellos, a partir de lo que han visto en el campo, en estos espacios transformados por el hombre los ciervos podrían moverse libremente y tener disponibilidad de pastos y otras plantas que no encontrarían en “los pajonales” ni en “los pantanos”. De esta manera vinculan el trabajo isleño incluso con la aparición de ciertas especies autóctonas del Delta como el ciervo o el carpincho. “Tanto el carpincho como el ciervo (...) buscan el monte (...) el bicho no es tonto (...) se esconde en el pajonal, pero no le gusta vivir toda la vida en el pajonal”.

Otro espacio, que da cuenta de esta dicotomía es “la quinta” que se encuentra compuesta por la casa, el jardín, y el muelle, además de alguna producción familiar como la huerta, algunos frutales, o una pequeña plantación forestal. Todos estos elementos tienen un carácter positivo a partir del trabajo isleño y la domesticación de la naturaleza que les permite construir material y simbólicamente estos lugares. Cabe destacar que en este sentido los jardines en “la isla” ocupan un lugar especial. Prácticamente todos los isleños tienen un jardín al que suelen mantener y cuidar con mucho empeño. El jardín puede ser entendido como un espacio diseñado por sus dueños en el que se pone en juego el contraste del orden y la prolijidad del jardín con el desorden y lo salvaje del entorno sin intervención (Roger 2007, en Suñen 2011). Un espacio en el que la naturaleza se recrea para el deleite propio, permitiendo admirar su belleza, pero a la vez habitar allí sin exponerse a sus características salvajes, aquellas que hacen de la naturaleza sin intervención propia del “monte” o “el pajonal” un lugar inhabitable. Sin embargo, en los jardines isleños parece ponerse en juego una particularidad más que remite a la historia local. A pesar de que son muy pocos “los isleños” que viven actualmente de las producciones hortícolas, frutícolas, o de la producción de flores, casi todos tienen en su jardín alguno de estos elementos. En particular el tener árboles frutales se presenta como una práctica especial, pues se le da en la actualidad un valor sentimental a su cultivo. Son varios “los isleños” que reactualizan en

el presente, mediante la plantación de frutales, recuerdos de su propia biografía o de aquellos relatos familiares que han escuchado de sus padres sobre la época del Delta Frutícola que he descrito anteriormente. En este sentido, muchos de los encuentros en los que nos contaron los relatos sobre esta época que expuse en el capítulo anterior tuvieron lugar en el jardín de “los isleños” con frutas de su propio jardín en la mesa. Por lo que en estos espacios no solo se pone en juego el logro del jardín propio mediante el esfuerzo personal, o de los antepasados, también se presenta como una manera de mantener y reactualizar prácticas locales y recuerdos familiares que se remontan a “las épocas doradas del delta”.

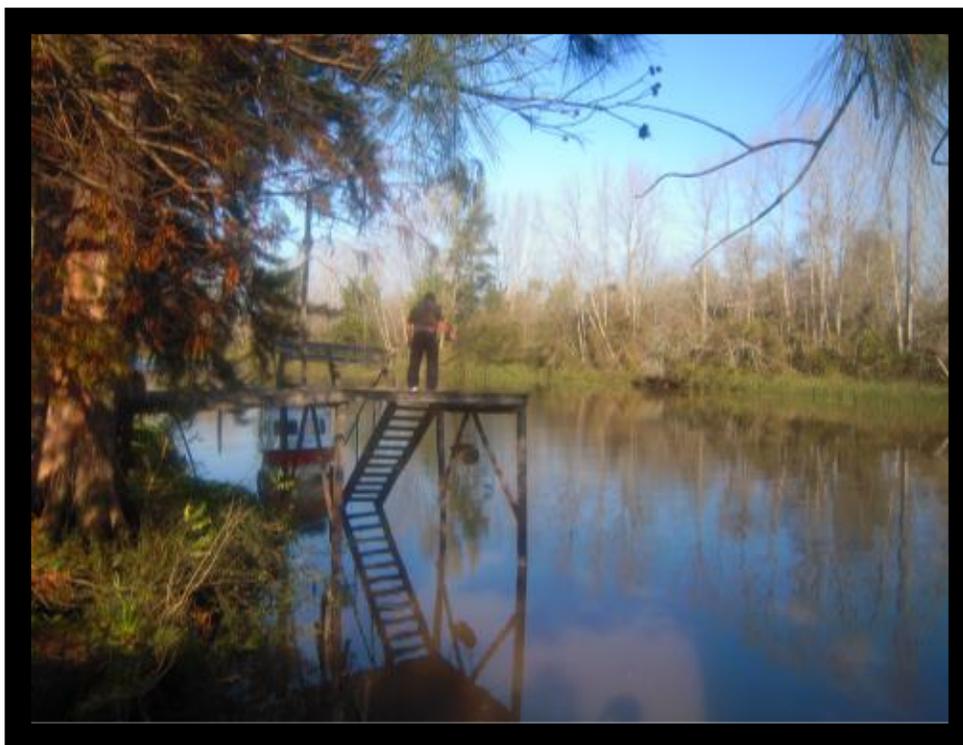


Fotografía 18. Jardín de una isleña con su típica plantación de frutales. Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo.

En la quinta, también es común encontrar en el jardín uno o más sauces, ya sea como cortina de viento en los bordes de la quinta o como parte del propio jardín. Es decir, en este caso el sauce no tiene un carácter productivo como en las plantaciones, sino más bien un carácter identitario del paisaje isleño. Pues, a pesar de la importancia económica del álamo hoy en día, el sauce fue la primera especie forestal para “los isleños” y se ha convertido en una parte esencial del paisaje y de su identidad. Es común escuchar

menciones al sauce como lugar de descanso, calma, tranquilidad y contemplación del paisaje de “la isla”. Ocupa así un lugar particular en la rutina del “isleño” que incluye de manera cotidiana y prácticamente como rasgo identitario de ser isleño “sentarse abajo del sauce” “a tomar mate” o “a mirar el río”.

Otro lugar de “la quinta” muy particular es el muelle, infaltable en el paisaje isleño puede encontrarse en todas las quintas, recreos o predios en general. Se presenta muchas veces como un lugar de descanso, de pesca, o de encuentro. Pero sobre todo se constituye como el vínculo entre “la quinta” y los arroyos, ríos o canales que comunican la vida isleña. En este sentido, si bien hoy en día existen proyectos de caminos terrestres, y su construcción ha sido históricamente un reclamo de esta zona de islas, los cursos de agua no han perdido su importancia como vía de comunicación. Mientras los caminos de tierra llegan a ciertas zonas de las islas, los cursos de agua han sido y siguen siendo una vía de comunicación cotidiana para todos “los isleños”, y el principal factor natural que moldea no solo el paisaje que habitan, sino también sus vidas.



Fotografía 19. Muelle isleño en el río Carabelas. Fuente: fotografía tomada por un miembro del equipo

Vemos entonces que mediante las experiencias de un habitar cotidiano en el que el cuerpo se entrelaza íntimamente con el paisaje en el que habita, los diversos espacios de la isla se llenan de significados, memorias, y emociones individuales y colectivas, transformándose en lugares (Tuan, 1977). Lugares a los que se les da sentido de manera relacional (Tilley, 1994), pues tanto los lugares del ámbito doméstico o productivo como “el monte” y “el pajonal” se constituyen no solo por las experiencias allí vividas sino por oposición mutua entre ellos. Lo que está en juego en las categorías que analizamos hasta aquí es una dicotomía entre una naturaleza domesticada y una naturaleza no domesticada. Un conjunto de lugares “inhabitables”, “peligrosos”, relacionados con “lo sucio” o “la mugre” que implican “riesgos de incendios”, en oposición a lo doméstico, “lo productivo”, “la comodidad” y un menor “riesgo” ante los desastres naturales. Así, estos lugares se constituyen relacionalmente, y se vinculan mediante caminos, movimientos y narrativas, configurando el paisaje isleño (Tilley, 1994). En este sentido, “la isla”, en tanto paisaje configurado por lugares, se presenta no solo mediante sus características naturales, sino como una acumulación de significados sedimentados. Un entramado de sentidos que se constituye como un horizonte de significados compartidos, característico de cierta manera de ser-en-el-mundo (Stewart y Strathern, 2003).

Esta manera de habitar, o de ser-en-el-mundo de los isleños tiene una característica particular, el rol que se le otorga al trabajo, en tanto que lo que distingue los lugares domesticados de los no domesticados es la presencia del trabajo isleño en el paisaje. Lo que se pone de manifiesto en los lugares de la isla es una narrativa local de domesticación de la naturaleza a fuerza del “esfuerzo y el sacrificio” local. Pues, mediante la interpretación del paisaje, en sus significados, y en la movilización de estos, también se movilizan narrativas que dan temporalidad al paisaje (Tilley, 1994). Así, los lugares de la isla exponen una serie de relatos que articulan los distintos periodos que hemos analizado en la sección anterior y les dan un sentido narrativo. Una narrativa isleña espacializada en la materialidad de su paisaje (Lindón, 2011) que toma como eje articulador la capacidad de “trabajo” y “el sacrificio del isleño”. El proceso de domesticación de la naturaleza llevado a cabo para habitar la isla entonces se constituye como una gesta heroica de los isleños que se extiende

desde la llegada de los primeros migrantes hasta la actualidad. Y “el esfuerzo y el sacrificio” para domesticar la naturaleza de la isla, se vuelven parte del ser-isleño. Veamos algunos fragmentos del esfuerzo relacionado con el habitar de este paisaje, y de su reivindicación como rasgo identitario.

Pajonales nada más, vos no sabías que había para allá, ni para allá, ni si había agua o con que te metías. La gente vino y empezó con la azada y el machete a limpiar, y a limpiar. Acá es más alto, acá es más bajo, acá puedo producir esto. Acá empecé a hacer verdura, acá empecé a tener frutales. Lo que venían trayendo de sus generaciones desde otros países. (Gerardo)

no había camino, yo venía en lancha y este era un campo de cero producción, estaba todo abandonado, lo único que existía era la casa, salías de la casa y estaba este árbol y allá atrás era todo mugre, cero producción tenía, nada, no tenía nada, así que hubo que arrancar de cero (Andrés)

...mi abuelo empezó de peón. Pero después trabajó y trabajó en esa época era de la inmigración, la gente que venía de Europa trabajaba, trabajaba, trabajaba para hacer su porvenir. Y bueno y después con el tiempo pudo llegar a... a comprarse una quinta, un campito, un... lote, un terreno, como para poder hacerse su casa y bueno, así fue. (Romina)

Mi mamá decía ‘Ha sido una época difícil, pero éramos felices’. Era todo el día hacer cosas para la subsistencia, pero lo llevaban bien. Creo que eso te imprime la persona que hayas tenido al lado, si te lo enseña con alegría o te lo fue enseñando como mi abuela. Nos decía que no había para comer, mi abuela los mandaba a buscar cardito y berro a la zanja. Cuando fueron grandes se dieron cuenta de que cuando no había para comer comían yuyitos. Pero en ese momento se hacían bocaditos de cardo y comían ensalada de berro (Patricia)

Hubo que pelearla para poder conseguir todo eso, porque no, nadie te ofrece nada (Aníbal)

En esta narrativa local entonces “el trabajo y el sacrificio” al ser vistos desde un gesto heroico, de superación de dificultades, son resignificados para tomar un carácter positivo. Característica que ha sido observada particularmente en las sociedades colonas en otras regiones (Di Giminiani y Fonck, 2015), y que se evidencia también aquí en los relatos locales de la Zona Núcleo Forestal. Es decir, no se desconoce la dificultad y el sacrificio que implica trabajar en la isla, pero en el sentido que se la da a la superación de esa dificultad en el presente, es donde se ancla el cariño por la isla y la construcción de la identidad isleña. Por lo que el “trabajo sacrificado” de “la isla” no es interpretado con un carácter negativo, más bien se recuerdan dichas experiencias con orgullo o cariño, pues son entendidas como algo que forma parte de la manera de ser en el mundo de los isleños.

y la diversión en aquella época, ¿saben lo que era? hacer zanjas con la pala, quién hacía más metros de zanja con la pala. [Risas] (Inés)

sí, muy difícil, muy difícil. Ya le digo, uno porque de curro, porque le gusta, o sea, a mí me gusta lo que hago no. Todo esto me encanta. Se me está haciendo complicado estar solo. Pero, es difícil encontrar quien le guste [el trabajo sacrificado] (...) Acá lo que te enseñan los viejos es a trabajar. Acá lo que no sabemos nosotros es qué hacer con el ocio. Y es un problema. Nos volvemos locos. (Mateo)

A mí me gusta hacer este trabajo. Por ahí me llevas al pueblo a hacer otro trabajo y no te lo hago. Ya de por sí el pueblo no me gusta. (Lidia)

Así, en el habitar, entendido como el involucramiento activo y repetido de las personas con su entorno (Cloke y Jones, 2001), se generan lazos de afecto con el paisaje, incluso cuando las tareas son sacrificadas. Pues, incluso a través del esfuerzo y el trabajo sacrificado que muchas veces caracteriza a los espacios rurales como “la isla”, pueden surgir fuertes sentimientos de apego y arraigo (Tuan, 2007).

La memoria en los caminos

Dentro de estas narrativas espacializadas sobre el trabajo isleño, hay una que se destaca, y toma un lugar especial, condesando estas experiencias cotidianas y sus significados en otro lugar del paisaje, los caminos. Si bien los caminos dada su función remiten a la movilidad, y a un movimiento de desplazamiento más que un acto de habitar, los caminos terrestres de “la isla” también condensan profundos recuerdos de experiencias llenas de emociones y afectos que los constituyen como lugares. En este sentido, si bien cada camino tiene su historia en particular, todos los caminos disparan recuerdos sobre una historia en común, la llegada al INTA de “los isleños” y “el primer camino que salía a ruta 12”. Esto se debe a que estos acontecimientos se constituyen como un hito paisajístico (Cano Suñen, 2011):

El hito paisajístico es un acontecimiento clave en la configuración espacial del paisaje o en su manera de pensarlo. Es decir, un hecho relacionado con el paisaje especialmente significativo por su importancia histórica y social y que aporta claves explicativas descubiertas en la revisión del pasado o en su evocación. (pp.61)

Debido a su carácter de hito, entonces, casi todos los caminos de la zona y sus historias individuales terminan remitiendo a estos relatos, pues esas primeras iniciativas cambiaron por completo la manera en que se pensaba la comunicación en esta zona de “la isla”, y los proyectos de infraestructura, y electrificación.

“Fue en 1960 cuando empezamos a pensar por donde salir”, en 1962 un grupo de “isleños” dio un puntapié inicial a la tarea de construir caminos en esta zona de islas con la proeza de llegar a la Estación Experimental Agropecuaria Delta del INTA “en tractor y a caballo”. La travesía tenía como objetivo “llegar al Paraná de las Palmas, la meta era el INTA Delta”, para lo cual tendrían que “atravesar pajonales, cruzar bañados, horquetas y demás riesgos”. Realizaron la travesía con 6 tractores que “los cargaban en una chata y de a uno los cruzaban al otro lado del arroyo”. “Lo más importante fue la unión que existía en el grupo que trabajaba con una sola meta, algún día poder salir con un tractor, una bicicleta, coche o camioneta ¿y por qué no? un camión para transportar lo que se cosechara”. Así,

luego de haber llegado al INTA Delta siguieron con la travesía de “buscar una forma de salir por tierra”, y un año más tarde con “las chatas, los machetes, guadañas, brazos y muchísima voluntad, perdiendo días de trabajo en sus quintas” realizaron “la segunda hazaña”, cruzar el Paraná. De esta manera por primera vez “los isleños”, hombres, mujeres y niños/as “llegaron asomando entre los pajonales a la Estación Otamendi, para los entusiastas era como tocar el cielo con las manos, estaban en tierra firme”.

fuimos, eh... hasta el INTA (...) hasta el Paraná en el INTA, y de ahí cruzar un tractor con un carro, como en un acoplado, para el otro lado, o sea como se cruza el Paraná ahora, pero era con el barco de Mendizabal chiquito, cruzar un tractor del INTA con un acoplado, para poder llegar, a ver si se podía llegar a la estación Otamendi. Pero abriendo cancha, osea ¡había un senderito nada más! Y bueno y llegamos, y fue algo... como algo maravilloso ¡llegar a tierra firme! ¡A la estación del tren, donde pasaba el tren! Pero era un... no se... un acontecimiento tan especial y tan emocionante poder haber llegado ahí ¿no? (Ricardo)



Fotografía 20. Llegada al INTA en el '62. Fuente: Registro histórico de un isleño

Si bien en esta hazaña se llegó a cruzar hasta la Estación Otamendi, debido a la dificultad de cruzar el Paraná, no sería este el primer camino de “los isleños”. Luego de esta travesía siguieron en la búsqueda de construir un camino que les permitiera llegar a continente. Y finalmente en el año 1972 tras muchas gestiones lograron un camino vecinal con salida a ruta 12, que cruzando el canal Alem hacia Campana y siguiendo los albardones naturales llegaba hasta la ruta a la altura del Km.101. Para el cruce del camino en el canal Alem hacía Campana se mandó a construir una balsa llamada “La Unión”, “una balsa que la hicimos entre todos los vecinos”.

esa balsita, se llamaba Unión, por la unión de todos los vecinos para hacerla para poder salir. Y el día que estuvo hecha, fuimos todos en un barco a buscar la balsa. Las familias enteras. Hombres, mujeres, chicos. (Ricardo)

Si bien estos caminos ya no se encuentran en la isla, pues “el camino que salía a ruta 12 se cortó después de la marea del 83”, cuando “lo corto un mal vecino”, esta primer hazaña de llegar al INTA, cruzar el Paraná y lograr el primer camino a continente ha quedado marcado como un hito paisajístico (Cano Suñen, 2011). Todos “los isleños” por experiencias propias o por relatos familiares recuerdan esta proeza cada vez que hablan de los caminos, cualquiera sea el camino donde se encuentren parados en ese momento. Pues la memoria de esa gesta se encuentra sedimentada en todos los caminos de “la isla”, y en el propio sistema de balsas que hoy cruza el Paraná desde el INTA a Otamendi, como aquella vez que lograron cruzar a tierra firme por cuenta propia por primera vez. Una de las razones que hace de estas hazañas un hito paisajístico es que a partir de estas se daría inicio a la red de caminos actual y al proceso de construcción del tendido eléctrico que marcaría un antes y un después para la vida isleña. Pero sobre todo se constituyen como un hito importante dentro de la narrativa de esfuerzo isleño. Por un lado, por ser el primer camino construido por “los isleños”, por otro lado, por el sentimiento de comunidad en el que se fundó su construcción y finalmente por el gran sacrificio que implicó “hacerlo a pulmón”, al punto que un isleño “dejo la vida en ese camino”. Pues, un joven falleció en un accidente durante la construcción de este camino, y muchos recuerdan el sufrimiento colectivo, a pesar del

cual la propia familia incluso luego del accidente siguió trabajando y esforzándose en la construcción del camino que cambiaría la historia de esta zona de islas.

El arraigo en el trabajo y el esfuerzo

Se sedimentan entonces en los lugares de la isla recuerdos que se entraman en una narrativa de sacrificio y esfuerzo propios del “ser isleño”, sobre los cuales se generan fuertes sentimientos de arraigo al paisaje. Un lazo afectivo que, por ser muchas veces de carácter implícito, suele encontrar dificultades para ser expresado verbalmente. Pues como señala Cano Suñen (2011):

Buena parte de la vivencia, los sentimientos y la memoria hacia el paisaje cotidiano no se hace explícita como tal por constituir una experiencia encarnada y fenomenológica más relacionada con un estar corpóreo diario que con la expresión abierta de la importancia de las emociones e identidades que genera, Esto no quiere decir que no haya menciones explícitas al paisaje, pero sí que en el día a día y en la cotidianidad el disfrute del paisaje es más implícito, y, por tanto, las referencias a él también. Esta falta de referencias podría inducir a la idea de que el paisaje no es importante. (p.266)

Sin embargo, esto no quiere decir que no haya menciones explícitas al paisaje, y a los sentimientos de arraigo. De hecho, en contextos íntimos de entrevista, nos hemos encontrado en situaciones en las que la expresión explícita de estos lazos con el paisaje encuentra formas diversas de ser expresadas.

El que vive es porque le gusta y porque digamos, se te encarna y no sabes por qué. Si. Porque si, siempre todo lo que haces es sacrificio. Hoy yo no, no puedo decir más nada. De hecho, armé el campo que quería. Y no me puedo quejar. Pero, laburé toda mi vida afuera. Siempre afuera. Así como mi viejo tenía su campo, pero no daba para todos, así que. Y acá el trabajar lo tenés que inventar (Mateo)

Así que bueno, tiene como todo, sus cosas, tiene sus cosas lindas y sus partes feas, ¿no? Pero bueno, yo me crie acá, y hasta que me muera me voy a quedar acá. Y sí, uno esto lo quiere de corazón, ¿viste? (Inés)

Por más que me haya ido siempre me tira, tira la isla. (Nora)

Arraigo que también es expresado por aquellos que se han tenido que ir por diversas razones, pero que aún encuentran en “la isla” su lugar en el mundo. Y que recrean la isla también mediante los jardines, incluso en el patio de su casa en medio de la ciudad de Campana.

El isleño tiene algo que no se olvida nunca de la isla, tiene mucho amor. Y yo tengo una casa en la isla que tengo la esperanza de poder ir y quedarme algunos días y volver. Entonces, a lo mejor peleando algún día consigo que haya lancha para ir y poder quedarme en mi casa. Hay mucho amor. El que viene de la isla, aunque venga, aunque la isla es partido de Campana y esto es Campana, la ciudad es como otro país para uno, es como el extranjero. Yo me vine a los 10 años, pero sigo pensando en la isla. Y cuando acá sale una, el tiempo cambia, que hay una brisita y yo tengo naranjos en el fondo y me viene el aroma, yo me traslado al patio de mi casa de la isla y quiero volver a la isla, yo quiero volver a la isla. (Verónica)

Un sentimiento de arraigo que todos los isleños coinciden en señalar como algo colectivo a pesar de las diferencias internas. Pues como señala un isleño, “Entonces por ahí diferimos en ciertas ideas así. Pero después, yo creo que todos queremos lo mismo. El que quiere a la isla, la quiere de la misma forma”. La particularidad del arraigo isleño entonces deviene de que el mismo se constituye en experiencias de esfuerzo. En la gesta heroica de salir adelante, y de lograr habitar un lugar tan inhóspito como bello. Constituyendo un sentimiento de apego por la isla que une a los isleños más allá de las características heterogéneas del colectivo.

El día del Isleño como sitio de memoria

Como hemos visto hasta aquí, a partir de la memoria isleña sedimentada en la materialidad de su paisaje, se construye una narrativa local en la que se resalta el sacrificio y el esfuerzo del isleño para habitar la isla, esfuerzo que deviene en sentimientos de apego y arraigo. Pero debemos recordar que la memoria no solo sedimenta en la materialidad de los lugares de la isla. Tal como señala Nora (1989) la memoria se espacializa anclándose en sitios concretos (como monumentos, edificios, o como hemos visto aquí, diversos lugares del paisaje), pero también en sitios no materiales, como ritos o celebraciones. En este sentido podemos encontrar en la isla diversos festejos que se realizan de manera anual para conmemorar hechos históricos y mantener viva la historia local. El día del isleño es una de dichas celebraciones, según muchos isleños, “la más importante de la región”.

El día del isleño es el 31 de octubre y se celebra todos los años, durante el primer fin de semana siguiente a dicha fecha. Por lo que la celebración tiene lugar el primer sábado del mes de noviembre, y se realiza usualmente y hace ya varios años en las instalaciones de la Escuela Primaria N° 26 del río Carabelas. “En sus comienzos se celebraba el mismo día en el recreo Crovetto y muchas veces también en el Recreo Blondeau del Canal Alem”. El motivo de esta fecha es la celebración del primer Congreso de Productores Isleños realizado en el año 1936, año desde el cual el día del isleño se ha llevado a cabo ininterrumpidamente. Pero, sobre todo, el día del isleño es un momento de reunión de la comunidad isleña. Allí asisten isleños desde diversas regiones, desde las islas de Entre Ríos hasta las islas del Tigre, incluyendo vecinos que se han ido a vivir al continente y que siguen añorando la isla. Pues, como suelen decir los isleños de la Zona Núcleo Forestal que hemos entrevistado “el Delta es muy distinto en otras zonas”, pero “la isla es una sola”.



Fotografía 21. Registro fotográfico del Día del Isleño en distintos años **Fuente:** Montaje expuesto en la celebración del día del isleño.



Fotografía 22. *Salón de la Escuela N°26 durante el Día del Isleño del 2013. Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo.*

Esta reunión entre vecinos es de suma importancia, debido a las dificultades de comunicación que presenta la isla. La falta de infraestructura y accesos por tierra dificulta para muchos la movilidad dentro de la isla, dado que la movilidad por agua suele ser más lenta y más costosa que por tierra. Es frecuente escuchar en la isla que vecinos o familiares cercanos no se ven hace meses, a pesar de que las distancias en línea recta son relativamente cortas, incluso a veces simplemente separados por un arroyo. Por lo que el día del isleño toma un carácter particular al presentarse como un momento de encuentro. Pero es también para muchos que tuvieron que dejar “la isla”, no solo un momento de encuentro con sus viejos vecinos, también un momento de encuentro con “la isla” misma.

Aún hoy día, en que gran parte de la población isleña hace ya tiempo emigró a las ciudades más próximas en busca de nuevas posibilidades laborales, este día sigue siendo el momento y el lugar indicados para reencontrarse con sus ex-vecinos y también con el paisaje y los olores

característicos que la vegetación le otorga al ambiente isleño. Porque más allá del tiempo y la distancia, debido al aislamiento que siempre existió con las poblaciones de las ciudades, los isleños se sienten como integrantes de una misma familia de la que nunca pueden prescindir (extraído de una recopilación de trabajos de Sandor Micker) (La Autentica Defensa).

En este fragmento se pone nuevamente de manifiesto una cuestión que he mencionado de manera más implícita en las secciones anteriores, la relación de apego con la isla es una relación mediada por el cuerpo. Tanto aquí, como en la recreación del jardín con naranjas en el fondo de la casa de María en Campana, vemos que los olores tienen un papel importante en la memoria. En este sentido Ross (2014) sostiene que, 'llegar a conocer un espacio no es el mero producto de una relación visual con el paisaje, sino una corporeizada'. "Volver al encuentro con la isla" es percibir el paisaje y reavivar vivencias pasadas, en un proceso de percepción multisensorial en el que se percibe con todo el cuerpo (Ingold y Kurttila, 2000).

Pero el día del isleño no es un lugar de memoria solo por ser un momento de encuentro en el que se reaviva la memoria mediante la percepción del paisaje. El día del isleño es en sí mismo un lugar en el que se fija la memoria colectiva de los isleños, una celebración que condensa una síntesis espacio-temporal, física, social, y simbólica, de aspectos relevantes para la comunidad (Isla, 2003). De hecho, en el mismo decreto que se institucionaliza esta celebración se pone en juego la narrativa de trabajo y sacrificio del ser isleño, al hacer homenaje "al digno esfuerzo de los pobladores de las islas del Delta del Paraná" (Decreto de la Provincia de Buenos Aires, 1937). Se despliegan además múltiples referencias simbólicas de la identidad isleña durante la celebración. Se montan stands que presentan productos de las diversas actividades productivas del Delta, incluyendo dulces elaborados con frutas, canastos de mimbre, y proyectos de apicultura. También se realiza una exposición de registros fotográficos antiguos que remiten a la memoria colectiva de la isla. Estas llaman la atención de los vecinos que se detienen a observar las fotos y a charlar largo y tendido con otros vecinos sobre aquellos tiempos, apelando a recuerdos de su niñez o a relatos orales que les contaron sus padres y abuelos.

Un lugar particular se le da a la forestación, debido a ser hoy en día la actividad principal de la zona donde se lleva a cabo la celebración, y una de las actividades productivas más importantes del Delta. Pero, sobre todo debido a que se trata de una actividad que forma parte de la identidad cultural de “los isleños”, pues como ya he mencionado fue la forestación la que permitió a “los isleños” seguir produciendo y habitando “la isla” luego de la caída de la fruticultura. Esta actividad se ve retratada de manera muy concreta en el concurso de corte de rodajas de álamo con motosierra que tiene lugar en el día del isleño. Pero también es materializada de maneras más sutiles, en la escenificación que se monta en el lugar de la celebración durante ese día en particular. Es frecuente que se disponga en algún lugar visible del predio maquinaria utilizada para la producción forestal. Incluyendo la maquinaria particular del delta que es aquella destinada a transportar la madera a través de los “camino del delta”, sus arroyos y canales. Siempre con una carga de troncos montada en la maquinaria para completar la escena.



Fotografía 23. *Concurso de corte con motosierra, Día del Isleño 2013. Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo.*



Fotografía 24. Maquinaria expuesta en el día del isleño 2013. Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo.



Fotografía 25. Maquinaria expuesta en el día del isleño 2013. Fuente: Fotografía tomada por un miembro del equipo.

El día del isleño se constituye así como un sitio de memoria en el cual se reproducen y se reactualizan diversos elementos que forman parte de la memoria colectiva de “los isleños”. Pero este proceso no se despliega solo de manera simbólica, también lo hace en formas discursivas. En todas las celebraciones se realizan diversos discursos de apertura de parte de autoridades de instituciones locales, y autoridades políticas de diversos niveles jurisdiccionales (municipales, provinciales, y nacionales). Aquí, quiero llamar la atención particularmente sobre los discursos de los primeros, pues es frecuente que la narrativa de sacrificio y esfuerzo isleño del ser isleño sea movilizadora en estos discursos, apelando a los lazos afectivos con el paisaje.

Estos proyectos de continuar la marcha que llevan nos dejaron completamente marginados de cualquier tipo de actividad, tanto forestal como ganadera. Quienes los han elaborado se han olvidado por completo de que existe una gran producción dentro de estas tierras a la cual se dedica la mayoría de sus habitantes, se olvidan de la existencia de pueblos dentro de este valle fluvial, que tiene la base de su economía en la forestación y la ganadería. **Desde hace más de cien años se han dedicado a esto sin haber hecho el menor daño ambiental, todo lo contrario, con esfuerzo y trabajo hemos creado este pulmón verde cuidado y mantenido**²⁶. (Presidente de una Cooperativa, Día del isleño 2013)

Mucha agua ha corrido por estos ríos durante el último año, muchas cosas han ocurrido. **Pero la familia isleña sale delante de una u otra forma, con esfuerzo y sacrificios y cuando lo logra nos llena de alegría.** El esfuerzo conjunto con objetivos en común es el camino para salir adelante. Desde hace década nos vemos en este objetivo común para la región. Desde ese año que estamos inmersos en una ausencia de decisión política para el desarrollo de la región y no ha cambiado la tendencia. (Presidente de una asociación de productores isleños, Día del Isleño 2018)

²⁶ Utilizo negrita en ciertos fragmentos de los habitantes locales para destacar algunos aspectos particulares de su discurso.

He de mencionar que estos discursos tienen un sentido contextual, por los interlocutores a los que están dirigidos. Dada la presencia de diversas autoridades políticas, los discursos del día del isleño forman parte de una estrategia política más amplia, en la que no profundizaré aquí, dado que no ese el objetivo de esta tesis y que ya ha sido abordada por otros miembros del equipo (Straccia, 2018; Straccia et al., 2016). Lo que quiero destacar es que esa estrategia política se apoya en las cuestiones que he analizado hasta aquí, desplegando discursos que retoman elementos distintivos de la forma de ser-en-el-mundo de los isleños. Pues constantemente se apela a la narrativa del esfuerzo, del sacrificio, y de la superación de “la familia isleña”, remitiendo también a los lazos afectivos con el paisaje y al apego y el cariño por la isla. Así, se construye y se recrea la memoria isleña de manera colectiva a partir de experiencias individuales, enfatizando hechos del pasado, y dándoles un valor simbólico. Representaciones del pasado que sirven como marco de interpretación y acción en el presente, en función de lo que se quiere para el devenir de la comunidad, y que son invocadas en el uso político de la identidad isleña (Isla, 2003). En este sentido cabe destacar que la memoria, siempre construida y recreada en el presente, nunca se cristaliza de manera estable, pues no es homogénea, y pueden existir disputas internas en la construcción de la memoria isleña (Isla, 2003; Nora, 1989).

El día del isleño puede ser entendido entonces como un cronotopo, un lugar que fija la memoria de los isleños. Una instancia en la que las biografías particulares se inscriben en la construcción de una memoria colectiva oficial (Isla, 2003), donde se construyen y se transmiten narrativas que dan sentido a la forma de ser isleño. Lugar en el que se comparten de manera colectiva los sentimientos de arraigo y cariño por la isla, propias de las formas de ser-en-el-mundo de los isleños. Características emocionales y afectivas que debemos reconocer, pero que no debemos romantizar inocentemente. Pues, la reconstrucción del pasado, el énfasis en ciertos recuerdos, y los silencios de ciertos olvidos, está estrechamente vinculada con la construcción de la identidad, y sus usos políticos (Isla, 2003).

Conclusiones del capítulo

A lo largo de este capítulo hemos visto como la memoria isleña sedimenta en los lugares materiales y no materiales de la isla. He dado cuenta de los recuerdos, significados, y emociones que caracterizan a los distintos lugares de “la isla”. Y la manera en que a partir de dichos recuerdos se entrama una narrativa de domesticación de la naturaleza del Delta, que toma como eje el trabajo “duro” y “sacrificado” de “los isleños”. Un trabajo sobre el paisaje que da origen a un arraigo cuya particularidad es que se constituye mediante experiencias de “esfuerzo y sacrificio” en las que se pone en juego el cuerpo. Es decir, estas experiencias de “trabajo sacrificado” en lugar de ser recordadas desde un lugar negativo, son resignificadas por “los isleños” en sus narrativas de vida como una capacidad de superación. De esta manera el esfuerzo y el sacrificio necesarios para habitar la isla, relacionarse con el paisaje, y transformarlo en un lugar habitable, forman parte de la manera de ser de “los isleños”, y matizan sus sentimientos de arraigo en lugar de generar rechazo. Un sentimiento de arraigo por la isla que une a los isleños más allá de las características heterogéneas del colectivo, en una manera de ser-en-el-mundo que se caracteriza por la gesta heroica de salir adelante, y de lograr habitar un lugar tan inhóspito como bello.

He analizado también la manera en que la memoria se ancla en sitios no materiales, ritualizándose en eventos y celebraciones como el Día del Isleño, y las particularidades de esta celebración que condensa la memoria colectiva de “los isleños”. Cabe destacar también, aunque no haya realizado un análisis profundo aquí sobre esta cuestión, el vínculo existente entre los sentimientos de arraigo anclados en el paisaje de “la isla” y los usos políticos de la identidad isleña. Los discursos que suelen tener lugar en esta celebración dan cuenta de esto, pero también pueden encontrarse estos vínculos en distintos ámbitos y bajo distintas estrategias y disputas políticas (Straccia, 2018).

También hemos visto a lo largo de este capítulo que en la narrativa que los isleños entraman a partir de las memorias sedimentadas en los lugares de “la isla”, pueden encontrarse hitos paisajísticos como la llegada al INTA, el cruce a Otamendi, y el primer

camino de “los isleños” que salía a ruta 12. Estos hitos no solo marcan un antes y un después en el devenir de “los isleños” y su paisaje, también condensan fuertemente los sentimientos de arraigo al exaltar momentos de gran esfuerzo y sacrificio. Ahora bien, en contraste con estos hitos, donde los isleños han transformado fuertemente el paisaje mediante sus hazañas y esfuerzo, podemos encontrar otros de carácter opuesto. Hitos donde también se exalta el esfuerzo y el sacrificio, pero donde el motor del acontecimiento no proviene del accionar de las personas sobre el paisaje, sino del paisaje mismo sobre las personas, es en este sentido que “las mareas extraordinarias” se constituyen como hitos. Debido al fuerte impacto que han tenido en la vida isleña, a las dificultades para sostenerse en la isla a pesar de la inundación, y al esfuerzo para recuperarse tras haberlo perdido todo, estos eventos de desastre también condensan fuertes emociones, y exaltan la narrativa de sacrificio y esfuerzo isleño. A continuación, analizaremos las memorias, las emociones y los sentimientos que se desprenden de las experiencias vividas en estos eventos.

Capítulo 5. Saber vivir con las inundaciones²⁷

En este capítulo profundizaré en las formas en que “los isleños” se relacionan con su paisaje, mediante un análisis centrado en las maneras en que experimentan y recuerdan las inundaciones. Como hemos visto en los capítulos anteriores, dadas las características del Delta del Paraná, el agua en sus distintas manifestaciones tiene un lugar central en la relación que los isleños de la Zona Núcleo Forestal han entablado con el paisaje que habitan. En las secciones anteriores, ha emergido este hecho principalmente en como el agua condiciona las actividades productivas, la movilidad interna en “la isla”, la conexión con el continente, y otros aspectos de la vida cotidiana. Sin embargo, el agua se manifiesta de una manera muy particular mediante las inundaciones, o como las denominan los isleños “las mareas”.

Las mareas en la isla

El Delta del Río Paraná está caracterizado por un complejo régimen hidrológico, el cual se ve influenciado por un lado por el escurrimiento norte sur del río Paraná, y por el otro por las crecientes provenientes del Río de la Plata denominadas sudestadas (Kandus y Minotti, 2010), presentando frecuentes inundaciones. Éstas pueden ser de dos tipos: las ordinarias, cuya recurrencia es relativamente predecible y no son tan disruptivas; y las extraordinarias, cuya frecuencia es impredecible y modifican significativamente el ritmo de la vida cotidiana. En lo que respecta a la sección del Delta Inferior, en la cual se encuentra la Zona Núcleo Forestal, influye particularmente el hecho de que es la más cercana a la desembocadura del estuario del Río de la Plata. Por lo que actúa como un área de almacenamiento de las crecidas del río Paraná, y presenta mayores niveles de inundación durante las sudestadas, en comparación con las otras secciones (Re et al., 2015).

²⁷ Un primer análisis de esta temática fue realizado en el equipo de investigación por Pizarro et al. (2018). Este capítulo retoma dicho trabajo y aporta nuevo material de campo, para articular un nuevo análisis sobre la relación con el paisaje y la memoria isleña, dentro del marco teórico y el objetivo de esta tesis.

En este sentido, uno de los aspectos que es remarcado como idiosincrático de “los isleños” es su conocimiento de “las mareas”, tal como denominan tanto a las inundaciones ordinarias como a las extraordinarias. Sin embargo, existe una diferencia entre “las mareas” ordinarias y las extraordinarias. Dada la ciclicidad de “las mareas” ordinarias y su bajo impacto, estas forman parte de la vida cotidiana en las islas, integran su ritmo de vida, y pertenecen a las condiciones a las cuales “los isleños” señalan que “hay que adaptarse”, ya que forman parte de la dinámica del paisaje. Los lugareños se jactan de saber cómo sobrellevar estas inundaciones porque, según dicen, “están acostumbrados” ya que suceden periódicamente y “saben cómo actuar” en dichas circunstancias. Sostienen que a diferencia de aquellos que vienen de afuera, “los isleños conocen la isla” y saben cómo preparar el terreno para dejar “entrar y salir el agua” durante estas “mareas” cotidianas. Y que saben darse cuenta cuando “va a venir la marea”, porque “a través de tantos años uno ya lo percibe cuanto está viniendo”. Lo que les permite la mayoría de las veces anticiparse a las complicaciones cotidianas que pueda traer, y evitar mayores dificultades. En este sentido, la experiencia de “los isleños” con las inundaciones ordinarias puede considerarse como parte de un bagaje de conocimientos corporizados sobre el paisaje. Como sostiene Ingold y Kurttila (2000), conocer un paisaje es un proceso multisensorial pues, el entorno que nos rodea se percibe con todo el cuerpo, y esta percepción se desarrolla en la repetición cotidiana al habitar un lugar. Así, mediante la rutina, y las actividades cotidianas “los isleños” habrían aprendido a percibir el paisaje, y a entender corporalmente de una manera más tácita que explícita, aquellas señales que anticipan “las mareas” más cotidianas. Creo que conocer más en profundidad la manera en que “los isleños” manifiestan un saber corporizado del paisaje en sus prácticas cotidianas, puede ser sumamente interesante. Sin embargo, el objetivo principal de este capítulo será trabajar sobre las inundaciones extraordinarias, la memoria social sobre estos eventos, y la forma en que “los isleños” le dan sentido a las “grandes mareas” en el presente.

A diferencia de las inundaciones ordinarias, las extraordinarias, sobre todo las de mayor impacto, son definidas por “los isleños” como “catástrofes naturales”. Si bien tienen cierto carácter cíclico debido a que se repiten cada cierta cantidad de años, no tienen un

ritmo regular y su duración e intensidad no resultan previsibles, por lo que no es posible saber de manera anticipada sus efectos e impactos. Estas características hacen que estos eventos inusuales se configuren más bien como un desastre, en el sentido de que son eventos de un impacto tal que interrumpen por completo la dinámica de la vida social de quienes lo sufren (Ullberg, 2013)²⁸. Al interrumpir la cotidianeidad estos eventos suelen ser individualizados e identificados de manera singular en los relatos de “los isleños”. Es más, cada vez que se refieren a algún acontecimiento del pasado lo ubican cronológicamente vinculándolo con alguna “marea” extraordinaria y explicando cómo esta incidió en el mismo. De este modo, las “grandes mareas” constituyen el organizador de sus relatos del pasado, de sus preocupaciones sobre el presente y de sus proyecciones sobre el futuro. En este sentido, “la marea del ‘59” y “la del ‘83” son las más mencionadas y se las vincula con dos clivajes sumamente significativos en las formas de vida y de trabajo locales: el pasaje del “Delta Frutícola” al “Delta de la forestación temprana”, y el pasaje de este al “Delta de la forestación moderna”, respectivamente. Es decir, estos hitos ponen en evidencia el pasaje de una producción familiar diversificada (fruticultura, horticultura, mimbre, animales de granja, forestación) al monocultivo intensivo de salicáceas y la posterior intensificación en el uso de diques de gran altura. Así como el crecimiento de la brecha entre los pequeños y los grandes productores, el “despoblamiento” de la isla y la pérdida de servicios sociales tales como salud, educación, transporte y recreación, que animaban la vida local.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que los efectos de un evento de desastre no dependen solo de la peligrosidad del fenómeno natural en sí, sino que también se debe tener en cuenta la vulnerabilidad de la población (Natenzon, 1998). La cual no es una característica absoluta o estática de una población, sino que resulta de un proceso complejo, dinámico y cambiante que determina el grado de exposición de una población a la ocurrencia de un desastre y las posibilidades de anticiparse y recuperarse. Es decir, deben

²⁸ Los autores Oliver-Smith y Hoffman (2002; en Ullberg, 2013) definen desastre de manera más completa cómo: un proceso/evento en el que se combinan una fuerza (o agente) del entorno natural (o creado) potencialmente destructiva y una población en condición de vulnerabilidad social y económica. Resultando en una interrupción de la satisfacción de las necesidades individuales y sociales para la supervivencia física, y para el mantenimiento del orden y el sentido social (traducción propia).

tenerse en cuenta los procesos económicos y sociales que crean condiciones de vulnerabilidad humana (Castro, 2013). Ya que la configuración del riesgo y de la vulnerabilidad suele ser mayor para algunos grupos humanos, y los impactos suelen tener un carácter selectivo, de acuerdo con la configuración de las desigualdades sociales de clase, género y etnicidad, entre otras.

En este sentido, a continuación, analizaré los relatos en torno a “las mareas del ´59 y del ´83”. El impacto que estos eventos han tenido en la vida de “los isleños”, teniendo en cuenta las diferencias sociales y económicas de los habitantes locales. Las formas en las que el impacto de estas “mareas” han modificado la relación de “los isleños” con su paisaje, teniendo en cuenta las emociones, el sentimiento de arraigo, y los lazos afectivos con “la isla”. Y la manera en que se les da sentido a estas “mareas” en la memoria de “los isleños”, una memoria hecha cuerpo y anclada en el paisaje de “la isla”(Cano Suñen, 2015; Krause et al., 2012; Tilley y Cameron-Daum, 2017). Que tiene lugar en el presente a través de una práctica narrativa en relatos orales que se transmiten dentro de la familia y entre vecinos, a los que hemos accedido en entrevistas etnográficas y charlas informales. Es decir, a pesar de constituirse como hitos para “los isleños”, no existe una práctica ritualizada para recordar estos eventos. La memoria de “las mareas” se despliega en una práctica de transmisión oral más informal, un conjunto de relatos a través de los que se constituye la subjetividad de “los isleños”, su identidad, sus lugares de vida, y el paisaje de “la isla” (Ullberg, 2013).

Memorias de las mareas – La marea del ´59

Hasta “la marea del ´59” la única “marea importante” registrada y recordada por “los isleños” databa del año 1940. Si bien esta “marea del ´40” inundó las islas, pocos isleños la mencionan al hablar de “las mareas importantes”, pues su intensidad y su corta duración no alcanzo a repercutir negativamente de un modo marcado sobre los estilos de vida y producción locales. Generalmente es mencionada por “los isleños” como punto de comparación para “la marea del 59”, pues existía una convicción local de que “más alta que la del ´40 no venía”. En este sentido, un isleño nos contó que su abuelo “vivió la marea del

'40", y en función de esta condicionó la altura de la segunda casa que construyó en su terreno para sus hijos.

El abuelo dijo "bueno, yo voy a mirar bien, y vamos a hacerla 20 centímetros más alto que la marea del '40" [en referencia al alteo para la construcción de la casa]. La marea del '40 era una novedad, entonces la hizo 20 centímetros más alto. Vino la del '59 y le puso el agua por acá, por las rodillas. "Y la que lo parió!" ... Pobre viejo. (Marcos)

De esta manera "la marea del '59" se presentaba como algo nunca visto, una inundación sin precedentes en la vida de los isleños, no solo por el bajo impacto de "la del '40", sino porque la mayoría de los isleños de hoy en día no llegaron a vivir aquella primer "gran marea". Por una cuestión de tiempo, la mayoría de los relatos sobre el '40 remite a relatos orales contados por antepasados ya fallecidos, y de allí también que sean pocas las historias de aquella marea que aún son recordadas. Sin embargo, la mayoría llegó a vivir en carne propia "la marea del '59", ya sea como adultos o en su infancia, por lo que los relatos de esta marea son muy numerosos. Así, esta "marea" para muchos isleños "fue la primera en mucho tiempo" por lo que "la gente no sabía lo que era una inundación en esa época". Los mismos isleños señalan que no estaban preparados, porque "en ese momento no había dique, no había nada como hay ahora". El sistema de la época con manejo de agua mediante zanja abierta consistía en que "cuando se inundaba se inundaba, cuando bajaba, bajaba", pero "venía una marea cada veinte años". Por lo que los isleños no disponían de ninguna barrera física que impidiera, obstaculizara o restringiera el ingreso del agua al interior de sus explotaciones.

acá no había diques, no había altura, no había nada, dique se le llama a la altura, y las casas todas estaban a flor de tierra y como acá es todo bajo, entonces como que llegó... el agua subió, pero no subió de a poquito, subió así [rápido]. Cuando quisieron acordarse tenían el agua en el techo, ¿viste? (Alberto)

Esta marea es recordada principalmente por la altura que alcanzo, según muchos isleños se trata de “la marea más alta” que vivieron. Nos contaron que “la marea del 59 levantó hasta 3 metros y pico”, porque “se dieron las tres cosas, la lluvia, la sudestada y la crecida, cuando se te dan esos casos de crecida, ahí es donde se dan los picos [de agua]”. Y destacaron que “fueron quince días de lluvia y viento sudeste con agua de arriba [de la cuenca del río Paraná] que venía” y que “para el lado del río Uruguay, donde Concordia, llegó al despropósito de tener 40 metros, y [en la zona] teníamos entre 4.50 y 4.80 metros”, porque “venía mucha agua de arriba y se armó un gran temporal (...) entonces los niveles fueron de terror”. Debido a estos niveles de altura que alcanzo la marea muchos de los isleños recuerdan la necesidad de buscar refugio en lugares más altos, o incluso tener que vivir en barcos, como recuerda una isleña, “vivíamos en un bote, estaba todo inundado jera un desastre!”. Estas situaciones fueron compartidas por muchos isleños, tal como ilustran los siguientes relatos:

Sí, la del 59 la pasaron todos juntos, mi mamá, con ellas, arriba de un galpón que tenían para frutas. (...) fueron, 3 meses, 4 meses [el total de la inundación]. Pero 15 días estuvo alto, alto (Marcos)

La del 59 yo estaba ahí en Entre Ríos. De golpe cayó un viento del sur... Empezó a crecer y a crecer y nosotros vivíamos en una casa en bajo, pero en terreno muy alto. Lo primero que habíamos puesto eran unas bolsas con arena para que no entrara el agua a la casa. Queee... Entró un metro y medio (...) ¿sabes lo que hicimos en la casa que tenemos? rompimos el cielorraso y metíamos los colchones, todo lo que se mojaba, la ropa, abrimos y lo metimos todo en el cielorraso. (Leandro)

vivimos todos en dos barcos por varios días. Habremos estado allí tres días, porque realmente se fue enseguida el agua. Pero la macana fue que el agua subió muy rápido, así de una, nunca vi nada igual, otras veces habíamos tenido agua, pero como que te iba dando tiempo, pero ese día no. Yo tenía 11 años y venía el agua, nunca había entrado dentro de la casa, decían que en 1940 había habido una inundación, pero nunca había entrado. (Sofía)



Fotografía 26. Isleños viviendo en lanchas durante la inundación de 1959. Fuente: Archivo personal de una isleña.

Como puede verse en el último relato, otro factor de esta marea que es recordado por los isleños es la velocidad con la que subió el agua. Esto generó aún más impactos debido al poco tiempo que tuvieron para reaccionar durante la llegada del agua.

como veían que crecía tan rápido habían puesto esos cajones de fruta abajo de los muebles y nos acostamos a dormir. Vos sabes que iba, iba, iba el agua, primero tapaba una letra, luego otra letra de los cajones, cuando nos quisimos acordar (...) quisimos poner otro cajón abajo, pero con el agua era imposible. Ese día fue tremendo, en otros lugares aguas arriba como Entre Ríos, hasta se ahogaron personas. (Sofía)

yo era bebe en ese entonces, en el 59'. Pero mi mama tuvo no se eh, en una hora tenían el agua 50 cm adentro de la casa. Pero alcanzaron a levantar todo porque en esa época como había tanta fruta, había muchos cajones. Entonces arriba de los cajones, y arriba de la mesa, levantaron la heladera, levantaron todo lo que pudieron. (Romina)



Fotografía 27. *Una casa de la isla durante “la marea del ‘59”.* **Fuente:** *Archivo personal de una isleña.*

Debido a estos factores, y al tiempo que estuvo el agua inundando los terrenos se generaron grandes pérdidas. La Ley 6.098/59 de la Provincia de Buenos Aires, promulgada el 17 de noviembre de 1959, da cuenta de la pérdida productiva en esta época. En la misma, la legislatura provincial aprobó la entrega por parte del poder ejecutivo de 42 mil plantas frutales, provenientes de viveros oficiales para favorecer el proceso de recuperación productiva (Moreira, 2018). En este sentido una isleña recuerda las pérdidas sufridas por su familia, pero sobre todo las emociones del padre al “perderlo todo”. Nos contó que lo que más recordaba de esta situación, no era la pérdida del mimbre en sí, sino cómo su padre “a las 4 de la mañana se levantó y nosotros, lo vimos llorar porque tuvo que vender todo”. Otros, además, de perder la producción de frutales o mimbre, perdieron también animales, principalmente vacas que tenían para el consumo de leche familiar, o como producción ganadera que, aunque en menor medida, ya existía en la zona.

¡Si! Mi suegro por ejemplo perdió más de 200 vacas. Destruyo todo
(Olga)

Cuando la marea del 59, acá atrás, al fondo nuestro, un señor que tenía una quinta del Canal Alem para acá, eh, 500 cabezas se le ahogaron (...) Pero fue de un día para otro, fue de un día para otro la creciente, no dio tiempo a nada ¡nada! ¡500 vacas! (Verónica y Anibal)

Respecto a las pérdidas y los impactos de “la marea”, uno de los aspectos que se desprenden de los relatos que los isleños nos han compartido, es el impacto diferencial que este evento ha tenido en su vida según la posición económica de la familia. Si bien todos han sufrido la marea, algunos pudieron “volver arrancar” y “recuperarse” mientras que otros se quedaron “sin nada” y nunca volvieron a “la isla”. Una vecina recuerda la historia de su suegro, y hace énfasis en estas diferencias sociales:

ellos se siguieron quedando porque la quinta era de ellos y tenían una casa en Campana. Era gente que estaban bien entonces pudieron... pero otros no pudieron aguantar. Ellos perdieron muchísimo, pero aparte tenían dinero y como que pudieron reflotar. Pero otra gente... el pobre... viene un árbol, te lleva la casa, te lleva toda la quinta que tenés, después que haces. Tiene que ir a trabajar a una fábrica. Porque no podes otra vez, pero mis suegros si se pudieron reponer. (Olga)

En este sentido, al igual que la familia de esta vecina, muchos isleños se tuvieron que ir de la isla, abandonando temporalmente su producción, pero sobre todo su hogar. Sin embargo, el tener una casa propia en continente, generalmente en Campana o San Fernando, o bien parientes viviendo allí, les permitió establecerse temporalmente en continente y luego con los recursos restantes “volver a empezar”.

Y bueno después eh... en esa época había muchas lanchas, y entonces mi abuelo tenía una lancha, de esas lanchas grandes así que transportaban fruta, y bueno y ahí estuvimos. En la lancha un día o dos, y después bueno ya mi abuelo tenía casas también en san Fernando, y entonces fueron para allá.

Pero después a los 15, 20 días ya, se terminó todo eso y volvieron. Y a volver a empezar. (Romina)

Otros, como mencione anteriormente, además de sufrir grandes pérdidas tuvieron que vivir en refugios temporales dentro de la isla, ya sea “viviendo en el techo”, “en el altillo”, o teniendo que “vivir sobre un embalsado”²⁹. En este sentido una isleña nos contó cómo la familia de su esposo “vivió en un embalsado” haciendo lo necesario para sobrevivir, y destacó el esfuerzo que hicieron para poder recuperarse:

Lamentablemente una mala pasada de la naturaleza hizo que todo lo logrado con tanto esfuerzo y sacrificio se perdiera cuando en 1959, una inundación los dejó sin nada (...) Cuando quisieron acordarse tenían el agua en el techo. ¿Viste? Y por eso el embalsado, ellos vivían arriba de un embalsado (...) Y ellos vivían ahí arriba y cazaban nutrias y todas esas cosas para poder comer porque no tenían otra cosa. (...) A pesar de la mala experiencia nunca bajaron los brazos y con toda la fuerza volvieron a empezar. (Ana)

Sin embargo, existen isleños a los que su “mejor posición” les permitió superar la inundación sin necesidad de irse temporalmente al continente, y sin tener que buscar refugios donde instalarse durante días. En este sentido un isleño nos remarcó que no abandonó la isla durante esta marea, pues el agua de la inundación no causó tantos daños a su quinta ni a su casa. Esto se debe probablemente a que tenían una mayor altura en el albardón, y a que además contaban con barcos para moverse, y mover la producción durante la inundación. Así su familia no solo pudo sobreponerse a la inundación, sino que además lograron capitalizarse en mayor medida luego de las mismas y hoy en día tienen una empresa familiar dedicada a la producción silvo-pastoril.

En contraste con estos relatos, otros isleños tuvieron que irse a continente y nunca volvieron. Una Isleña nos recuerda que algunos “fruticultores de antes” en “peor posición”

²⁹ “Embalsado” hace referencia a la densa acumulación de camalotes sobre el agua que se produce durante las Inundaciones.

tuvieron que irse. “Mucha gente se tuvo que ir. Mucha gente vendió, y se fueron a trabajar a las fábricas”. Con respecto a esta emigración, otra vecina nos contaba que “se empezó a despoblar y bueno, dejó de funcionar todo. Porque la gente venía a la ciudad a dónde podía (...) y se dedicaba a sobrevivir”. Otra agregó que: “Por ejemplo, acá en Campana se radicó la fábrica Techint. Y mucha gente que por la inundación vino acá, consiguió trabajo, y no volvió”. Así, tras “la marea del ‘59” muchos isleños que se quedaron sin nada y consiguieron trabajo en Campana y San Fernando, no pudieron volver. Entre ellos se menciona frecuentemente la decisión de vender su quinta para quedarse en continente con mucha angustia. Ya que, si bien vieron una salida económica en la venta de sus terrenos a otros productores en “mejor posición”, gran parte de la decisión se veía influenciada por el sacrificio que implicaría intentar comenzar de nuevo. A lo que se suma el haberlo perdido todo, y el temor de tener que volver a pasar por dicha situación en una nueva marea. Pues “la marea del 59” y sus grandes impactos también dejaron una marca en la vida de los isleños de manera tal que se instaló la idea de que dichos eventos eran una posibilidad, condicionando las perspectivas futuras de “los isleños”.

En nuestros recorridos de campo, tuvimos la oportunidad de entablar conversación con algunos isleños que actualmente viven en la ciudad de Campana. Allí, uno de los “fruticultores de antes” que “abandonó la isla” nos contó que vivió en la isla hasta que en 1959 “vino la marea y nos dejó en la vía. Se nos secaron todas las plantaciones de frutales, de madera, todo. Y desde ese entonces me vine para la ciudad de Campana (...) la marea lo llevó todo”. De todas formas, este isleño no vendió su quinta. Mientras vivía en Campana y trabajaba en una fábrica, continuó “plantando” con la idea de volver, pero hoy en día sostiene que “ya dejé todo. Las quintas están ahí. A [la casa] me la quemaron. La otra que tenía en el arroyo, que me crié yo, era todo de material, me la desarmaron todo”. Respecto a estos eventos, algunas personas nos comentaron que son algunos de los mecanismos empleados por quienes pretenden adueñarse de tierras para presionar a los pequeños productores a vender sus tierras o a abandonarlas.

Además de los impactos que sufrieron los isleños individualmente, condicionados por su posición social y económica. “La marea del ‘59” dejó una marca en la memoria social

debido al impacto colectivo que tuvo en toda la producción de la región. Muchos coinciden en asociar esta marea con el punto de inflexión entre el Delta Frutícola, y el Delta Forestal. Pues en esta marea se marca el comienzo del pasaje de aquella producción familiar en pequeñas quintas dedicadas a la fruticultura, hacia un modelo basado en la producción forestal, concentrada particularmente en el monocultivo de sauces y álamos. A lo que se suma el consecuente crecimiento de la brecha entre los pequeños y grandes productores, el “despoblamiento” de la isla y la disminución de la calidad de los servicios sociales tales como salud, educación, transporte y recreación, que animaban la vida local.

Luego de esta inundación la producción de la fruta y verduras decayó mucho, sobre todo de la fruta, mi papa que tenía madera, empezó a cortar madera y comenzó a poner más, porque ya de la fruta quedaron unas pocas plantas, no muchas, después en ese tiempo le habían dado ¿Viste? como un crédito a los inundados, entonces los habían puesto, no sé, creo que a plazo fijo, algo así, como que todos los meses sacaba algo de lo que le había dado el gobierno, entonces como que se iba tirando de esa manera. (Sofía)

Pero el fin de la fruticultura como actividad principal, sin bien encuentra un punto de clivaje en las grandes pérdidas que generó “la marea del 59”, es un proceso que estuvo asociado a numerosos factores sociales, económicos y ambientales. De hecho, en lo que respecta a factores ambientales, se encuentran diversas opiniones, y algunos señalan que el mayor daño no fue “la marea del ’59”, sino “la marea y las heladas del ’66”. Pero en general coinciden que más allá de estos impactos, lo que realmente imposibilitó la recuperación del Delta Frutícola, fueron las condiciones económicas. Como he señalado en los capítulos anteriores, las desventajas de la “fruta de la isla”, frente a las nuevas regiones frutícolas en continente que tenían acceso a rutas y transporte terrestre, dejaron al Delta en condiciones en las que era imposible competir en el mercado.

y sí, hicieron daño, las del ’59. Pero lo que más hizo daño no fueron las inundaciones, sino las grandes heladas del año ’66, acá no está preparado para 5 o 6 grados bajo cero. Acá se juntaron dos o tres heladas en el ’66. Cayó una, pasó el día, había un tanto así, se escarchó, ¿viste? Vino la otra le cayó

encima, y así sucesivamente dos o tres días. Y cuando ello se levantó, ¿viste? Que se derritió, las plantas que todavía estaban verdes puf, naranjas, todo, limones, todo, quedo como que le habían echado herbicida o le habían arrimado fuego, no quedó ni una planta. Eso fue lo que exterminó la fruta. Y lo otro, fue que cuando vieron el negocio de la fruta o lo que sea, que realmente servía, lo llevaron para el lado del continente, como ser la zona de San Pedro, Lima, Baradero, (Cesar)

ER: Y en el 59 también hubo una marea grande ¿no?

EO: Pero no duró tanto. Entonces las plantaciones aguantaron.

ER: ¿y después no se pudo volver a hacer fruta?

EO: Y no porque el mercado no daba. Hoy en día, usted va a comprar fruta es muy cara. Pero la va a vender, no es rentable. En ese entonces, 1 canasto de ciruela, 1 canasto de durazno bueno, 1 canasto de manzana buena, 1 canasto de pera buena era 1 jornal de 1 persona. Para nosotros era rentable. (Intercambio con Gustavo)

De esta manera, “hubo un quiebre porque los fruticultores locales no podían competir en el mercado de frutas del continente y el estado comenzó a promover la plantación de forestales en 1970”. Así, muchos isleños que lo habían “perdido todo” y “con esfuerzo y sacrificio” volvieron a comenzar, decidieron producir salicáceas aprovechando los estímulos estatales para la actividad forestal. El fomento estatal de la forestación, la experiencia local previa de los isleños que “ya hacían madera”, y la mayor tolerancia de estas a las condiciones de anegamiento, comenzaron a delinear un nuevo rumbo para la producción y las prácticas de manejo de agua de la zona, que luego se intensificaría con “la marea del ‘83”.

Memorias de las mareas – La marea del ‘83

Mientras “la marea del ‘59” es recordada por ser “la más alta”, “la marea del ‘83” quedo en la memoria de los isleños como “la más larga”. Una creciente del Río Paraná se prolongó por más de un año entre 1982 y 1983, dejando prácticamente todo el Delta

Inferior “bajo el agua” durante meses. Un isleño nos comentaba las características de esta “marea milenaria”, comparándola con las anteriores:

Esto no es que viene cada tanto. Antes... mira, mis abuelos cuando vinieron acá en el año '19, entre el '19 y el '22, vivieron una sola marea, la de 1940. Y yo desde que vine acá, llevo entre 14 y 15 mareas entre las de arriba y las de abajo³⁰. Te doy más o menos las que han hecho más desastres acá en el Delta, en el '59, que vino de sudestada, agarró el Uruguay y el Paraná juntos. Y después la milenaria, que es la del '83, agarró todo parte de Brasil y el sur de Colombia y vino a parar acá al río de la Plata. Esa empezó en noviembre del '82 y terminó en septiembre del '83. Esa fue terrible. Pasaba y pasaba agua. Había muchos isleños que pensábamos que el Delta iba a quedar así para siempre (Cesar)

Así, todos “los isleños” concuerdan que esta marea a diferencia de “la del '59”, “venía de arriba” y que no tuvo influencia del Río de La Plata por sudestada, por lo que resultó en una altura menor del agua. Pero a pesar de esto, y de que “crecía muuuy lenta”, la duración fue tal que todos consideran que “fue la que más desastre hizo”. Un isleño señaló que “La marea del '83 fue la que más mató, porque secó todo. Estuvo mucho tiempo la marea, entonces mucha gente se fue y dejó las quintas. No había forma de vivir”.

La duración de esta “marea” entonces, ahogó a los árboles de “la isla” y arruinó prácticamente todas las plantaciones que se vieron afectadas por la inundación. Un isleño cuenta que “se aguantó cómo se pudo”, y que la mayoría se apoyaron en la ayuda de “la familia desde el continente”, y en lo que “en parte” asistió “el gobierno, con víveres y todo ese tipo de cosas”. Pero señala que “de lo que perdiste en producción, que se han perdido muchísimas plantaciones, frutales, animales, todo eso, corrió por cuenta y riesgo del isleño”. Y que si se logró seguir adelante fue porque los isleños “alcanzamos a sobrevivir con la ayuda de la familia y de hacer otra cosa”.

³⁰ Este “arriba y abajo” refiere a las inundaciones causadas por lluvias y/o un aumento del cauce debido a liberación de aguas de parte de represas en el norte de la región, o por sudestadas desde el Río de la Plata, respectivamente.

Una de las estrategias que emplearon los isleños “para salir adelante” fue aprovechar lo que se podía de las plantaciones que se encontraban bajo el agua. A diferencia de “la del ´59”, que fue de golpe y alta y que “se llevó todo”, “la del ´83” al ser lenta y baja, les permitía a los isleños que tenían alguna embarcación transitar los campos. Entonces, los que pudieron, se organizaron para “cortar troncos desde un barco”.

...la quinta, estaba llena, había dos metros de agua o más, entonces ¿qué hacían?, tenían una balsa hecha ya de antes de que viniera esa marea para cruzar el río porque tenían propiedades del otro lado, entonces ponían el tractor arriba de esa balsa (...) se acercaban a un árbol de álamo, medían dos metros, agarraban la motosierra, y cortaban esos dos metros, porque no podían cortar debajo del agua. ¿Pero por qué medían de dos metros? Porque la medida del álamo estaba a dos metros, dos metros diez. Entonces, pensando de poder aprovechar ese tronco que quedaba debajo del agua (...) cortaban el árbol, lo tiraban arriba de esa balsa porque al agua no lo podían tirar y entonces lo cortaban a medida y hacían pequeñas embarcaciones. Una vez a la semana cargaban, llevaban y vendían esa madera, que es de lo que se vivió durante todo un año, porque no había otra alternativa. (Ana)

El isleño siempre tuvo reserva, y se la aguantó. Y como el agua estaba alta, para poder cortar madera, después eso es cuestión de imaginar. ¿Qué hicimos? Hicimos una medida que llegaba abajo, ¿no? Para no perder el tronco. Lo cortábamos a una medida que cuando bajara el agua el trozo que quedaba abajo sirviera, y el resto, habíamos hecho pontones, tirábamos el árbol sobre pontones y lo íbamos trozando y lo sacábamos para la costa. Así sobrevivió el isleño. (Cesar)

Esta hazaña de “cortar troncos desde un barco”, y “rebuscársela” para salir adelante a pulmón es compartida por “los isleños” como parte de la memoria social que apela nuevamente a una narrativa de esfuerzo y sacrificio. Características que serían idiosincráticas de “los isleños” incluso en las peores situaciones.

Pero el impacto no se limitó solo a la producción forestal. Al igual que “la marea del ‘59” esta marea es considerada “un desastre” por el impacto general en todas las producciones, y la irrupción en la vida cotidiana de los isleños que vieron inundados tanto sus campos como sus casas, escuelas y todo ámbito de encuentro social. Una isleña recuerda el impacto generalizado en las forestaciones, en la hacienda, en su casa y en la vida cotidiana de su familia que tuvo que dejar la isla durante un año.

Bueno, la hacienda, que había mucha hacienda se sacó toda a Campana, se tuvo que arrendar un campo. Después sí, se perdió muchísima madera porque se secó todo ¡Tractores, maquinarias, vehículos! Todo se fue llevando, lo llevamos todo a la ciudad. La mayoría llevo todo lo que pudo llevar y si no, si había lomas, se ponían ahí (...) A mí mamá se le había inundado la casa ya hacía como un mes. Se fue a la casa de mi abuela que era un poquito más alta. A los 4, 5 días se le inundó la casa de mi abuela. Después se vinieron para acá. (...) Y un día yo me levanto, a la mañana preparo la mamadera al bebe, y había agua en la cocina (...) entraba por alguna fisurita, alguna filtración que nunca la pudimos encontrar (...) Igual ya ese día habíamos decidido a irnos con un barco que mi papá tenía grande de llevar madera. Cargamos los muebles por la ventana, sacamos los muebles del dormitorio, el comedor, heladera, cocina, todo lo que pudimos llevar nos llevamos, mi mamá y mi papá también se llevaban cosas, mi hermana también se llevaba todo, y bueno, fuimos a San Fernando. Mi papá justo había comprado una casa, porque ya veíamos que era como que íbamos a tener que estar allá. Y vivimos hasta el año siguiente, hasta el 84’ estuvimos allá. Acá los padres de él [su marido] se quedaron en un altillo porque la casa de los padres también estaba todo bajo agua. En un galpón hicieron un altillo como un departamentito y pasaron toda la marea ahí arriba. Y todos los días mi suegro venía con la canoa acá a la casa y con un tacho de 20 litros sacaba agua todos los días. Como achicar una canoa o sacarle el agua a una lancha, todos los días venía, entonces así no se nos arruina nada porque no era gran

cantidad de agua que había. Pero ellos se quedaron toda la inundación.
(Romina)

En el mismo sentido una isleña recuerda su experiencia de “la marea del ‘83”, relata la manera en que se tuvo que ir con sus hijos mientras su marido se quedó en “la isla” para cuidar la casa. Y hace énfasis, sobre todo en su regreso, y en sus sentimientos de arraigo como isleña.

la del ‘83 estuvo así, acá adentro, ¿viste? Mi marido se hizo un boquete, un rectángulo en el techo, porque esos techos de allá son de madera y subimos con aparejo todos los placares. ¿Sabes la que es? Desocupar todos los placares y subirlos. Mi marido se armó una cama allá arriba para cuidar. (...) Y después se puso la cosa medio fea y me fui a la casa de mi mamá [en la parte continental de San Fernando]. [Mis hijos] fueron un mes a la escuela de San Fernando, y después nos vinimos (...) el tema es que la plantación no aguanta (...) Se perdieron toneladas y toneladas de madera, hubo que cortarla y volver a empezar de cero (...) Así que bueno, tiene como todo sus cosas lindas y sus partes feas, ¿no? Pero bueno, yo me crie acá, y hasta que me muera me voy a quedar acá. Y sí, uno esto lo quiere de corazón, ¿viste? (Inés)



Fotografía 28. Marca en la pared de una casa de la altura que alcanzó el agua durante la inundación. Fuente: Fotografía tomada por un isleño.

La irrupción de la vida cotidiana fue generalizada y el impacto fue tal, que algunas anécdotas de la vida en esta “marea” son recordadas por todos “los isleños”. Una isleña que trabajaba en una de las escuelas de “la isla” y que se refugió allí durante la inundación, recordaba que en un principio tuvieron que hacer pasarelas para que se pudiera acceder desde las lanchas directo a la planta alta. “En la del ´83 estuvimos viviendo en lo que es el jardín ahora de la escuela (...) yo era tesorera, entonces nos rebuscábamos (...) y ahí se empezaron a dar clases, pero claro cada vez crecía más y entonces nos quedaba poco espacio (...) abajo estaba todo inundado”. Luego “dieron clase unos meses en lo que es el recreo Blondeau, en el salón, pero después se inundó, quedó poco espacio, y vino el barco (...) habíamos hecho una nota y nos mandaron un barco en el ´83”. Esta historia es recordada por muchos, así como la de “los isleños que se casaron bajo el agua”, porque un vecino “se casó con los tablonces, bajo el agua digamos. Porque estaba acordada la boda y bueno, no se pudo cancelar. Así que quedo en la historia”.



***Fotografía 29. El recreo Blondeau durante “la marea del ‘83” (arriba) y “la marea del ‘98” (abajo).
Fuente: Fotografías colgadas en el almacén del recreo Blondeau.***

Ahora bien, una de las cosas que podemos ver en los relatos que he analizado hasta el momento en torno a esta “marea del ‘83” es que son todos de isleños que aún siguen viviendo en la isla. Y que parte de las experiencias vividas y de las estrategias que les permitieron “salir adelante”, incluyen alguna embarcación para moverse en el agua durante el periodo que la isla estuvo inundada, y/o algún lugar donde instalarse temporalmente en el continente, ya sea una vivienda propia, o la casa de algún familiar. Experiencias en las que las redes de parentesco y la solidaridad entre familiares e isleños les permitió recuperarse y “salir adelante. Esto deja en evidencia nuevamente que, si bien estos eventos quedaron en la memoria colectiva como “un desastre” generalizado, el impacto en la vida de los isleños fue diverso, debido al carácter heterogéneo de la vulnerabilidad (Natenzon, 1998). Pues tanto la vivienda en continente, como la embarcación, y el hecho de contar, o no, con un dique que ataje el agua, formaron parte de las condiciones diferenciales que algunos isleños tuvieron para sobrellevar la “marea”. En este sentido uno de estos isleños,

que hoy en día es un productor familiar capitalizado, y sigue habitando la isla, señaló durante una entrevista la vulnerabilidad de los habitantes con menos recursos. “Fue muy larga, entonces todo lo que se perdió, la gente que tenía quintas chicas, campos chicos, que tenía poca forestación o que tenía poca hacienda, perdieron todo”. Mientras que otro isleño destacó la ventaja de aquellos que ya en esa época tenían diques “Claro en el 83 no había ninguna, bah había algunas quintas de gente más pudientes que por ahí tenían resguardos, como te dije, diques y eso”.

En este sentido, un pequeño productor familiar contó que logró ... sobrevivir con la ayuda de la familia y de “hacer otra cosa (...) en el '83, (...) porque del sur de Entre Ríos (...) había dos metros, dos ochenta de agua. Y la ruta estaba toda cortada, desde acá desde Ceibas para allá, y para acá también, para el puente Paranácito, estaba todo cortado (...) Yo en ese entonces estaba trabajando en la celulosa Jujuy, de San Pedro, y yo sabía que iba a bajar el agua”. Si bien logró permanecer en el sistema productivo no pudo continuar viviendo en la isla y debió apelar a la multiocupación. Hoy vive nuevamente en la isla y trabaja junto con su esposa en su quinta, sin embargo, algunos vecinos que tuvieron que abandonar la isla no pudieron regresar, “Yo me fui en el año '83 porque si no acá me ahogaba con mis hijos y mi señora, y la prefectura ni apareció”, recuerda un isleño. Mientras que otro agrega que “marea tras marea se fue yendo la gente, mucha gente no volvió”. En el mismo sentido una isleña que actualmente no vive en la isla pero que mantiene su campo en producción nos contaba que:

... en la inundación del '82 y '83 tuvimos varias veces el agua adentro de la casa y mi papá [no quería] irse de la isla. Él decía que no, que se iba a pasar. Y no, llegó un punto, en que vio que el agua lo superó (...) y entonces se fue para Campana [junto con su madre, ella estaba viviendo en Campana con su abuela. Su padre] entró a trabajar como amarrador de barcas en el puerto. Y después entró en una fábrica, y cuando entró a la fábrica, dijo “bueno, armen el contrato por tres meses” [porque pensaba que volvería a la isla. No quería trabajar] en una relación de dependencia. **“yo quiero la libertad, el aire, la naturaleza, quiero ir a trabajar allá, quiero ir a mi**

quinta". [Pero] el agua, nueve meses la tuvimos en la casa. Así que mi papá siguió trabajando en la fábrica. (...) Y se quedó finalmente. Pero no perdimos (...) el estar trabajando la quinta y el tener la quinta. Ahora vamos y venimos y la seguimos trabajando. (Mirta)

Vemos aquí nuevamente que "perderlo todo" no es perder la producción, es perder un hogar, perder el anclaje al lugar de vida, a aquella "quinta" lograda a fuerza de trabajo. Una pérdida que para muchos implica una pérdida de identidad y de arraigo al paisaje. Pero que, en el caso de otros como esta isleña y su familia, es una experiencia que, a pesar del desplazamiento a la ciudad, no implica un desarraigo. Pues, incluso habiéndose mudado a la ciudad su padre primero y luego ella siguieron con la intención de volver a "la isla" "a trabajar allá". A un paisaje que los ha marcado y conmovido dejando en ellos un arraigo identitario que ha perdurado incluso luego de su desplazamiento forzado por "la marea".

En contraste con estos isleños que se tuvieron que ir y no pudieron volver, una isleña cuya familia tuvo una trayectoria de empresarialización, y que hoy se constituyen como una empresa familiar, nos contó que el primer barco de la flota que poseen actualmente para trasladar madera se hizo "un poquito antes de la marea del '83". Esto se presentó como un factor clave en su trayectoria, debido a que "vino regio (...) porque pudieron entrar con ese barco a los [campos de los productores] chicos [porque estaba el agua alta]", y pudieron sacar madera de todas partes. "Acá perdíamos plata [porque el agua estaba secando sus plantaciones] pero ganábamos con el barco en otro lado, y entonces nos fue bastante bien". En el mismo sentido su nieto agregó que hasta "principios de los '80 era una actividad familiar, no era una empresa", remarcando así que la manera en que pudieron sortear "la marea del '83" y aprovechar la situación fue clave en su proceso de capitalización. Pues en los años siguientes la familia expandió sus campos y su flota, a la vez que puso un aserradero.

En este sentido también podemos encontrar diferencias en la forma afectiva en la que recuerdan este evento ya que debido a que esa familia tenía "una buena posición", pudieron permanecer en la isla durante la inundación sin mayores dificultades. A diferencia de los isleños a los que me he referido anteriormente, esta isleña recordó su experiencia

sin angustia, y dijo de manera anecdótica y entre risas que “bueno, andábamos paseando en canoa”. A lo que su nieto agregó en el mismo tono que “los barcos que vienen de Tigre pasaban por acá arriba, navegando”, refiriéndose a la tierra que bordea la casa familiar. Y destacó que el agua estuvo aproximadamente “80 cm debajo de la casa”, y que estaba construida en alto sobre palos clavados en la tierra, como es común en la arquitectura isleña.

Estos relatos no dan cuenta solo de las diferencias sociales y económicas que se relacionan con la vulnerabilidad de los isleños a la inundación, y en su capacidad de recuperarse luego del desastre. También son un ejemplo de algunos de los procesos que tras “la marea del ’83” llevaron a la intensificación y expansión de la producción de salicáceas de la zona. Proceso que conllevó una diferenciación y movilización socioeconómica que, como ya he mencionado, dio lugar a la coexistencia de pequeños productores, productores familiares capitalizados, empresas familiares y empresas agroforestales agroindustriales (Pizarro et al., 2018). Y que muchos isleños concuerdan en que se vio favorecido por la influencia de “la marea del ’83”.

En este sentido un isleño remarcó que tras el ’83 “No había forma de vivir, y otros entonces se empezaron a aprovechar. Porque [las tierras de] la isla se entregó sin títulos [de propiedad]. Hace doscientos años se empezó a poblar. Entonces eran fiscales las islas. Venían y se entregaban, en esa época (...) [entre los vecinos] estaba la palabra y no se iba a hacer una escritura”. Como este isleño, otro tantos señalan que existieron diversos mecanismos de parte de aquellos que lograron capitalizarse, y que incluyeron préstamos a medianos y pequeños productores, quienes al no poder saldar sus deudas debieron cederles sus campos. Estos mecanismos de extorsión, y aquellos señalados en la sección anterior durante “la marea del ’59”, dan cuenta de lo que señala Castro (2013), quien plantea que los desastres suelen ser escenarios que visibilizan fuertemente las tensiones sociales propias de un tiempo y lugar. Y que estos eventos pueden ser utilizados política y económicamente por grupos hegemónicos o aquellos que buscan mejorar su posición social.

Como ya he mencionado, luego de esta “marea del ‘83” se intensificó el modelo productivo basado en el monocultivo de salicáceas, y se expandió el manejo de agua mediante la construcción de diques de gran altura y la utilización de bombas dando lugar a lo que denomine “El delta de la Forestación Moderna” en el capítulo 3. Lo que cabe preguntarse aquí, es si la expansión de estos endicamientos solo encuentra una explicación económica y productiva, o si constituye más bien, otra respuesta de la experiencia isleña con “las mareas”. Creo que debemos considerar la manera en que las grandes inundaciones han condicionado siempre toda práctica de intervención en el paisaje. Desde la altura de las casas, y el alteo de los terrenos, hasta la construcción de atajarrepuntes o endicamientos, para evitar “perderlo todo” ante una nueva “marea”. Pues resulta evidente que el impacto que han tenido estos eventos en la vida de los isleños ha condicionado la percepción que tienen sobre su paisaje y sobre sus formas de habitar al poner en evidencia los riesgos de vivir en “la isla”. De hecho, en base a estas experiencias vividas y sus prospecciones futuras, que implican el riesgo de sufrir una nueva inundación, los isleños no solo han intensificado el manejo de agua mediante endicamientos, sino que aún hoy en día consideran que la infraestructura existente no resulta suficiente. En este sentido, cabe recuperar el planteo del capítulo 3, para pensar las diversas formas de manejo de agua como parte del habitar isleño. No para anular los debates actuales en torno al desarrollo sustentable del Delta y el impacto de estas prácticas en el ecosistema, sino para sumar interrogantes y consideraciones para tener en cuenta. Al respecto, creo que debemos considerar que cuando se pone en la mira de las críticas a los caminos y los diques construidos por “los isleños” como un todo, se está cuestionando no solo una práctica productiva, sino también su historia y su identidad anclada en el paisaje. En este sentido resultaría conveniente cuestionar la concentración del modelo productivo actual, y debatir que tipo de desarrollo queremos para el Delta. En lugar de centrar los discursos sobre prácticas concretas que condensan una larga historia de pérdidas, esfuerzo, sacrificio y cariño por “la isla”.

Arraigo en las mareas

A pesar de las desigualdades y tensiones entre los isleños, la heterogeneidad de sus vulnerabilidades, y las formas en que vivieron estas “grandes mareas”, la narrativa local que se construye en torno a estos eventos y la relación de los isleños con su paisaje nuevamente los une. Los relatos locales se transmiten oralmente de generación en generación, y se comparten entre los distintos isleños. Así, a las anécdotas de las mareas se les da un sentido colectivo de “esfuerzo isleño”, “sacrificio”, y “superación” para “volver a salir adelante”. Las experiencias individuales de “vivir en un bote”, “nacer en un embalsado”, “casarse bajo el agua”, “perderlo todo” y “comenzar de nuevo”, sedimentan en un sentido colectivo que da cuenta de que “ser isleños” es “saber vivir con las inundaciones”³¹. Estas experiencias de las “grandes mareas” ponen en juego la materialidad de “la isla” en una manera muy particular, y en ellas el paisaje se hace cuerpo constituyendo la manera de ser-en-el-mundo de “los isleños” (Álvarez Larrain, 2012). Tal cómo sostienen Tilley y Cameron-Daum (2017), no son solo “los isleños” los que crean el paisaje de “la isla”, “la isla” también influye sobre ellos en una relación en la que se constituyen mutuamente. Relación recíproca en la que se construyen lazos de arraigo y afecto con el paisaje, o cómo lo denomina Tuan (2007), un sentimiento de topofilia, que puede originarse de diversas formas. Ya sea mediante el trabajo de la tierra y el esfuerzo, cómo vimos en el capítulo anterior, o incluso mediante el desastre y la pérdida, que despiertan un *orgullo de aguante* de aquellos que se quedan en *tierras marginales*, porque *aman la tierra y quieren enfrentar la situación cara a cara* (Tuan, 2007; pp.136)

En este sentido una de las isleñas se refirió explícitamente a estos vínculos afectivos e identitarios con su lugar, “hay un solo árbol que quedó de toda esa marea (la del ’83) (...) [Su esposo] no lo quiere cortar por eso (...) Es un álamo, sí, pero es grandísimo, ivos no

³¹ Cabe señalar, que más allá de que las inundaciones extraordinarias se conciben como parte del ser isleño, y como un fenómeno recurrente que puede volver a suceder, lejos está de ser un fenómeno naturalizado, en el sentido de ser un fenómeno aceptado por las personas ante el que no hay nada que hacer (Ullberg, 2013). Ser isleño es convivir con las inundaciones, pero no por eso se acepta la inundación como algo dado que debe ser soportado. Esto ha quedado en evidencia en nuestro trabajo de campo durante la inundación de 2015-2016 que ha movilizó diversas formas de reclamos en torno a la (in)acción estatal (Pizarro y Ortiz, 2018, 2019).

sabes lo que es! En dos oportunidades le cayeron rayos, pero él sigue viviendo”. Cuando quisimos sacar una foto grupal durante una de nuestras visitas, su esposo quiso hacerlo junto a ese árbol, y cada vez que pasaba cerca de él lo acariciaba, cosa que no hacía con ninguno de su campo. Desde el punto de vista del lugareño, labrado en su experiencia de vida y anclado en su sentimiento de pertenencia y arraigo a “la isla”, ese árbol ha sobrevivido a las mareas al igual que él y el resto de “los isleños”, por lo que es diferente del resto. Este árbol, constituye un sitio de memoria para esta familia, pues en él se anclan los recuerdos de esta “marea” (Nora, 1989). Pero, sobre todo, simboliza la manera en que “los isleños” se relacionan con su paisaje, sobreponiéndose a las adversidades, y superando las inundaciones que han dejado *marcas de agua*³² (Ullberg, 2013) en su historia, su paisaje, y su identidad.



Fotografía 30. El árbol que sobrevivió "la marea del 83". **Fuente:** Fotografía tomada por un miembro del equipo.

³² *Watermarks*, en el texto original. El concepto es empleado metafóricamente por la autora para hacer referencia a distintos fenómenos. Las marcas o líneas que deja el pasaje del agua en ocasiones particulares, como pistas mnemotécnicas de las inundaciones del pasado. Y las diversas maneras en que se manifiestan las memorias de las inundaciones, siendo algunas más concretas y otras más ocultas. Pues es posible verlas solo de una manera desvanecida y a trasluz, como una marca de agua impresa en papel. (Ullberg, 2013)

Conclusiones del capítulo

A lo largo de este capítulo he abordado la memoria isleña en torno a “las mareas extraordinarias” y el sentido que se le da a estos eventos de desastre en el marco de la relación de arraigo con el paisaje. Para esto consideré el carácter heterogéneo de la vulnerabilidad de “los isleños”, entendiendo que la misma es dependiente de los recursos económicos, y las características sociales de los individuos. Así, a partir de sus experiencias de vida y los relatos analizados se desprende que la vulnerabilidad de “los isleños” en “las mareas” depende fuertemente de los recursos económicos y de las redes de parentesco que permiten sortear en mayor o menor grado sus consecuencias. En este sentido la posesión de una embarcación, una mayor sistematización del terreno, y un manejo de agua con alteos o diques de gran porte se transforman en factores claves que dan cuenta de “una mejor o peor posición”. Pero también resultaron claves las redes de parentesco y la solidaridad de familiares y amigos que les permitieron a muchos isleños encontrar un trabajo o un refugio temporal para volver a “salir adelante”.

En este sentido, en ambas “mareas”, “la del ‘59” y “la del ‘83” han existido impactos diferenciales. Por un lado, se encuentran aquellos que en “una mejor posición” contaban con contenciones y/o embarcaciones al momento de sufrir la inundación y que por lo tanto han experimentado “las mareas” sin grandes dificultades. Dentro de este grupo, incluso pueden identificarse productores que lograron capitalizarse durante estos eventos de desastre. Principalmente debido a que contaron con los medios para comprar, transportar y vender madera que le compraron a “isleños” que se encontraban en una “peor posición”, quienes al no poder sacarle provecho a su producción debido a la falta de medios y recursos optaron venderla.

Por otro lado, también hay un grupo de isleños que no tuvieron las condiciones en sus terrenos para mantenerse en “la isla”, pero que contaron con recursos y lazos de parentesco que les permitieron encontrar refugios y fuentes económicas de manera temporal en el continente. De esta manera si bien, muchos de ellos tuvieron que dejar “la

isla” incluso durante meses, lograron gracias a estas características aguantar las pérdidas y una vez terminada la inundación, recuperarse y “volver a salir adelante”.

Finalmente he podido identificar también a aquellos isleños que se encontraban en “peor posición” y que ante la ausencia de recursos y de medios para recuperarse tras las pérdidas se vieron forzados a migrar al continente de manera permanente. Respecto a este proceso de migración, algunos isleños de este grupo han sufrido dicho desplazamiento forzado por “la marea” como un proceso de desarraigo en el que han perdido además de su hogar una parte de su identidad. Mientras que otros isleños han logrado a pesar de los años y la distancia mantener sus sentimientos de arraigo por “la isla”. Este es el caso de aquellos que se han visto forzados a migrar hace muchos años, pero a pesar de esto siguen reivindicándose como “isleños”, han vuelto a trabajar la quinta, y añoran con ver nuevamente un Delta lleno de vida.

He identificado también en este análisis que a pesar de la heterogeneidad encontrada en las experiencias vividas durante la marea existe una narrativa en común entre “los isleños”. Una narrativa en la que “las mareas” son entendidas como parte de “la vida isleña”, y en la cual se les otorga a las experiencias vividas durante estos eventos de “desastre” un carácter positivo. Así, los relatos que se transmiten oralmente hacen foco en el “esfuerzo isleño”, el “sacrificio”, y la “superación” para “volver a salir adelante”, construyendo un sentido colectivo que da cuenta de que “ser isleños” es “saber vivir con las inundaciones”. De esta manera incluso en “la tragedia”, en “el desastre” o en “la pérdida” “los isleños” generan fuertes sentimientos de arraigo al paisaje. Un arraigo que como hemos visto encuentra anclaje en el contacto con “la isla”, y en el duro trabajo para poder habitarla, pero que se matiza con “las mareas”. No para perder fuerza, sino para reforzar la idea de que “los isleños” han superado las dificultades “a pulmón”, “y sin ayuda de nadie”. Se da así una resignificación de estos eventos de desastre, que permiten reivindicar “el esfuerzo isleño” y encontrar un anclaje para sus sentimientos de arraigo incluso en “las mareas”.

Creo que cabe destacar también que si bien el análisis de este capítulo está centrado en “las mareas” en tanto hitos, la heterogeneidad de la vulnerabilidad, y los sentimientos de arraigo, las memorias de estos acontecimientos también se encuentran imbuidos en la materialidad del paisaje (Krause et al., 2012; Tilley, 1994). Los relatos sobre “las mareas” remiten constantemente a señales en el paisaje, “la altura de la casa”, una marca de agua en la pared, o “el álamo que supero la inundación”. En estos se expresan diversas sensaciones, emociones, e incluso hemos registrado que al hablar de “las mareas” también se utiliza el propio cuerpo como referencia para marcar “el agua hasta la rodilla”, o “por acá, por la cintura”. Esto da cuenta de una memoria que parte de la corporalidad de “los isleños” en juego con el agua de “la isla”, y que mediante el recordar, deviene en significados y representaciones sobre “las mareas”, sobre su identidad y sobre el paisaje que habitan. Horizontes de sentido que forma parte de una manera de ser-en-el-mundo de “los isleños” que implica saber vivir con las inundaciones, superar las pérdidas y las dificultades, y recuperarse para salir adelante.

Capítulo 6. Conclusiones

He abordado a lo largo de esta tesis la relación compleja entre “los isleños” de la Zona Núcleo Forestal y el paisaje que habitan desde una perspectiva fenomenológica, intentando articular en un único trabajo distintas dimensiones de esta relación. Para esto me propuse como objetivo general **analizar la manera en que los habitantes de la Zona Núcleo Forestal dan sentido a su paisaje a partir de sus tareas cotidianas y experiencias vividas en el mismo, anclando en él memorias y emociones, a través de las cuales generan sentimientos de pertenencia y arraigo a su paisaje.**

Así, para abordar este objetivo con sus distintas dimensiones desglose el objetivo en 3 objetivos específicos. En una primer parte **analicé la manera en que “los isleños” se relacionan y se han relacionado con su paisaje a partir de sus prácticas cotidianas en el mismo, y los sentidos que se desprenden de las mismas.** A partir de este análisis, en el capítulo 3 he argumentado que “los isleños” desde su mirada cotidiana comprenden el paisaje de la isla y su relación con el mismo en una sucesión de tres momentos distintos con características particulares que he denominado: el Delta frutícola, el Delta de la forestación temprana, y el Delta de la forestación moderna. Estas etapas se diferencian en la manera en que “los isleños” se han relacionado con su paisaje, en las que han pasado de trabajar con un mayor contacto del cuerpo con la tierra, y con una mayor exposición a los riesgos del entorno que los rodea, a un paisaje más “seguro” y con mayor “comodidad”. Un proceso que ha traído una mayor concentración de tierra y de capital, pero que no deja de ser concebido por el conjunto de “los isleños” de la Zona Núcleo Forestal como un logro, “un progreso” que han alcanzado a fuerza de trabajo propio y “sin ayuda de nadie”. Hemos visto entonces como se han ido adaptando las prácticas a diversas situaciones y eventos vividos en “la isla”, proponiendo pensar el paisaje como un proceso y no como algo dado. Es decir, una relación que nunca está acabada porque siempre se está desarrollando, cuestionando así el rasgo tradicional o autentico de ciertas prácticas frente a otras (Cano Suñen, 2011). En este sentido cabe destacar que el paisaje de “la isla” en tanto proceso sigue abierto y en

pleno desarrollo. Y si bien existen grandes heterogeneidades, la mayoría de “los isleños” coinciden en querer para el futuro un Delta poblado con mayor vida social, apelando al cariño y a la nostalgia por aquella “época dorada” del Delta frutícola. Una etapa del Delta que hasta el día de hoy opera como telón de fondo de lo que “la isla” podría ser (Hirsch, 1995).

En una segunda parte aborde dos objetivos específicos fuertemente relacionados con las experiencias vividas en el paisaje, la memoria, y las emociones. Así, en el capítulo 4 **analice las memorias, las emociones, y los sentimientos sedimentados en el paisaje de “la isla”. Y el sentido narrativo que se le da a estas experiencias, considerando los hitos más importantes.** En este capítulo a partir de un análisis de las categorías que “los isleños” utilizan para nombrar su entorno, argumente que el paisaje de “la isla” podía ser entendido como un entramado de lugares imbuidos de significados sedimentados históricamente. Un paisaje en el que “el pajonal”, “el pantano”, “la plantación” y “la quinta”, no son solo categorías para nombrar grupos de vegetación, o elementos del entorno. Son lugares de significados y emociones, que toman vida a partir de la experiencia corporal y las narrativas que se espacializan y entrelazan en ellos (Casey, 2001; Cloke y Jones, 2001; Lindón, 2011; Seamon, 2013; Tilley, 1994; Tuan, 1977). Lugares que se constituyen de manera relacional (Tilley, 1994), cuyos significados se ordenan en lugares de naturaleza domesticada o no domesticada, y a través de los cuales se entrama una narrativa de “trabajo”, “esfuerzo”, y “sacrificio isleño”. Respecto a esto también he considerado los hitos de esta narrativa, abordando las “hazañas” de “los isleños” en la construcción de los caminos terrestres que caracterizan esta zona del Delta. Así, he dado cuenta de que en la narrativa que los isleños entran a partir de las memorias sedimentadas en los lugares de “la isla”, pueden encontrarse hitos paisajísticos como la llegada al INTA, el cruce a Otamendi, y el primer camino de “los isleños” que salía a ruta 12. Hitos que marcan un antes y un después en el devenir de “los isleños” y su paisaje, pero que sobre todo condensan los sentidos de la narrativa isleña al exaltar momentos de gran “esfuerzo y sacrificio”.

A partir de estos análisis finalmente argumente que dichas experiencias de “esfuerzo” y “sacrificio” por habitar un lugar “inhóspito” y “difícil” son el fundamento del

sentimiento de arraigo de “los isleños” de la Zona Núcleo Forestal. Pues, en su narrativa estas experiencias son resignificadas con un carácter positivo para constituir una manera de ser-en-el-mundo de “los isleños” centrada en esta capacidad de trabajo. Es decir, estas experiencias de “trabajo sacrificado” en lugar de ser recordadas desde un lugar negativo o de sufrimiento, son resignificadas por “los isleños” en sus narrativas de vida como una capacidad de superación. De esta forma, “los isleños” no reniegan de su pasado, al contrario, reivindican haberse “criado en los pantanos”, y en base a ese “sacrificio” ponen en valor su trabajo y tejen sus fuertes sentimientos de arraigo. En este capítulo también he dado cuenta de que la memoria también se ancla en sitios no materiales, ritualizándose en eventos y celebraciones como el Día del Isleño. Y aunque no fue el objetivo de este capítulo, también destaque particularmente el vínculo existente entre los sentimientos de arraigo anclados en el paisaje de “la isla” y los usos políticos de la identidad isleña. Aspecto que queda en evidencia en los discursos que suelen tener lugar en esta celebración, y en otros ámbitos que exceden la unidad de análisis de esta investigación.

Finalmente, en el en el capítulo 5 **analice los relatos sobre las mareas extraordinarias, y el sentido que se le da a estos eventos de desastre en el marco de la relación de arraigo con el paisaje.** Para dicho análisis consideré el carácter heterogéneo de la vulnerabilidad de “los isleños”, entendiendo que las consecuencias de “las mareas” no han sido ni son iguales para todos (Natenzon, 1998). En este sentido, he dado cuenta de que en ambas “mareas”, “la del ‘59” y “la del ‘83” han existido impactos diferenciales. Pues quienes tenían “una mejor posición” y contaban con contenciones y/o embarcaciones al momento de sufrir la inundación han experimentado “las mareas” sin grandes dificultades. E incluso algunos de estos isleños con barcos, recursos para comprar madera, transportarla, y venderla lograron capitalizarse en medio de la tragedia a partir del aprovechamiento de la madera de aquellos que en una “peor posición” no pudieron sacarle provecho a su producción y optaron por venderla. Otros “isleños” sin embargo tuvieron que buscar refugios y fuentes económicas temporales, apoyándose en las relaciones de parentesco y solidaridad entre isleños, para aguantar y luego “volver a salir adelante”. Mientras que aquellos isleños que se encontraban en “peor posición” se vieron forzados a migrar al

continente de manera permanente. En este último grupo de “isleños” que tuvieron que dejar “la isla” cabe destacar que algunos han sufrido dicha tragedia como un proceso de desarraigo perdiendo no solo el vínculo físico con “la isla”, sino también sufriendo una fuerte pérdida de un rasgo identitario. Mientras que otros a pesar de los años y la distancia siguen hoy en día reivindicándose como “isleños”, han vuelto a trabajar la quinta, y añoran con ver nuevamente un Delta lleno de vida, dando cuenta de que “la isla” los ha afectado en sus vidas de manera permanente a pesar del desplazamiento forzado.

Al respecto de los sentimientos de arraigo, en este capítulo he argumentado que a pesar de constituirse como eventos de “desastre”, “catástrofe”, “perdidas”, y “sufrimiento”, “las mareas extraordinarias” también son constituyentes del “ser isleño”. A partir de las experiencias vividas en estos eventos, se matiza y refuerza un profundo sentimiento de arraigo que no reniega de las experiencias negativas, más bien las hace propias y las resignifica en un rasgo positivo que forma parte de su identidad. Se constituye así una manera de ser-en-el-mundo de “los isleños” que además de reivindicar el esfuerzo y el sacrificio, también destaca su capacidad de resistencia ante las adversidades. Así, “ser isleño” es saber vivir con las inundaciones, recuperándose luego de las pérdidas sufridas. Pero esta manera de ser de “los isleños” no implica naturalizar el desastre y la tragedia como una parte de sus vidas que deben aceptar pasivamente (Ullberg, 2013). Aunque no lo he incorporado aquí por una razón de espacio y por no ser parte del objetivo de esta tesis, hemos tenido la oportunidad de hacer trabajo de campo durante la inundación 2015-2016. Y a partir de dicho evento en otro trabajo he podido analizar la manera en que en esta última “marea” “los isleños” han confrontado las pérdidas con reclamos de mayor infraestructura y una mayor presencia del Estado apelando a sus sentimiento de arraigo, y a su “saber vivir con las inundaciones” (Pizarro y Ortiz, 2019).

A partir de lo analizado en estos dos últimos capítulos (4 y 5) cabe destacar también la complejidad de la memoria. Creo que hay suficientes elementos en ambos abordajes para dar cuenta de que la memoria no es meramente un proceso mental. Que por un lado pueden existir rituales, o sitios de memoria concretos como memoriales o monumentos (Nora, 1989). Pero que también la memoria se hace cuerpo y se espacializa en maneras

menos formalizadas, anclándose profundamente en el paisaje en lugares de carácter más cotidiano que carecen de una distinción o de un nombre propio. Una memoria que deviene de eventos concretos que dejan marcas, pero que también se teje a partir de la rutina diaria, la repetición constante, y el involucramiento activo con el entorno que forma parte del habitar (Cloke y Jones, 2001). Dimensiones de la memoria que dan cuenta de que los sentidos, y los significados en torno a “la isla”, y el “ser isleño” no son parte de un proceso puramente abstracto, sino el resultado de la experiencia directa y material en el paisaje. Pues, no hay experiencias, emociones, recuerdos, ni memorias, sin un cuerpo que se ponga en juego (Cano Suárez, 2015; Lindón, 2014).

En este sentido cabe destacar nuevamente que el arraigo isleño se funda allí, en las experiencias corporales y emocionales del paisaje de “la isla” y sus lugares (Tilley, 1994; Tuan, 1977, 2007). Entonces, no cabe analizar la identidad isleña como una identidad cerrada, una cultura con ciertos rasgos tradicionales estáticos. Pues, por un lado “los isleños” y sus prácticas han ido cambiando al igual que su paisaje. Y por el otro existen “nuevos isleños” que han aprendido los relatos, se han imbuido del repertorio de experiencias y emociones de este paisaje, y han sido aceptados como “isleños”. Entiendo entonces que “isleño” es aquel que habite “la isla”, que se involucre con este paisaje de cerca, de manera habitual, repetida, y que aprenda a sentir dicho arraigo. Aquellos que se sumergen en la historia local, y que aprenden y comparten estas narrativas que se suelen transmitir de manera oral de generación en generación y entre vecinos. Aquellos que se involucran con la estructura de emociones y sentimientos de este paisaje en particular. Y que asimilan las narrativas de sacrificio y esfuerzo no solo a través de los relatos sino a través de las propias dificultades que implica aún hoy, habitar la isla. Es en este sentido, entendiéndolo que el arraigo isleño emerge de una relación que es tan subjetiva como material, es que en lugar de identidad elijo hablar de una manera de ser-en-el-mundo (Álvarez Larrain, 2012).

Esto último, implica un aspecto que desde mi formación académica y mi sentido común no me ha sido fácil abordar ni transitar a lo largo de esta tesis. Como sujeto parte de esta sociedad también tengo mis supuestos que implican pensar la identidad, incluso

cuando se encuentra referenciada en un territorio, como un rasgo constituido y cerrado. Por lo que he tenido que hacer un gran ejercicio para poder abordar esta identidad isleña como arraigo, como anclaje, y como relación. En este sentido, la estrategia metodológica adoptada me ha posibilitado más que el abordaje de los sentidos del paisaje desde la perspectiva de “los isleños”. Por un lado, las entrevistas no directivas y los recorridos con “los isleños” en su paisaje en las etapas iniciales del proceso de investigación, han sido un elemento clave para la construcción del objeto de estudio y la profundización del marco teórico. Y por el otro, a partir de la experiencia en campo, me han permitido comprender en profundidad estos conceptos que se encontraban en tensión con mi propio bagaje personal y mis supuestos. Al respecto, quiero destacar aquí que el arraigo de “los isleños” no se constituye como una relación idealizada; si bien es afectiva y emocional, y “la isla” puede ser “un paraíso”, también, como hemos visto, es lugar de pena y sufrimiento. Rasgos que dan cuenta de que no se trata de una relación armónica entre el hombre y la naturaleza. Que es más bien una relación que se encuentra en tensión, en la que “los isleños” y “la isla” se han afectado y constituido mutuamente (Tilley y Cameron-Daum, 2017). Una relación compleja a partir de la cual distintos colectivos identitarios, “los vascos”, “los portugueses”, los “nacidos y criados”, y los “nuevos isleños por adopción” se conciben, a pesar de sus diferencias, como un colectivo de rasgos compartidos al haber habitado “la isla”.

En este sentido, vale también abrir nuevos interrogantes. ¿Cuáles son los límites de este sentimiento de arraigo? ¿Todo aquel que vive en “la isla” se considera a sí mismo “isleño”? Particularmente creo que sería fructífero preguntarse por la relación que entablan con este paisaje los migrantes paraguayos que hoy en día trabajan, y habitan “la isla”, poniendo en juego el cuerpo en duras tareas, con la motosierra al hombro de sol a sol. Si bien muchos de ellos solo pasan una temporada antes de volver a su lugar de origen, otros tantos hace años que tienen una casa propia en “la isla”, y se han mudado allí con sus familias. ¿Han generado lazos de arraigo o existe algo en su carácter migrante, y un lazo con el lugar de origen, que condiciona la forma en que se relacionan con “la isla”? De igual manera vale preguntarse por los matices y las características que el arraigo al paisaje toma en otras zonas de islas del Delta. Al respecto, he destacado a lo largo de la tesis que para

“los isleños” “la isla es una sola”, pero que a su vez “el Delta es muy distinto en otras zonas”. Es decir, “los isleños” reconocen sus propias diferencias internas, y las características propias que tiene cada zona de islas, y a pesar de esto se identifican como un colectivo con un arraigo en común a “la isla”. Estas características nos habilitan a preguntarnos ¿Qué matices toma el arraigo isleño en otras zonas de islas del Delta? Pues ante la heterogeneidad de prácticas, de relaciones con el paisaje, de experiencias vividas y de estrategias y adaptaciones a “las mareas”. Es factible pensar que existirán distintas emociones, que habrán dado lugar a otras formas de arraigo isleño. Es decir, podemos preguntarnos también si ¿Las características propias de cada zona de islas, su exposición a las mareas, y su desarrollo socio-productivo en particular han dado lugar a distintas formas de arraigo?

Finalmente, respecto al contexto en el que fue realizado esta tesis, quiero abordar también la cuestión de su relevancia académica y social. En lo que respecta a la primera, no es casual, ni accidental que este trabajo de investigación tenga lugar en la Maestría de Políticas Ambientales y Territoriales. Si bien he abordado aquí una investigación de carácter más antropológico, creo que es necesario retomar la idea del paisaje como un proceso en construcción que se encuentra siempre en tensión. Es decir, si bien aquí he abordado la mirada isleña sobre el paisaje de “la isla”, tal como lo mencione en el capítulo 2 el enfoque teórico propuesto para esta tesis reconoce la existencia de una multiplicidad de miradas sobre el paisaje (Meinig, 1979). Pero, sobre todo, reconoce que la manera de mirar e involucrarse con el paisaje dependerá de los intereses particulares de cada agente. Lo que da cuenta de que la construcción del paisaje es un proceso social, que se encuentra en tensión y en disputa, constituyéndose como un proceso eminentemente político (Bender y Winer, 2001). En este sentido, teniendo en cuenta que el Delta, en tanto humedal, es un territorio sobre el que se posan distintas miradas y discursos que intentan definir la manera más adecuada para su “desarrollo sustentable”. Esta tesis, busca realizar un aporte que no se limita solo al campo de estudios relacionados con la antropología del paisaje. También pretende aportar elementos para enriquecer los trabajos centrados en las disputas y conflictos en torno al desarrollo del Delta, propios del campo de la Ecología Política. Si

tenemos en cuenta los usos políticos de la adscripción isleña en determinados contextos (Pizarro y Straccia, 2018; Straccia, 2018; Straccia et al., 2016), y el hecho de que las memorias y emociones aquí trabajadas emergen en un contexto en el que “los isleños” son cuestionados por preceptos ecosistémicos en su forma de vivir, y de cuidar el lugar en el que viven. Podemos reinterpretar el acto de recordar y traer estas memorias, y de resaltar los vínculos emocionales con “la isla” como parte de la manera en que los isleños disputan y negocian “la isla” con otros agentes.

Respecto a la relevancia social, en un año tan particular y movilizante como el 2020, en el que el Delta y los humedales han vuelto a estar en la agenda mediática debido a los incendios ocurridos en las islas. Y en el que nuevamente se ha comenzado a debatir en torno a una ley de presupuestos mínimos para la conservación de los humedales de Argentina. Espero con este trabajo hacer también un humilde aporte a este campo político y a los agentes relacionados con dichas disputas, al incorporar estos aspectos de arraigo identitario de una manera más formal. Particularmente al haber construido conocimiento académico que podría permitir la incorporación en los debates de estas cuestiones que suelen ser consideradas parte del ámbito íntimo, y no parte del ámbito público o de los conflictos políticos.

Al respecto de los vínculos que entablamos con el entorno y en particular con la naturaleza quisiera destacar que en estos años de recorrido académico, en los que la relación de las personas con la naturaleza ha sido el foco de mi formación (ciertamente desde una mirada antropológica influenciada por mi directora). Me he topado numerosas veces con cierto interés del ámbito académico por explorar y buscar, estas dimensiones de relaciones afectivas y emocionales a partir de lo inusual. Como si existiera cierta búsqueda intencional de una otredad lejana y verdaderamente extraña a nuestra cotidianeidad al abordar diversas ontologías en las que los humanos y los no humanos entablan relaciones sociales. Y si bien es cierto que el estudio de estas sociedades de naturaleza (Descola y Pálsson, 2001) ha permitido cuestionar las relaciones que nuestras sociedades tienen con el entorno que les rodea. Creo que su lejanía nos impide interpelar de manera efectiva a nuestras sociedades. En este sentido puede que no sea necesario irse tan lejos para

encontrar formas alternativas de relación con la naturaleza, que nos permitan cuestionar las relaciones hegemónicas de mercantilización y explotación que guían nuestros modelos de desarrollo. Tal vez alcance con ajustar la mirada, y hacer un nuevo foco en lo cotidiano para dejarnos sorprender por los lazos invisibles que tenemos con el mundo que nos rodea. Lo que quiero decir es que tal vez, para seguir avanzando en los debates actuales sobre los modelos de desarrollo que queremos para nuestra sociedad, alcance con mirar hacia adentro en lugar de mirar afuera y a lo lejos. Y encontrar allí las formas para reivindicar lo cotidiano, los recuerdos, las emociones, y los afectos. Para repensarnos en relación con el ambiente, como parte del entorno, anclados en el arraigo, y cuestionar la relación paternalista que tenemos con la naturaleza, sin dejar de lado las relaciones de cariño y cuidado. Con el fin de seguir debatiendo, pensando, e imaginando modelos en los que los lugares de producción/conservación no sean opuestos y se encuentren poblados, habitados.

Referencias

- Achilli, E. (2005). *Investigar en antropología social: los desafíos de transmitir un oficio*. Publicado por: Laborde Libros.
- Adger, W. N., Benjaminsen, T., Brown, K., y Svarstad, H. (2001). Advancing a political ecology of global environmental discourses. *Development and Change*, 32, 681-715.
- Althabe, G., y Hernández, V. (2004). Implicación y reflexividad en antropología. *Journal des Anthropologues*, 98-99, 15-36.
- Álvarez, J. (2012). *Islas protegidas. Unidades productivas sustentables* (1a ed.). Publicado por: Ediciones INTA.
- Álvarez Larrain, A. (2012). Somos en el mundo... seres, materialidad y paisajes. *La zaranda de ideas*, 8, 9-30.
- Anderson, D. y Rosendahl, P. (1998). Development and management of land-water resources: the Everglades, agriculture and South Florida. *Journal of the American Water Resources Association*, 34, 235-249.
- Astelarra, S. (2013). "No Colonizarán". *Conflictos por la apropiación social de la naturaleza en el Bajo Delta del Paraná* Trabajo presentado en: X Jornadas de Sociología de la UBA. 20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI. Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Astelarra, S. (2014). ¿Ecodesarrollo? El Bajo Delta del Paraná, otra territorialidad en conflicto. *Revista Alter-nativa*, 1, 28.
- Astelarra, S. (2016). El Bajo Delta del Paraná en disputa por su reinención territorial y significación social de la naturaleza. *Revista de Geografía (Recife)*, 33(1), 6-29.
- Baigún, C., Puig, A., Minotti, P., Kandus, P., Quintana, R., Vicari, R., y Nestler, J. (2008). Resource use in the Parana River Delta (Argentina): moving away from an ecohydrological approach? *Ecohydrology and Hydrobiology*, 8, 245-262.
- Beltrán, O. y Vaccaro, I. (2011). *Especies invasoras v especies protegidas. Fauna, política y cultura en el Pirineo Central*. Trabajo presentado en: IX Reuniao de Antropologia do Mercosul. Curitiba, Brasil.
- Bender, B. (2002). Time and Landscape. *Current Anthropology*, 43, 103-112.
- Bender, B., & Winer, M. (2001). *Contested Landscapes: Movement, Exile and Place*. Publicado por: Berg.
- Benencia, R., Margiotta, E., Cobelo, C., Puppi, N., y Valtriani, A. (1994). Informe Final Proyecto AG-068. Estrategias de vida de pequeños productores. Estudio de caso: Delta Inferior Bonaerense del río Paraná. . Publicado en: FAUBA.
- Blanco, D. y Méndez, F. (2010). *Endicamientos y terraplenes en el Delta del Paraná: situación, efectos ambientales y marco jurídico*. Publicado por: Fundación para la Conservación y el Uso Sustentable de los Humedales, Wetlands International.
- Borodowski, E. y Signorelli, A. (2011). Región Delta del Paraná. Diagnóstico y Caracterización (pp. 13). Publicado por: Dirección de Producción Forestal, Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca.
- Bourdieu, P., y Wacquant, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. Publicado por: Grijalbo.
- Briggs, C. (1986). *Learning how to ask. A sociolinguistic appraisal of the role of the interview in social science research*. Publicado por: Cambridge University Press.
- Brosius, J. P. (1999). Analyses and interventions: anthropological engagements with environmentalism. *Current Anthropology*, 40, 277-310.

- Camarero, G. (2011). *Imaginando el Delta Sanfernandino: la construcción del territorio y las relaciones sociales en la Reserva de Biósfera Delta del Paraná (San Fernando, Buenos Aires)*. (Lic.), Universidad de Buenos Aires.
- Camarero, G. (2019). *"Falta lugar para las mujeres en la isla": Género y resistencias territoriales de mujeres en el Delta Inferior del Río Paraná* (Magister en Políticas Ambientales y Territoriales), Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Camarero, G., Straccia, P., Maestriperieri, E., Ortiz, D. y Liftenegger Briel, A. (2016). Mapa social de los agentes de la Zona Núcleo Forestal del Delta Inferior del río Paraná. En R. Benencia (Ed.), *Ruralidades, actividades económicas y mercados de trabajo en el Delta vecino a la Región Metropolitana de Buenos Aires*. Publicado por: Fundación CICCUS.
- Camarero, G., Straccia, P., Socolsky, Y., Maestriperieri, E., Ortiz, D. y Liftenegger Briel, A. (2014). *¿Producción vs conservación? Una mirada posible al conflicto socio-ambiental en la Zona Núcleo Forestal del Delta Inferior del río Paraná*. Trabajo presentado en: I Congreso Latinoamericano sobre Conflictos Ambientales. UNGS, Buenos Aires, Argentina.
- Candau, J. (2001). *Memoria e Identidad*. Publicado por: Ediciones del Sol.
- Cano Suñen, N. (2011). *Miradas y tensiones en los Paisajes del Valle de Carranza*. (Doctorado), Universidad del País Vasco.
- Cano Suñen, N. (2015). Corporalidad y memoria en el paisaje cotidiano. *Alteridades*, 25(49), 39-52.
- Carrier, J. (2003). Biography, ecology, political economy: seascape and conflict in Jamaica *Landscape, Memory and History. Anthropological perspectives*.
- Casey, E. S. (2001). Body, self and landscape *Textures of place: Exploring humanist geographies* (pp. 403-425).
- Castro, H. (2013). *Crónicas de desastres, tramas del riesgo. Contribuciones para una historia ambiental de la Quebrada de Humauaca*. Universidad de Buenos Aires.
- Ceballos, D. (2011). *El reemplazo de pastizales anegadizos por plantaciones de álamos con suelos drenados en el Bajo Delta del río Paraná: cambios físicos y biogeoquímicos en el suelo y el ecosistema*. (Magister), Universidad de Buenos Aires.
- Ceballos, D., Frangi, J. y Jobbagy, E. (2012). Soil volume and carbon storage shifts in drained and afforested wetlands of the Paraná River Delta. *Biogeochemistry*.
- Cloke, P., y Jones, O. (2001). Dwelling, place and landscape: an orchard in Somerset. *Environment and Planning A*, 33, 649-666.
- Cobelo, C. (2005). La intervención del estado y la organización comunitaria. Construyendo endicamientos en el Delta bonaerense del río Paraná. En R. Benencia (Ed.), *Trayectorias y contextos. Organizaciones rurales en la Argentina de los noventa* (pp. 201-237). Publicado por: Ed. La Colmena.
- Corbin, J. y Strauss, A. (1990). Grounded theory research: procedures, canons and evaluative criteria. *Qualitative Sociology*, 13(1), 3-21.
- Cosgrove, D. (1998). *Social Formation and Symbolic Landscape*. Publicado por: The University of Winsconsin Press.
- Cosgrove, D. y Daniels, S. (1988). *The iconography of landscape: Essays on the symbolic representation, design and use of past environments*. Publicado por: Cambridge University Press.
- Descola, P., & Pálsson, G. (2001). *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*. Publicado por: Routledge.
- Di Giminiiani, P. y Fonck, M. (2015). El paisaje como proceso de vida: experiencias de domesticación del bosque en el sur de Chile. *Revista de Geografía de Norte Grande*(61), 7-24.
- Díaz Galán, L. S. (2006). *"Vivir rodeados de agua". Comunidad, asociación y poder en el Delta Bonaerense*. (Tesis de Licenciatura), Universidad de Buenos Aires.

- Donadille, G., Postma, J., Prol, L. y Vizia, C. (2010). Producciones, endicamientos y medios de vida en el Delta del Paraná *Endicamientos y terraplenes en el Delta del Paraná. Situación, efectos ambientales y marco jurídico*. Publicado por: Fundación para la conservación y el uso sustentable de los humedales - Wetlands International.
- Duncan, N. y Duncan, J. (2009). Doing landscape interpretation *The SAGE Handbook Qualitative Geography* (pp. 225-247).
- Escobar, A. (2000). El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo? En E. Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (pp. 35). Publicado por: CLACSO.
- Escolar, C. (2000). Palabras introductorias. En C. Escolar (Ed.), *Topografías de la investigación. Métodos, espacios y prácticas profesionales* (pp. 21-28). Publicado por: Eudeba.
- Escolar, C. y Besse, J. (2011). *Epistemología fronteriza. Puntuaciones sobre teoría, método y técnica en ciencias sociales*. Publicado por: Eudeba.
- Escolar, C., Besse, J. y De la Fuente, L. (2002). Historia de vida y subjetividad: soportes epistemológicos. *Revista Litorales*, 1(1).
- FAUBA. (2009). Producción forestal. Salicáceas. Material didáctico desarrollado por docentes de la Cátedra. Publicado en: Facultad de Agronomía.
- Ferrero, B. (2005a). "La ecología" de los colonos. Búsquedas de inclusión en un territorio ambientalista. *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 187-197.
- Ferrero, B. (2005b). Territorios ambientalistas e identidades rurales. El caso de los colonos de Misiones, en el noroeste argentino. *Interações*, 7(11), 73-82.
- Fracassi, N., Mujica, G. y Hauri, B. (2013). *Conservación de la biodiversidad en plantaciones forestales de Salicáceas del Bajo Delta*. Trabajo presentado en: 4to Congreso Forestal Argentino y Latinoamericano. Iguazú, Misiones.
- Fracassi, N., Pereira, J., Mujica, G., Hauri, B., & Quintana, R. (2017). Estrategias de conservación de la Biodiversidad en paisajes forestales del Bajo Delta del Paraná-uniendo a los actores clave de la región. *Mastozoología Neotropical*, 24(1), 59-68.
- Galafassi, G. (2004a). *Actividades productivas, organización laboral y medio ambiente en el Bajo Delta del Paraná*. Buenos Aires, Argentina.
- Galafassi, G. (2004b). Colonización y conformación moderna de las tierras del Delta del Paraná, Argentina (1860-1940). *Revista Complutense de Historia de América*, 30, 111-130.
- Galafassi, G. (2004c). Historia económica social del Delta del Paraná. *Cuadernos de Trabajo*, 69.
- Galafassi, G. (2005). *La pampeanización del Delta: sociología e historia del proceso de transformación productiva, social y ambiental del Bajo Delta del Paraná* (1a ed.). Publicado por: Ed. Extramuros.
- Gentile, E., & Natenzon, C. (1998). *Ordenamiento del territorio en el Delta del Paraná*. Publicado por: Travaux du Laboratoire de Géographie Physique Appliquée - Numéro Spécial.
- González, A. (2010). Producción y conservación en el humedal del Bajo Delta del Paraná. Las buenas prácticas forestales en el marco de la gestión forestal sostenible como propuesta para el buen uso del ambiente. En C. Reboratti (Ed.), *Agricultura, sociedad y ambiente. Miradas y conflictos* (pp. 33-50). Publicado por: FLACSO.
- González, A. (2015). *La persistencia de las unidades de producción familiar en el bajo Delta del Paraná. Estrategias desplegadas en el contexto de las transformaciones recientes*. (Magister en Estudios Sociales Agrarios), FLACSO Argentina, Buenos Aires, Argentina.
- Greider, T., y Garkovich, L. (1994). Landscapes: the social construction of nature and the environment. *Rural Sociology*, 59(1), 1-24.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad* (1 ed.). Publicado por: Ed. Norma.

- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Publicado por: Editorial Paidós.
- Halbwachs. (2004). *La memoria colectiva*. Publicado por: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Hammersley, M., & Atkinson, P. (2007). *Ethnography: principles in practice* (3rd Ed. ed.). Publicado por: Taylor & Francis e-Library.
- Hirsch, E. (1995). Introduction. "Landscape: between place and space". En E. Hirsch & M. O'Hanlon (Eds.), *The Anthropology of Landscape. Perspectives on Place and Place*. Publicado por: Oxford University Press.
- Ingold, T. (1993). The temporality of the landscape. *World Archaeology*, 25(2), 152-174.
- Ingold, T. (2000). *The perception of the environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Publicado por: Routledge.
- Ingold, T. y Kurttila, T. (2000). Perceiving the environment in Finnish Lapland. *Body & Society*, 6, 183-196.
- Isla, A. (2003). Los usos políticos de la memoria y la identidad. *Estudios Atacameños*(26), 35-44.
- Justicia, J. M. (2005). *Análisis cualitativo de datos textuales con Atlas.ti 5*. Publicado por: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Kalesnik, F. y Quintana, R. (2006). El Delta del río Paraná como un mosaico de humedales. Caso de estudio: la reserva de biosfera MAB-UNESCO "Delta del Paraná". *Revista UNG Geociencias*, 5, 22-37.
- Kandus, P., Málvarez, A. I. y Madanes, N. (2003). Estudio de las comunidades de plantas herbáceas de las islas bonaerenses del Bajo Delta del río Paraná (Argentina). *Darwiniana*, 41, 1-16.
- Kandus, P. y Minotti, P. (2010). Distribución de terraplenes y áreas endicadas en la región del Delta del Paraná. En D. E. Blanco & F. M. Méndez (Eds.), *Endicamientos y terraplenes en el Delta del Paraná: situación, efectos ambientales y marco jurídico* (1 ed., pp. 15-32). Publicado por: Fundación para la conservación y el uso sustentable de los humedales, Wetlands International.
- Kandus, P., Morandeira, N. y Schivo, F. (2010). *Bienes y servicios ecosistémicos de los humedales del Delta del Paraná* (1a ed.). Publicado por: Fundación para la conservación y el uso sustentable de los humedales.
- Kandus, P., Quintana, R., Minotti, P., Oddi, J., Baigún, C., González-Trilla, G. y Ceballos, D. (2011). Ecosistemas de humedal y una perspectiva hidrogeomórfica como marco para la valoración ecológica de sus bienes y servicios. En P. Laterra, E. Jobbagy & J. Paruelo (Eds.), *Valoración de servicios ecosistémicos: conceptos, herramientas y aplicaciones para el ordenamiento territorial* (pp. 265-292). Publicado por: INTA.
- Kandus, P., Quintana, R. D. y Bó, R. F. (2006). *Patrones de paisaje y biodiversidad del Bajo Delta del río Paraná. Mapa de ambientes* (1a ed.). Publicado por: Pablo Casamajor Ediciones.
- Krause, F., Garde-Hansen, J. y Whyte, N. (2012). Flood memories - media, narratives and remembrance of wet landscapes in England. *Journal of Arts & Communities*, 4(1 & 2), 129-142.
- Lara, A. y Domínguez, G. E. (2013). El giro afectivo. *Athenea digital. Revista de pensamiento e investigación social.*, 13(3), 101-119.
- Lee, J. y Ingold, T. (2007). Fieldwork on foot: Perceiving, Routing, Socializing. En S. Coleman & P. Collins (Eds.), *Locating the Field: Space, Place and Context in Anthropology* (pp. 67-86). Publicado por: Berg.
- Lindón, A. (2008). De las geografías constructivistas a las narrativas de vida espaciales como metodologías geográficas cualitativas. *Revista da ANPEGE*, 4(04), 7-26.

- Lindón, A. (2011). Las narrativas de vida espaciales: una expresión del pensamiento geográfico humanista y constructivista. En B. Nates & F. C. Londoño (Eds.), *Memoria Espacio y Sociedad* (pp. al). Publicado por: Anthropos Editorial con la Universidad de Caldas de Colombia.
- Lindón, A. (2014). Del giro biográfico a las narrativas de vida espaciales: nuevos horizontes para geografía humana. En B. M. Álfaro, L. Cardozo, C. Davies, M. Seval & J. Arnaudo (Eds.), *Desafíos de la Geografía. Teorías, métodos y perspectivas* (pp. 187-216). Publicado por: Universidad Nacional del Litoral.
- Maestriperi, E. (2016). *Saberes locales sobre la flora y la fauna. Re-significaciones del discurso preservacionista sobre la biodiversidad en el Delta Inferior del río Paraná*. (Licenciado en Ciencias Ambientales), Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Málvarez, A. I. (1999). El Delta del río Paraná como mosaico de humedales. En A. I. Málvarez (Ed.), *Tópicos Sobre Humedales Subtropicales y Templados de Sudamérica* (pp. 35-53). Publicado por: MAB-ORCYT.
- MEA. (2005). *Ecosystems and human well-being: wetlands and water synthesis*. Publicado por: World Resources Institute.
- Meinig, D. W. (1979). The beholding eye. Ten versions of the same scene *The interpretation of ordinary landscapes. Geographical essays*. Publicado por.
- Minotti, P., Baigún, C., Kandus, P., Quintana, R., Borro, M., Schivo, F. y Brancolini, F. (2009). Servicios ecosistémicos en la ecorregión del Delta del Paraná: consideraciones sobre usos y tendencias, y criterios para su conservación. En L. Fernández Reyes, A. Volpedo & A. Pérez Carrera (Eds.), *Estrategias integradas de mitigación y adaptación a cambios globales* (pp. 334). Publicado por: PIUBACC.
- Mitsch, W. y Gosselink, J. (2007). *Wetlands* (4th Ed. ed.). Publicado por: John Wiley & Sons, Inc.
- Moreira, J. (2015). *Transformaciones productivas e instituciones en el Delta Inferior bonaerense del río Paraná. Del ocaso de la citricultura a la Zona Núcleo Forestal*. Trabajo presentado en: IX Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales Argentinos y Latinoamericanos. FCE, UBA, Buenos Aires.
- Moreira, J. (2018). *La institucionalización del desarrollo rural en los proceso de innovación tecnológica de manejo del agua en la Zona Núcleo Forestal del Delta del Paraná*. (Maestría), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - FLACSO.
- Moreira, J. (2019). Transformaciones productivas e institucionales en el Delta Inferior del Río Paraná. Del ocaso de la fruticultura a la Zona Núcleo Forestal. En C. Pizarro (Ed.), *Nosotros creamos el Delta. Habitar, forestar y conservar un humedal* (pp. 25-50). Publicado por: CICCUS.
- Natenzon, C. (1998). *Riesgo, vulnerabilidad e incertidumbre. Desastres por inundaciones en Argentina*. Trabajo presentado en: Seminario sobre Problemas Ambientales e Vulnerabilidad. Abordagem Integradoras para o campo da Saude Publica. Rio de Janeiro, Brazil.
- Nieto Martín, E. (2005). El valor de la fotografía. Antropología e imagen. *Gazeta de Antropología*(21).
- Nogué, J. (2010). El retorno al paisaje. *Enrahonar. An international journal of theoretical and practical reason*, 45, 123-136.
- Nora, P. (1989). Between Memory and History: Les lieux de Mémoire. *Representations*, 26(7), 7-24.
- Olemborg, D. (2010a). *Los determinantes de la reconfiguración productiva. Acerca de la forestalización del Bajo Delta del Paraná*. Trabajo presentado en: VII Jornadas de Investigación y Debate "Conflictos rurales en la Argentina del Bicentenario. Significados, alcances y proyecciones". Universidad Nacional de Quilmes.
- Olemborg, D. (2010b). *Reflexión sobre la evolución histórica de la "ruralidad" en el Bajo Delta*. Trabajo presentado en: VIII Bienal del Coloquio de Transformaciones Territoriales. Comité

- Académico de Desarrollo Regional de la Asociación de Universidades del Grupo Montevideo (AUGM).
- Olemborg, D. (2013). *Transformaciones poblacionales del Bajo Delta en la poscrisis del 2001*. Trabajo presentado en: VIII Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. Buenos Aires, Argentina.
- Olemborg, D. (2015). *Formas actuales de la organización social de la producción forestal en el Bajo Delta del río Paraná*. (Doctor en Estudios Sociales Agrarios), Universidad Nacional de Córdoba.
- Penalva Verdú, C., Chica, A. A., Francés García, F. J., & Santacreu Fernández, O. A. (2015). *La investigación cualitativa. Técnicas de investigación y análisis con Atlas.ti*. Publicado por: PYDLOS Ediciones.
- Pérez Agote, A., Azcona, J. y Gurrutxaga, A. (1997). *Mantener la identidad. Los vascos del río Carabelas*. Publicado por: Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea.
- Piña, C. (1989). Aproximaciones metodológicas al relato autobiográfico. *Revista Opciones*, 16, 107-124.
- Pizarro, C. (2005). Representar a las narrativas locales: los efectos políticos de las etnografías acerca de los subalternos. *Studia Politicae*(6), 91-103.
- Pizarro, C. (2006). *Ahora ya somos civilizados. La invisibilidad de la identidad indígena en un área rural del Valle de Catamarca*. Publicado por: EDUCC - Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Pizarro, C. (2014a). La entrevista etnográfica como práctica discursiva: análisis de caso sobre las pistas metadiscursivas y la emergencia de categorías nativas. *Revista de Antropología*, 57(1), 461-496.
- Pizarro, C. (2014b). *Viejos y nuevos inmigrantes en la construcción del territorio denominado núcleo forestal del Delta Inferior del río Paraná, Argentina*. Trabajo presentado en: Conferencia Conjunta Internacional FLACSO-ISA: Panel "Migraciones en América Latina". Buenos Aires, Argentina.
- Pizarro, C. (2015). *Vida tradicional vs ambientalismo. La disputa por la definición del territorio en la zona núcleo forestal del Delta Inferior del río Paraná, Argentina*. Trabajo presentado en: 55° Congreso Internacional de Americanistas: "conflicto, paz y construcción de identidades en las Américas". San Salvador, El Salvador.
- Pizarro, C. (2016). Trabajadores paraguayos en la producción forestal del Delta Inferior del río Paraná. En S. Aparicio & R. Benencia (Eds.), *De migrantes y asentados. Trabajo estacional en el agro argentino* (pp. 112 - 136). Publicado por: Ciccus.
- Pizarro, C. (2019). Introducción. Nosotros Creamos el Delta. Habitar, forestar y conservar un humedal. En C. Pizarro (Ed.), *Nosotros Creamos el Delta. Habitar, forestar y conservar un humedal*. (pp. 11 - 24). Publicado por: CICCUS.
- Pizarro, C., Ciccale Smit, M. y Moreira, C. (2018). "Vino la marea y nos dejó en la vía". Experiencias de las inundaciones de productores forestales en un área del Delta Inferior del río Paraná. En R. Benencia (Ed.), *Ruralidades, actividades económicas y mercados de trabajo en el Delta vecino a la Región Metropolitana de Buenos Aires*. Publicado por: CICCUS.
- Pizarro, C. y Ortiz, D. (2018). *Navegando en la Web durante la inundación. Las redes sociales virtuales y la "identidad isleña" en el Delta del río Paraná*. Trabajo presentado en: "Ruralidades en América Latina: convergencias, disputas y alternativas en el siglo XXI". X Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural. Montevideo, Uruguay.
- Pizarro, C. y Ortiz, D. (2019). Vivir (después de) la inundación en "la isla". Las experiencias de "su" paisaje de los habitantes de la Zona Núcleo Forestal. En C. Pizarro (Ed.), *Nosotros creamos el Delta". Habitar, forestar y conservar u humedal*. Publicado por: CICCUS.

- Pizarro, C., Ortiz, D. y Maestripieri, E. (2013). *El desarrollo del Delta. Concepciones de dos organizaciones sociales de la zona núcleo forestal del Delta Inferior del río Paraná sobre la sustentabilidad*. Trabajo presentado en: VIII Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. CIEA, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.
- Pizarro, C. y Straccia, P. (2015). *'Hay mucho paraguayó acá'. Nuevas formas de organización laboral en la producción forestal del DIRP*. Trabajo presentado en: IX Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales Argentinos y Latinoamericanos. Facultad de Ciencias Económicas, UBA.
- Pizarro, C. y Straccia, P. (2018). "Isleños" y "ambientalistas". Confrontaciones sobre la sustentabilidad de la producción forestal en los humedales del Delta del Paraná (2012-2013). En R. Benencia (Ed.), *Ruralidades, actividades económicas y mercados de trabajo en el Delta vecino a la Región Metropolitana de Buenos Aires*. Publicado por: Fundación CICCUS.
- PRODELTA. (2012). *Jornada abierta en la EEA Delta del Paraná: análisis y conclusiones* (1 ed.). Publicado por: INTA.
- Ramsar.org. <http://www.ramsar.org/es/acerca-de/historia-de-la-convenci%C3%B3n-de-ramsar>. Retrieved 10/07, 2016
- Re, M., Sabarots Gerbec, M. y Storto, L. (2015). *Estadística de niveles en el Delta del río Paraná mediante modelación hidrodinámica*. Trabajo presentado en: Séptimo Simposio Regional sobre Hidráulica de Ríos. Montevideo, Uruguay.
- Ross, F. (2014). Paisajes sensoriales: sensación y emoción en el hacer del lugar. *Bifurcaciones*, 16, 1-20.
- Salazar, G., Fonck, M. y Irrarázaval, F. (2017). Paisajes en movimiento: sentidos de lugar y prácticas interculturales en ciudades de La Región de La Araucanía, Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 49(2), 251-264.
- Saltalamacchia, H. R. (1992). *La Historia de vida. Reflexiones a partir de una experiencia de investigación*. Publicado por: CIJUP.
- San Martín Cantero, D. (2014). Teoría fundamentada y Atlas.ti: recursos metodológicos para la investigación educativa. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 16(1), 104-122.
- Sauer, C. O. (2006). La morfología del paisaje. *Polis. Revista Latinoamericana*(15).
- SAyDS. (2014). *Planificación en áreas protegidas de humedales: herramientas para pensar el manejo*. Buenos Aires, Argentina.
- Seamon, D. (2013). Place attachment and phenomenology: the synergistic dynamism of place *Place attachment: advances in theory, methods and applications* (pp. 11-22). Publicado por: Routledge.
- Stewart, P. J. y Strathern, A. (2003). *Landscape, memory and history. Anthropological perspectives*. Publicado por: Pluto Press.
- Stolk, M. E., Verweij, P. A., Stuij, M., Baker, C. J. y Oosterberg, W. (2006). *Valoración socioeconómica de los humedales en América Latina y el Caribe*. Publicado por: Wetlands International.
- Straccia, P. (2018). "Esto lo tenemos que solucionar desde adentro". *El uso político de la identidad "isleña" en un área del Delta del río Paraná en los procesos de institucionalización de leyes ambientales*. (Magister en Políticas Ambientales y Territoriales), FILO-UBA Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.
- Straccia, P., Monkes, J., y Pizarro, C. (2016). *La "Ley de Humedales": posiciones de los agentes locales sobre la política de conservación en el Delta Inferior del río Paraná*. Trabajo presentado en: PreCongreso ALASRU Asociación Latinoamericana de Sociología Rural. Santiago del Estero, Argentina.

- Taylor, S. y Bogdan, R. (1996). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Publicado por: Ed. Paidós.
- Tilley, C. (1994). *A phenomenology of landscape places, paths and monuments*. Publicado por: Berg.
- Tilley, C. (2006). Introduction: Identity, place, landscape and heritage. *Journal of material culture*, 11, 7-32.
- Tilley, C. y Cameron-Daum, K. (2017). *An Anthropology of Landscape*. Publicado por: UCL Press.
- Tuan, Y.-F. (1977). *Space and Place. The perspective of experience*. Publicado por: University of Minnesota Press.
- Tuan, Y.-F. (2007). *Topofilia: Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Publicado por: Melusina.
- Ullberg, S. (2013). *Watermarks. Urban flooding and memoryscape in Argentina*. Publicado por: Acta Universitatis Stockholmiensis.
- UNESCO. (2000). Documento base para la incorporación de las islas de San Fernando en el marco de la Red Mundial de Reservas de Biosfera (MAB-UNESCO) (pp. 139). Publicado en.
- Vizia, C. (2012). "Humo en las Islas". *Antropología ecológica en Rosario, construcción de especialidad profesional, de problemas y de acciones políticas en el territorio*. Trabajo presentado en: V Reunión del Grupo de Estudios Rurales y Desarrollo (GERD). Posadas, Misiones, Argentina.
- West, P., Igoe, J., & Brockington, D. (2006). Parks and peoples: the social impact of protected areas. *Annual Review of Anthropology*, 35, 251-277.